

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Antropología, Historia y Humanidades
Convocatoria 2014-2016

Tesis para obtener el título de maestría en Antropología

Solanda, el caleidoscopio de la experiencia urbano-barrial

Pamela Belén Ramón Navarrete

Asesor: Dr. Alfredo Santillán

Lectores: Dra. Alicia Torres y Dr. Edison Hurtado

Quito, diciembre de 2017

Dedicatoria

A mi hija, a mi madre y a la gente de mi barrio.

Tabla de contenidos

Resumen	VII
Agradecimientos.....	VIII
Introducción	1
Capítulo 1	5
El sentido del habitar como condición humana y fenómeno cultural	5
1. Habitar: conjunto de prácticas y representaciones culturales socio-espaciales.....	5
2. Procesos cognitivos y afectivos en los modos de habitar.....	10
2.1 Identidad, apropiación y apego	10
2.2 Memoria/Nostalgia.....	12
2.3 Método etnográfico y técnicas de acercamiento al campo de estudio.	15
Capítulo 2	23
Solanda como producto socio-espacial, formación y consolidación.....	23
1. Precariedad como característica del hábitat en América Latina	24
2. Quito, historia de la segregación urbana	26
3. Inicio del Plan Solanda como solución de vivienda popular	32
4. Efervescencia de la organización social y su pronta desarticulación.....	36
5. Crecimiento y estrategias de densificación de Solanda	38
6. Solanda lugar de jorgas, pandillas y redes de microtráfico.....	46
Capítulo 3	54
Habitantes de Solanda y sus procesos de producción socio-espacial.....	54
1. Acercamiento a los modos de construcción social del espacio.....	55
2. Domesticación del espacio como condición para habitarlo	58
3. Identidad como resultado de la necesidad y la organización social.....	64
4. Apego y/o apropiación como recursos de reivindicación social	74
5. Memoria y nostalgia como marcos de referencia social	83
Capítulo 4	86
Solanda y el microcosmos de las formas de habitar.....	86
1. Afectos y tensiones en la convivencia barrial	87
2. ¿Cómo dialogan y coexisten los grupos estudiados?	94
3. Historias sincrónicas que se tejen a partir de un pasado común	97

Conclusiones	102
Lista de referencias.....	105

Ilustraciones

Figuras

Figura 2.1	23
Figura 2.2.	34
Figura 2.3.	38
Figura 2.4	39
Figura 2.5	41
Figura 2.6	42
Figura 2.7	43
Figura 2.8	44
Figura 2.9.	46
Figura 2.10	47
Figura 2.11	48
Figura 2.12	52
Figura 2.13	53
Figura 3.1	63
Figura 3.2	68
Figura 3.3	69
Figura 3.4	74
Figura 3.5	75
Figura 3. 6	76
Figura 3.7	80

Tablas

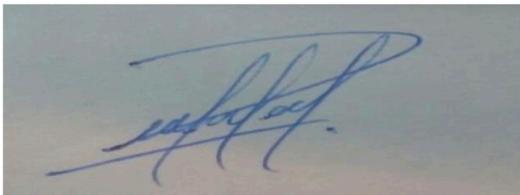
Tabla 1. Cuadro de población y vivienda en Solanda	42
--	----

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Pamela Belén Ramón Navarrete, autora de la tesis titulada “Solanda, el caleidoscopio de experiencia urbano-barrial” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Antropología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, diciembre de 2017.



Pamela Belén Ramón Navarrete

Resumen

Esta investigación trata la transformación del sentido de habitar de los moradores del barrio Solanda, entendiendo que este permite un vínculo específico con los espacios que habitamos. A través del estudio del barrio se intentan evidenciar las variadas formas de producción simbólica que los sujetos generan alrededor de sus entornos. Las representaciones sociales son dinámicas y cambian en el tiempo de acuerdo a los marcos de referencia en los que se inscriben, en este sentido me planteo analizar ¿cómo ha cambiado el sentido de habitar en el barrio de Solanda? Para ello se trabajó con la primera generación del barrio, es decir, con los primeros habitantes del sector y su siguiente generación. Se parte de un anterior estudio etnográfico realizado a los inicios de la formación barrial por Lilia Rodríguez (1989), quien afirma que para la época los moradores forjaron una sólida identidad barrial. Sin embargo, según la experiencia registrada a través del trabajo de campo los vínculos en este espacio han sufrido cambios y contradicciones que se evidencian tanto material como simbólicamente. A través de un estudio metodológico cualitativo se describen procesos cognitivos y afectivos que dotan al espacio de significados individuales y sociales que construyen formas específicas de estar/habitar en el espacio.

Agradecimientos

A mi hija y a mi madre por amarme y creer en mí.

A zoolanda, mi jungla, mi espacio.

A la vida y a su fuerza creadora.

A mis vecinos y amigos, quienes dan vida y sentido al espacio que habitamos.

Al Dr. Alfredo Santillán, mi asesor, por su calidad humana y por su constante apoyo en este proceso.

Introducción

El presente estudio se plantea entender los modos en que varios vecinos de Solanda dan sentido a su experiencia urbano-barrial, a la historia y a las identidades que les constituyen, además que considera como un aporte a los estudios de antropología urbana y al conocimiento en general sobre la ciudad. El tema nace como una inquietud personal frente a los cambios en la relación e interrelación de los vecinos con el espacio que habitan y entre sí mismos, dichos cambios han dependido de los contextos y de las necesidades de quienes protagonizan este texto.

La precaria infraestructura con la que se inicia la ciudadela Solanda moviliza a sus moradores a organizarse y a trabajar por el mejoramiento del espacio común. Recuerdo, como parte de mis experiencias personales, las prácticas comunitarias en beneficio del sector, había fiestas populares y mingas cada tanto. De alguna manera esto generó en mí una imagen romántica del espacio en el que he vivido casi 28 años. Las concepciones de vida cambian con el tiempo, hoy aquellas prácticas son recuerdos, las formas de vivir el espacio se han reconfigurado y actualizado. Las personas se vinculan a los lugares por los que transitan, a través de un conjunto de representaciones que los hacen inteligibles y útiles, permitiendo ordenar y dar sentido a sus espacios.

Solanda se inscribe dentro de la historia del sur de Quito, una historia marcada por el menosprecio y la exclusión. Los derechos ciudadanos de los habitantes de este sector fueron ignorados por las autoridades competentes y tuvieron que ser reivindicados desde sus moradores. En el sur las funciones urbanas se consolidaron de manera lenta, lo que determinó formas específicas de organización colectiva.

La bibliografía que se analiza a lo largo del estudio da cuenta de que para la época existía un significativo déficit de vivienda, además que las viviendas que se construían presentaban condiciones mínimas de habitabilidad. Solanda está ubicada al sur-oriente de Quito, es un espacio relativamente joven, construido en el año de 1986 durante la presidencia de León Febres Cordero¹, como parte de un plan de solución habitacional para las clases populares.

¹ Fabián Cueva. 2017. “Ciudad Modelo, memoria del barrio de Solanda”. <http://ciudadmodelo.org>.

Si bien Solanda es parte de una planificación del Estado por dotar vivienda a las clases “empobrecidas”, esta planificación se enmarca dentro de las políticas y las prácticas de segregación urbana. Solanda se funda en uno de los terrenos donados en 1976² por una terrateniente llamada María Augusta Urrutia, quien había pensado, en un primer momento, se construya en el sector de “Las Casas” en el norte de la ciudad, entre las calles Rumipamba y Cuero y Caicedo, sector La Granja. Esta idea no se concretó porque para las autoridades era inadmisibles que un barrio popular “invada” un sector que estaba pensado para habitantes de otra condición social. Es así que doña María Augusta Urrutia donó otro de sus terrenos ubicado en el sur de Quito, donde finalmente se construye El Plan de Vivienda Popular Solanda, que comienza como un barrio carente y precario, características que motivan a sus habitantes a organizarse y a trabajar por su espacio (Rodríguez 1989).

De alguna manera, los procesos de decepción y de reivindicación, que los primeros habitantes de este sector vivieron, marcaron formas de producción espacial que pusieron en evidencia su capacidad creadora, mecanismo por el cual lograron revertir ciertas formas de exclusión. Además, que esto les permitió tejer redes de acción y solidaridad que marcaron sus modos de habitar el barrio, generando un fortalecido sentido de identidad (Rodríguez 1989). Sin embargo, el barrio como símbolo de convivencia de la diversidad de la vida social supone dimensiones de heterogeneidad entre sus habitantes, los cuales mediante la interacción construyen representaciones simbólicas sobre sí mismos y sus entornos, dichas construcciones son dinámicas, y sus marcos y códigos de legibilidad cambian con el devenir de los tiempos. Las siguientes generaciones y nuevos habitantes del barrio se encuentran con un espacio totalmente consolidado en términos de infraestructura urbana, a los nuevos moradores ya no les une la lucha por la reivindicación de derechos, sus formas de relacionarse con el espacio y entre sí tienen otros marcos de referencia.

Para fines prácticos de la investigación he definido dos grupos de habitantes. Por supuesto que el universo que cada uno de estos grupos conforma tiene una heterogeneidad propia, sin embargo, la división propuesta a continuación simplifica el acceso al trabajo de campo e intenta capturar las prácticas y visiones de los actores sociales. Es así que los grupos que se estudian son: los primeros moradores del barrio, hombres y mujeres que oscilan entre los 55-65; y su siguiente generación jóvenes-adultos, en su mayoría hombres, de entre 25-35 años. El

² Fabián Cueva. 2017. “Ciudad Modelo, memoria del barrio de Solanda”. <http://ciudadmodelo.org>.

estudio intenta captar los sentidos y sentires diversos que cada grupo experimenta alrededor del espacio barrial donde cada grupo/individuo ha construido su propia historia. Además, de la experiencia de lo barrial que se actualiza, se matiza y se confronta con el pasar del tiempo, construyendo de esta manera nuevos universos de significados, nuevas representaciones que entran en tensión con formas y figuras del pasado.

En este sentido, la pregunta que guía esta investigación es ¿cómo han cambiado los modos de habitar el barrio de Solanda? a partir de estas dos generaciones. El trabajo etnográfico y auto-etnográfico ha permitido el contacto directo con los actores sociales a fin de identificar los elementos simbólicos que componen los imaginarios y las representaciones, a través de los cuales se construyen socialmente los espacios. El enfoque cualitativo que caracteriza a este método de investigación garantiza la aprehensión (parcial) del mundo simbólico de los sujetos. La etnografía es entendida como “una familia de métodos que exige el contacto directo y sostenido con los agentes sociales, respetando, registrando y representando, al menos parcialmente en sus propios términos, la irreductibilidad de la experiencia humana” (Ferrándiz 2011,13).

En el trabajo de campo se priorizó la experiencia subjetiva de las personas con quienes se trabajó, poniendo en evidencia distintas visiones y versiones de la vida social/barrial. A su vez, la inmersión en el campo permitió dar cuenta de ciertas “determinaciones” sociales y las formas en que estas son abordadas o sorteadas por los grupos o individuos. Basada en las técnicas de observación participante y entrevistas etnográficas, esta perspectiva de trabajo, me permitió describir e interpretar varios hechos/fenómenos sociales que constituyen la construcción social de los individuos y la de sus espacios de vida.

Asumiendo que el habitar es un fenómeno dinámico que depende del entramado relacional que el sujeto teje con y en sus espacios, más que de las posibles características distintivas de estos. El trabajo realizado, a través de las vivencias y los relatos de sus protagonistas, muestra al espacio barrial como una “solución simbólica” en tanto que permite a sus habitantes satisfacer necesidades concretas o de índole subjetivo. Los sujetos entrevistados han afirmado, en sus discursos o en sus prácticas, a pesar de las tensiones y conflictos que conforman las relaciones vecinales, en el barrio han sido posibles encuentros que han permitido resignificar la vida socio-espacial de los sectores populares. El espacio no es solamente el soporte físico donde los actores desarrollan su vida, es sobre todo un producto

social que refleja prácticas y modos de vida en un tiempo y espacio determinados. Las acciones que los sujetos ejercen sobre el espacio son el reflejo de las relaciones sociales que estructuran parte de su vida.

Este trabajo pretende ser útil para entender lo que sucede también en otros espacios de la ciudad, donde las significaciones y prácticas espaciales deben entenderse como manifestaciones de un determinado habitus urbano, producto de formaciones culturales, que han generado disposiciones o modos de saber/hacer que, además, están ligados a una posición social determinada. Los barrios deben entenderse como espacios de consumo, reproducción, sociabilidad y experiencias que permiten comprender las significaciones y subjetividades que los sectores populares han configurado de acuerdo a sus campos de acción y a los capitales que disponen. Los significados que socialmente se construyen determinan las formas de relacionamiento entre los individuos que conviven en un mismo espacio, generan universos simbólicos que se encuentran y chocan entre sí; y que determinan finalmente la experiencia y la calidad de vida de los habitantes de un barrio.

La importancia del estudio radica en la necesidad de comprender cómo se ha desarrollado la convivencia en uno de los barrios más densamente poblados de la ciudad de Quito, lo que podría dar pistas sobre lo que sucede a un nivel macro. El barrio actualmente acoge a un importante número de extranjeros, además de población flotante que ha reconfigurado el paisaje urbano del sector. Coexistir en un medio bastante heterogéneo y diverso supone una capacidad elemental de tolerancia y aceptación frente al otro, la diferencia. Sin embargo, el apareamiento de tensiones entre quienes ordenan su vida a partir de necesidades y universos simbólicos diferentes, y a veces opuestos, pone en riesgo el entendimiento entre los sujetos que construyen y se construyen en el espacio social.

Capítulo 1

El sentido del habitar como condición humana y fenómeno cultural

En este capítulo se desarrollarán las herramientas teóricas que permitirán entender cómo los moradores del barrio Solanda se han relacionado entre sí a la vez que han establecido formas específicas de relacionarse con sus espacios. La relación intrínseca que el sujeto establece con el territorio habitado está mediada por el nivel o el grado de intervención y/o domesticación que este ejerce sobre dicho espacio. No todas las relaciones que se establecen con y en el espacio están atravesadas por apropiaciones y apegos, existen distintas formas y matices de usos socio-espaciales. Sin embargo, este estudio parte del trabajo etnográfico realizado por Lilia Rodríguez (1989) en los inicios del barrio, donde la autora afirma que la organización barrial generó un sentido de identidad en el morador de Solanda. El andamiaje teórico que se plantea a continuación intenta una primera explicación de los significados y sentidos elaborados por los grupos/ individuos que habitan el lugar y que serán interpelados en sus prácticas y discursos.

El objetivo principal es acercarse a las diferencias y/o similitudes en las formas de vivir/percibir el barrio, a partir del tiempo de residencia en este y de las necesidades que se establecen en los distintos campos de interacción. El trabajo teórico y el abordaje metodológico en campo busca comprender las subjetividades que configuran los modos de habitar/vivir el espacio, esto con el fin de señalar o identificar las tensiones y disputas por las representaciones y significaciones del lugar. Los modos en que los habitantes se miran entre sí y miran su espacio están atravesados por subjetividades e imaginarios que ordenan sus formas de acción. Por este motivo se intenta tomar en cuenta los contextos socio-temporales que funcionan como marcos interpretativos del quehacer social.

1. Habitar: conjunto de prácticas y representaciones culturales socio-espaciales

Los diferentes espacios que conforman las ciudades portan universos simbólicos creados a partir de la experiencia y/o del relato social, la diversidad de las formas espaciales y sociales revela la heterogeneidad al interior de la ciudad y la constituye un lugar de procesos y de relaciones complejas. En este contexto se inscribe Solanda, que ha sido catalogada como “una ciudad dentro de la ciudad”, pues su consolidación y crecimiento la ha convertido en uno de los lugares populares más apetecidos para habitar en la ciudad. Empero, si bien la infraestructura de los lugares es primordial para que la vida en sociedad se reproduzca de

manera digna y adecuada, varias disciplinas han incorporado a sus visiones del espacio el componente subjetivo, el cual permite ver cómo las formas de relación entre los sujetos y sus espacios construyen un orden social determinado.

Solanda, como caso de estudio, se proyecta como un ejemplo de que los barrios, las ciudades y los espacios en general se fundan a partir de las necesidades, acciones y conflictos de sus habitantes; los espacios son sociales a la vez que físicos.

Si bien el Estado es el que diseña la forma y distribución de los bienes y servicios urbanos en la ciudad, y en particular en los barrios, las prácticas de los vecinos, sus formas de apropiación y transformación del espacio son los que hacen que estos sean tales y no un mero conjunto de viviendas. (Cravino 2012, 112).

Sin embargo, diversos autores han planteado que, si bien el estudio del espacio debe tomar en cuenta el componente social, sus prácticas y subjetividades (elementos que antes fueron escasamente tomados en cuenta), es importante no descuidar las estructuras físicas y materiales de este, pues estas suponen el producto de una construcción y visión social determinada.

Así, entonces, el espacio está determinado además de su forma, por la interacción entre las personas que en él conviven y por la trama de sentidos y significados que estas despliegan, conformando una multiplicidad de universos culturales que cambian según los contextos y las “determinaciones” sociales. Si el llamado primer grupo conformado por los moradores más antiguos del barrio se aglutinaron y se reconocieron a luz de determinadas situaciones que hoy ya no existen más que en el recuerdo, las nuevas formas de agregación y de reconocimiento suponen nuevos modos de experimentar el espacio que entran en tensión y disputa en el entramado social.

La relación dialéctica entre materialidad, subjetividad social y la inter-subjetividad es la que configura los modos de vida de los cuales se desprenden nuestras representaciones sociales y prácticas cotidianas. Para Alicia Lindón esta construcción es “un proceso constante de manufacturación del espacio que realizan las personas en interacción unas con otras, orientando sus prácticas espaciales a través de una trama de sentido” (Lindón 2006, 33). Estas tramas de sentido desplegadas subjetivan los espacios, los cualifican, transformándolos en

lugares simbolizados y con sentido. La construcción de los espacios es un proceso en el que convergen lo material y lo simbólico, si bien las prácticas diarias se construyen a partir de imaginarios que las sostienen, dichos imaginarios están atravesados por las formas reales y/o materiales que de alguna manera los fundan.

No podemos, estudiar separadamente la imagen mental de su objeto, no hay un mundo de las imágenes y un mundo de los objetos. Los dos mundos, el imaginario y el real, se constituyen por los mismos objetos; solo la agrupación y la interpretación de estos objetos varían. La definición del mundo imaginario como el universo real resulta de una actitud de la conciencia (Márquez 2007,80).

La convivencia barrial en Solanda está atravesada por una trayectoria que empieza con historias de precariedad y desilusión que con el trabajo y el pasar del tiempo se difuminan en un nuevo paisaje urbano, en el que sin embargo no ha dejado de funcionar el inconsciente de carencia, aquel que da la sensación de que sigue faltando algo. En este sentido, la causalidad de las prácticas o de los modos de hacer/estar en el mundo como parte del sentido de habitar pasa desapercibida, es asumida como un acto mecánico. Respecto a los planteamientos de Bourdieu y De Certeau, las prácticas que los sujetos despliegan en el espacio deben ser entendidas como el resultado de determinados tipos de habitus, como un conjunto de actuaciones y disposiciones asumidas por los sujetos en el transcurso de sus vidas. Giglia plantea que:

El habitus nos habla de cómo nos relacionamos con el orden espacial, contribuyendo a su reproducción o introduciendo en él sutiles modificaciones, pequeñas astucias elaboradas desde una posición de debilidad respecto al orden general, como son las tácticas de uso en la definición de Michael de Certeau (Giglia 2012, 18).

Estas pequeñas o a veces inconscientes subversiones frente al orden socio-espacial, a las que se refiere la cita anterior, son las que han permitido los moradores de las barriadas populares o “marginales” resignificar y solucionar sus necesidades cotidianas, esto dentro del proceso constante e inacabado que supone el habitar, sentido a través del cual los sujetos domesticamos nuestro espacio. Cabe señalar que dicha domesticación depende de múltiples factores, que van desde la ubicación socio-espacial del sujeto hasta sus deseos y frustraciones como procesos subjetivos.

La domesticación es un proceso que se despliega en una variedad de espacios y no solo en el espacio doméstico... la domesticación tiene que ver con la reiteración de ciertas prácticas o rutinas y por lo tanto con la vida cotidiana. En cuanto lugar de la cotidianidad, en el cual se llevan a cabo las actividades propias de la reproducción de sus habitantes como seres humanos pertenecientes a cierto grupo social (Giglia 2012, 30).

El habitar también tiene que ver con la capacidad que tienen los sujetos de reconocer un entorno, de significarlo y dejar huellas en él, a fin de marcar un eje de relación con el mundo. Dichas relaciones, sin embargo, dependen de fenómenos socio-espaciales específicos. La reiteración de ciertas prácticas socio-espaciales transforman el espacio dotándolo de sentidos “propios”, volviéndolo inteligible y útil para el desarrollo de la vida. Es así que tratar de dilucidar el sentido de habitar se vuelve una tarea complicada pues las prácticas y sentidos se naturalizan con el devenir de la cotidianidad volviendo invisibles sus motivaciones. El habitus esconde tramas vinculares y significados que explican o dan cuenta de las subjetividades y tensiones que se materializan en el espectro urbano.

El habitus indica para Bourdieu simultáneamente lo social de nuestra subjetividad y lo subjetivo de nuestra actuación como sujetos sociales. Es una subjetividad socializada, entendida como sentido del juego, como conjunto de disposiciones vinculadas a una posición objetiva en el campo. Por lo tanto, como un saber un tanto automático, no necesariamente reflexionando, acerca de lo que se puede o no se puede hacer desde cierta posición. El campo es a su vez un espacio social provisto de reglas propias en el que los actores actúan como en un juego, cuyo objetivo es el incremento del capital propio de ese campo. Cada actor juega a partir de cierta posición, dotada de cierta dosis de capital (Giglia 2012, 71).

Las decisiones y acciones desplegadas en el campo dependen, entonces, tanto de factores socialmente estructurados a través de sistemas de organización como de contingencias personales, que se enmarcan también en un contexto determinado. Es decir, que el sujeto desarrolla una relación específica con el espacio a partir de su objetiva ubicación en el entramado social y de sus formas de ser/estar en este. Vale resaltar que el habitar como concepto tiene varios matices dependiendo de la ciencia social que lo analice. De cualquier forma, su uso da cuenta de la relación de las personas con sus espacios.

El geógrafo Yi-Fu Tuan (2007), por ejemplo, es uno de los estudiosos más recocidos por incorporar la dimensión de lo sensible al estudio del espacio. Álvarez y Blanco (2013) por su parte, plantean que el concepto de habitar es aún más amplio y complejo, porque trasciende la dimensión de protección que supone el hogar, dotando de sentidos a los objetos que ordenan el entorno del sujeto. Lefebvre asume el habitar como la expresión de las formas que los individuos tienen de apropiarse de sus espacios, de darles una forma o un sello propio (Lefebvre 2013). De hacerlos “domésticos”, reconocer en ellos cierta familiaridad.

Pero la definición que desde mi punto de vista más se acerca a los complejos procesos cognitivos y afectivos que entrelazan a los sujetos con sus espacios de vida, es la de Ángela Giglia, pues implica la aprehensión de una serie de prácticas, representaciones y percepciones que configuran universos simbólicos que orientan las acciones del habitante, y que además toma en cuenta que las relaciones con el espacio también tienen matices que van desde el apego hasta el uso utilitario de este. Las prácticas desplegadas en un territorio determinado generan ineludiblemente un entramado relacional en constante construcción. El habitar en este sentido alude:

al hecho antropológico de hacerse presente en un lugar, de saberse allí y no en otro lado (...) además que el habitar permite reconocer en el espacio un conjunto de puntos de referencia, que transforman un entorno desconocido en una serie inteligible de referencias, provistas de un significado y de un uso colectivamente aceptado (Giglia 2012, 10-14).

En Solanda, por ejemplo, la densidad y la heterogeneidad de sus habitantes construye un amplio abanico de sentidos que se articulan alrededor del espacio y que tienen que ver, no solo, con las relaciones generadas, sino con los accesos y limitaciones que brinda el lugar. En este sentido, puede haber habitantes que sienten apegos e identidades por su trayectoria en el espacio y otros que estén cómodos por las bondades que el espacio brinda, por las amistades, por temas económicos, etc. En todo caso las prácticas urbanas post-modernas basadas sobre todo en el desprendimiento de la vida social han generado múltiples formas de habitar; y una de estas es la que Alicia Lindón ha denominado un “habitar atópico”. La atopía, según la RAE, significa no estar ligado a un lugar preciso.

Este habitar se caracteriza por una atopía compleja, ya que se asocia con la movilidad espacial biográfica y no cotidiana. Este concepto podría explicar las formas de habitar de varios de los

nuevos habitantes del barrio Solanda, en su mayoría extranjeros, quienes vienen de contextos similares, respecto a temas de ubicación socio-espacial. Las barriadas populares tienen características e historias comunes.

La globalización ha re-configurado las formas en que los sujetos se relacionan con sus espacios. En contextos de alta movilidad, la construcción de sentidos se vuelve más difusa y compleja, puesto que el pasar de un lugar a otro representa una tarea de re-adaptación simbólica, el inicio de un nuevo proceso de domesticación del espacio. La movilidad residencial a lo largo de las historias de los sujetos representa un cúmulo considerable de distintos lugares vividos que integran la memoria espacial de estos. El habitar atópico, los apegos o identidades, u otras formas de relación con el espacio son parte del abanico de posibilidades con las que el sujeto establece, de manera consciente o inconsciente, una relación específica con su entorno y a través de este con el mundo.

El habitar, en este sentido, no solo tiene que ver con la protección o el amparo que los espacios puedan ofrecer, “se puede habitar sin estar amparados, y se puede estar físicamente amparado sin habitar; es decir, sin saber dónde se está” (Giglia 2012,10). Es así que la supuesta “indiferencia” con que se viven ciertos espacios, también supone un tipo de relación con el lugar. Se infiere, por lo expuesto, que es condición humana establecer determinadas formas de habitar en el tiempo y en el espacio.

El habitar como concepto da cuenta, en términos generales, de acciones, emociones, apegos, identificaciones con y/o sobre el espacio y sus múltiples usos. Todo ello, forma parte de prácticas y representaciones que el sujeto construye y recrea en su diario vivir, en un marco referencial de tiempo y espacio. La era tecnológica en la que nos encontramos, por ejemplo, ha causado cambios drásticos en las formas de sociabilidad e interacción entre grupos e individuos.

2. Procesos cognitivos y afectivos en los modos de habitar

2.1 Identidad, apropiación y apego

La vida cotidiana en contextos socio-históricos específicos crea, a través de la lucha de poderes en diferentes niveles de la sociedad, tensiones, necesidades, reivindicaciones y demás acciones que los sujetos despliegan en el espacio, generando a su vez universos simbólicos específicos que dotan de sentido las prácticas sociales. En esta perspectiva, el espacio urbano

se entiende como una construcción material y simbólica que caracteriza a sus habitantes de acuerdo a su ubicación en el contexto socio-espacial.

El espacio urbano, pues, representa a nivel simbólico un conjunto de características que definen a sus habitantes como pertenecientes a una determinada categoría urbana en un determinado nivel de abstracción, que lo diferencia del resto de personas en base a los contenidos o dimensiones relevantes de esta categoría en el mismo nivel de abstracción. Así pues, desde este punto de vista, los entornos urbanos pueden también ser analizados como categorías sociales (Valera y Pol 1994, 11).

La interacción de los habitantes de un lugar y su correlación con el espacio físico depende de la acción que el sujeto ejecute en su entorno, dicha acción está ligada a procesos cognitivos y afectivos que determinan los modos de estar/habitar en el mundo. Vidal y Pol consideran que el significado atribuido al espacio es el resultado de un proceso de apropiación. Este último es entendido como un concepto “subsidiario” de la territorialidad. La identificación simbólica se vincula con procesos afectivos, cognitivos e interactivos” (Vidal y Pol 2005, 291).

Para Valera (1994), citado por Vidal y Pol (2005) el simbolismo es parte inherente de la percepción de los espacios, pues las personas siempre los cargan de significado. Así mismo plantea que el espacio simbólico se constituye a partir de categorías sociales específicas. El barrio (como categoría urbana) puede ser entendido como una construcción social que cambia de acuerdo a los contextos del tiempo-espacio y que dibuja un conjunto de acciones e interacciones en su interior. Un barrio puede diferenciarse de otros según Valera:

en función de la calidad de las relaciones sociales percibidas por sus habitantes, destacan la intensidad de la vida social en el barrio (...), de ahí que se les atribuyan rasgos particulares: esto crea una compleja red de jerarquía de identidad que adquieren un matiz y una expresión particular de acuerdo con las condiciones situacionales (Valera y Pol 1994,18).

El espacio del barrio está trazado en su interior por fronteras administrativas y/o simbólicas que influyen en los modos de percepción y simbolización que estructuran las prácticas sociales. Segura (2009), afirma que “los límites, tengan una traducción espacial o no, remiten a relaciones sociales, a los modos como las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios” (Segura (2009)

citado por Roberti 2012, 45). Las identificaciones que se forman a partir de lugares o prácticas comunes crean límites imaginarios de pertenencias.

La identidad social está relacionada con el sentido de pertenencia a un entorno significativo en donde es importante tener presente la continuidad temporal de la persona o la comunidad a través de los lugares. Es por esto que para las teorías de la identidad social es importante la narrativa sobre los lugares como esa práctica social por medio de la cual se expresa y se forma la identidad (Valera, Pol 1994, 14).

Las afectividades y las emociones alrededor de los espacios se definen entonces por factores temporales, de necesidad, percepción, etc. Los mismos que definen el nivel de los sentidos de pertenencia hacia determinados lugares. En este contexto podemos considerar a la identidad entonces como una construcción simbólica que dota de sentido a prácticas y modos de ser específicos y está ligada al habitar en la medida en que este, como se dijo, da cuenta de la relación del sujeto con su espacio y la interacción social llevada a cabo en este. Nos constituimos a través de prácticas colectivas que son parte de lo que somos y de nuestra historia, los significados creados socialmente validan dichas prácticas.

2.2 Memoria/Nostalgia

Una de las propuestas que permite ver los espacios como multidimensionales es la de “lugar antropológico” de Marc Augé que plantea que los lugares están marcados por una historia y están “compuestos por itinerarios, intersecciones, centros y monumentos”; “el lugar es simbolizado, puede ser recorrido y se sostiene por discursos y por lenguajes específicos” (Augé 2000, 60). Sin embargo, la elaboración de las historias y memorias, tanto individuales como colectivas, tiene que ser entendida como un proceso cultural complejo que depende de contextos específicos al momento de almacenar las experiencias y/o acontecimientos, no como un cúmulo de eventos significativos, sino como la conformación de un marco de referencia desde el cual cada sujeto se asume. Las prácticas del pasado pueden ser actualizadas adquiriendo nuevos significados dando como resultado nuevas formas de vida social que disputan la significación de sus espacios.

Hay que tomar en cuenta que la nostalgia impregnada en ciertas memorias colectivas y fundamentada en la idea de que el pasado fue mejor, ha dado paso a un tipo de habitar tal vez disperso, pues las identificaciones, que dieron sentido a ciertas prácticas en contextos

pasados, ya no funcionan como elementos cohesionadores de sentido. Identificar las tramas de sentido alrededor del espacio supone una tarea compleja pues a decir de Yi Fu Tuan:

Las técnicas prácticas y simbólicas que lo organizan espacial o temporalmente, que lo nombran, que lo recuerdan, que lo someten a oposiciones, yuxtaposiciones y complementariedades, que lo gradúan, que lo jerarquizan, etc., son poco menos que innumerables, proliferan hasta el infinito, son infinitesimales, y se renuevan a cada instante (Yi Fu Tuan 2007 citado por Lindón 2007, 41).

Como se dijo, en los escenarios de la globalización las formas de relación e interacción se han reconfigurado, los individuos no necesitan de un contacto directo, los fenómenos de migraciones masivas han construido espacios socio-culturales cada vez más heterogéneos. En este sentido vale la pena tener en cuenta la propuesta de Alicia Lindón denominada “hologramas espaciales” como método de análisis de la construcción socio-espacial del sujeto a través de las experiencias adquiridas en el trayecto de sus vidas. En un lugar donde están presentes otros lugares que lo constituyen.

Esos otros lugares traen consigo otros momentos o fragmentos temporales, otras prácticas y actores diferentes, aunque también pueden ser semejantes a las que se están realizando en ese escenario. Indudablemente no consideramos adecuado llevar la metáfora holográfica al extremo como para señalar que un holograma espacial sea un escenario en el cual estén presentes todos los lugares, como sería la noción del Aleph borgiano. La idea del todo resultaría inasible como aproximación teórica y metodológica. En cambio, nos resulta pertinente la del escenario en el cual están presentes otros lugares, pero que hacen a la construcción e identidad de ese lugar (Lindón 2007, 42).

El sujeto ha desarrollado su vida en diferentes escenarios sociales donde ha tejido una trama de sentidos, que además son parte constitutiva de su imaginario. Este modo de habitar un lugar remite a lugares habitados en otros tiempos, o los que se desearía habitar, creando límites difusos entre la memoria, la fantasía y la cotidianidad.

Los grandes flujos migratorios han reorganizado los escenarios sociales lo que debe tomarse en cuenta pues, los lugares no son estáticos, se relacionan unos con otros, aún de manera “inconsciente”. Medardo Tapia, plantea la construcción de espacios íntimos que condensen los sentidos de apropiación que el sujeto ha ido tejiendo a través de su biografía, esta

propuesta encuentra similitudes con el concepto de espacio vivido que permite entender el espacio más allá de su materialidad (Medardo Tapia (1997) citado por Santillán 2015 c).

Hiernaux afirma que, si bien las dimensiones subjetivas del espacio estuvieron por mucho tiempo invisibilizadas, por la prioridad que varios campos de estudio le daban a la morfología de estos, “se ven ahora declinadas en todas las tonalidades discursivas y disciplinarias” (Hiernaux 2007, 18). La dimensión subjetiva del espacio rescata la experiencia de vida de los sujetos en sus territorios de acción. “Desde esta perspectiva el espacio lo concebimos como percibido, representado, vivido, y/o experimentado; es decir, no solo se reduce a la materialidad, sino que incorpora la experiencia (subjetiva) de los sujetos” (Lindón 2006, 28). La construcción de sentidos tiene lugar en el contacto social, en las interacciones como procesos dialécticos entre lo material y lo simbólico de los espacios. Esta se da como proceso del lenguaje en el que las formas de nombrar y simbolizar el espacio crean significados, prácticas y discursos. Resulta explicativo el siguiente ejemplo de Di Meo:

el edificio construido sobre las bases de la materialidad y sus prácticas (el espacio de vida) se enriquece de la pulpa de los intercambios sociales (el espacio social), de las cargas emotivas, de las imágenes y de los conceptos individuales, aunque siempre son de esencia social, que forjan nuestra representación del mundo sensible y contribuyen a conferirle sentido (espacio vivido) (Di Meo citado por Lindón 2007, 612).

La estructura material de los espacios que habitamos también está compuesta de representaciones simbólicas, lo que supone que es una construcción social, producto de un determinado tipo de conciencia. La diferencia en cuanto a las formas de percibir los fenómenos sociales marca una diversidad de lógicas de acción, individuales y colectivas, sobre los espacios, que se traducen como extensiones del sujeto. Las tramas de sentido que se tejen entre lo material y simbólico dan cuenta de las construcciones y transformaciones sociales a lo largo de la historia. “Indudablemente, los imaginarios no se configuran fuera de los contextos y procesos históricos, sino dentro de ellos. Por eso tampoco son inmutables” (Lindón 2007, 37).

Mediante los signos, significados y símbolos que construyen los grupos sociales se tejen simbólicamente prácticas, relatos y valores que dan cuenta de lo que Raffestin, denominó “la semiotización del espacio” (Raffestin citado por Lindón 2007), proceso de producción

cultural dinámico, pero casi imperceptible para el sentido común, que condiciona la producción y re-producción de lo social en el espacio. La construcción de las representaciones y sentidos depende de estructuras sociales y discursivas que escapan a los sujetos, pero que, a la vez, en medio de la dinámica cultural lo construyen.

La utilidad de los conceptos expuestos hasta el momento, radica en que todos tratan sobre diversos modos en que el sujeto se vincula con los espacios que de alguna manera habita. En este caso, el espacio barrial, ya sea desde las relaciones que en él se tejen o las diversas necesidades y rutinas que el sujeto despliega en este. Los procesos descritos son mecanismos, a través de los cuales los espacios son subjetivados y significados. Estas formas de vivir el espacio pueden ser consideradas parte de la agencia y capacidad que los individuos tenemos para revertir las determinaciones socio-espaciales del sistema social.

Estas prácticas implican procesos sociales colectivos que evidencian, a través de la interacción, las contradicciones y tensiones que caracterizan el habitar.

Las apropiaciones e identificaciones alrededor de espacios populares o de espacios que de una u otra forma han sido deslegitimados se erigen como tácticas contra visiones que desde el poder planifican el destino de la ciudad y su vida social. Los conceptos que constituyen este primer apartado, son más bien procesos mediante los cuales los sujetos se reconocen en sus prácticas, en su hacer cotidiano, de alguna manera subvierten ciertos determinismos e imposiciones de la vida.

A través de la memoria, de los apegos y las apropiaciones se crea, se produce. Este armazón conceptual permite ver, o al menos acercarse, a ese microcosmos que suponen las vivencias diferenciadas de los habitantes de un lugar, entendiendo así los procesos de valoración y cualificación que estos les dan a sus entornos, sus alcances de acción, sus deseos, sus tiempos, en sí su potencial afectivo. Construyendo determinadas formas de hacer ciudad, a través de maneras específicas de vivir y obrar.

2.3 Método etnográfico y técnicas de acercamiento al campo de estudio.

Como se explicó en la introducción de este estudio, el método que se utilizó para abordar el trabajo de campo fue una etnografía de carácter cualitativo, a través de la cual se establecieron mecanismos de acercamiento a los sujetos con quienes se trabajó. Se adoptó el enfoque constructivista planteado por Lindón (2007) mediante el cual se pueden conocer los procesos

heterogéneos y diversos de una ciudad. He intentado aproximarme a los diferentes fenómenos urbano-barriales priorizando la mirada y la voz del sujeto habitante.

El campo está constituido tanto por el entorno físico del sujeto como el social. “Se compone, en principio, de todo aquello con lo que se relaciona el investigador. (...) es una cierta conjunción entre un ámbito físico, actores y actividades” (Guber 2004, 47). Pero si bien la investigación se llevó a cabo en un sitio determinado no se trabajó necesariamente con todos los grupos sociales que en el lugar habitan. “La elección de la unidad de estudio incluye, entonces, precisar qué partes de la gran unidad se profundizan y qué otras unidades de estudio alternativas o complementarias a la unidad central será necesario explorar” (Guber 2004, 71).

Los criterios de selección de muestras en el trabajo de campo fueron flexibles en tanto se configuraron a medida que este avanzaba y dependió de los niveles de empatía que se lograron generar. Sin embargo, esto no significa que no haya existido ningún criterio de abordaje, “la conformación de la muestra es el producto de una combinación entre requerimientos del investigador y del informante” (Guber 2004, 75).

El universo de informantes fue definido a través de la diferencia que establece Guber entre muestras probabilísticas y no probabilísticas. El tipo de muestra que más se usa en las investigaciones antropológicas es la no probabilística que contempla las llamadas muestras de oportunidad, donde los criterios de selección son más flexibles y se van estableciendo conforme transcurre la investigación.

Estas muestras difieren de las anteriores en que carecen de un criterio preestablecido de selección, pero esto no quiere decir que no sigan ningún criterio. La conformación de la muestra es el producto de una combinación entre requerimientos del investigador y del informante. Dado que el informante es imprescindible, como también lo es su decisión de serlo para que la investigación pueda llevarse a cabo, la muestra de oportunidad surge de un contexto coproducido en cuyo seno se define "lo relevante" o "lo significativo" para la población en cuestión. Ello demanda del investigador una mayor apertura para detectar qué atributos son social y culturalmente relevantes, y cuáles no lo son (Guber 2004, 74-75).

Dentro de este rango están las muestras evaluadas, las que también usé con el fin de contrastar versiones entre distintos grupos o personas. En el primer grupo, por ejemplo, uno de los informantes, el señor Juan Navarrete tiene diferencias con doña Lola Cisneros, pues

pertenecieron a distintas dirigencias que se disputaron el poder político en el barrio. En el segundo grupo, Víctor Hugo, quien es uno de los fundadores del grupo juvenil de la iglesia del barrio, tiene un criterio muy distinto al de la mayoría de jóvenes con los que se trabajó respecto a las formas de vivir y experimentar el espacio. “Recorrer críticamente el proceso de constitución de estas redes puede suministrar una muestra más numerosa, pero también valiosa información acerca de cuáles son las alianzas y conflictos” (Guber 2004, 85).

Respecto a la relación que se entabla con las personas con las que se trabaja, Geertz señala que, “no es necesaria la empatía total, sino llegar lo suficientemente cerca como para ser capaces de entender sus refranes, su humor, su significación. Este conocimiento sobre los procesos subjetivos locales siempre será incompleto. Se trata sólo de una aproximación” (Geertz citado por Ferrándiz Francisco 2011, 23). Para entender los sentidos que los sujetos-agentes construyen en su diario vivir, evidentemente fue necesaria la participación directa en sus actividades, la convivencia y la cotidianidad permitieron inmiscuirme y documentar la trama de sentidos y nociones de los sujetos con quienes se trabaja, para posteriormente interpretarlas tomando en cuenta el marco histórico y social en el que se enmarcan.

La cercanía geográfica al barrio facilitó el contacto con los informantes y su colaboración para poder ser parte de su mundo social. Si bien en el trabajo de campo conversé con diez o más personas por grupo, los informantes me recomendaron y presentaron nuevas personas con las que establecí conversaciones, unas veces fugaces y otras más prolongadas. El universo de informantes está conformado principalmente por cinco personas del primer grupo, es decir de los antiguos habitantes del sector, los señores Juan Navarrete y Jorge Lagos; las señoras Marujita García, Lola Cisneros y Carlota Rodríguez, todos sobrepasan los 55 años. Y seis hombres jóvenes del segundo grupo que oscilan entre los 28 y 35 años de edad. Fernando Criollo, Christian Salguero, Daniel Noboa, Edison Pérez, Johnny Álvarez, Andrés Calispa.

Al primer grupo procuré visitarlos cada que me lo permitían, en algunas ocasiones los acompañé en sus actividades cotidianas en el barrio. En este grupo el porcentaje de mujeres a las que me pude acercar fue mayor que el de los hombres. Podría decir que el acceso a este grupo no fue complicado, aunque tengo que confesar que en algunas ocasiones me sentí un poco incómoda, por ejemplo, cuando hablaban sobre la solidaridad que otrora caracterizaba al barrio, y se criticaba de manera muy dura a los jóvenes y su modo de ser/estar en el barrio. Entre los adjetivos peyorativos que más destacan están los que los llaman “mariguaneros”

“fumones” y “vagos”. Muchos de estos jóvenes son, por la incompreensión de la mirada “adulto-céntrica”, vistos como un problema social. Lo mismo ocurría cuando se referían, en la mayoría de los casos, a los habitantes extranjeros. Frente a las descompensaciones que produce el descontrolado crecimiento urbano y el miedo a lo desconocido se buscan culpables de las “crisis espacio-temporales” que han reconfigurado las formas de acción y relación de los sujetos.

Con el segundo grupo las cosas se me dieron, al menos en apariencia más fáciles, pues muchos de los jóvenes que entrevisté y con quienes recorrí el barrio son amigos o conocidos, en ese sentido los códigos que usaban para hablar o actuar me eran, generalmente, comunes. En este grupo siempre hubo más hombres que mujeres. Una de las veces que me reuní con varios muchachos en el parque Ecológico, el parque más concurrido del barrio, pregunté por qué no hay muchas chicas en el grupo, manifesté que sería agradable e interesante conversar con varias de ellas. A lo que Fernando Criollo, conocido como “Chino”, contestó “están en sus casas atendiendo al marido”. Para muchos informantes de este grupo la vida de barrio está hecha para hombres, pues caminar a altas horas de la noche no es algo que hagan las mujeres, mucho menos fumar marihuana o simplemente pararse en una esquina con amigos a conversar de todo un poco. “el joven (varón) ha tenido la potestad del espacio público como lugar de agregación entre pares” (Celi 2012, 131).

El trabajo con los informantes nombrados se desarrolló principalmente en base a su experiencia histórica y actual del barrio, a fin de comprender las formas de vivir su entorno. Al iniciar el trabajo de campo existía la idea clara de trabajar con determinadas personas de cada grupo, sin embargo, el universo de informantes, como se dijo antes, se fue reduciendo conforme fui priorizando ciertas relaciones e informaciones.

Pueden distinguirse "informantes ocasionales" e "informantes centrales". Aunque cualquiera puede proporcionarnos información valiosa en encuentros que difícilmente se repitan, las posibilidades de profundizar dicha información serán sustancialmente diferentes en uno y en otro caso. También, el desarrollo de un mínimo nivel de confianza que permita corroborar ciertos datos, extender la muestra a nuevos contactos y ratificar verbalizaciones obtenidas en otro contexto es cualitativamente diferente entre informantes de uno u otro tipo. Sin embargo, los informantes centrales presentan también algunas limitaciones; la más importante es establecer un vínculo de excesiva dependencia y construir una versión que replique el sentido común de este tipo de informantes (Guber 2004, 86).

Una de las ventajas como habitante del barrio fue que de cierta manera conocía a varias de las personas con quienes trabajé. A decir de Guber, es legítimo aprovechar los lazos sin que esto implique que no haya un sentido crítico frente a las prácticas y discursos de cada grupo con el que se trabajó. Varias de las personas antes nombradas son conocidas y otras son recomendaciones de los mismos informantes. “Por eso el investigador no se limita a la muestra de oportunidad, sino que, por una parte, aprovecha las ofertas de los individuos más abiertos y deseosos de colaboración” (Guber 2006, 88).

Si bien ya se ha explicado que el objetivo de este estudio es ver los cambios en las formas de vivir/habitar el barrio, es importante tener en cuenta que mi perspectiva como sujeto-habitante del lugar pudo influir de alguna manera en el estudio. Me refiero a que, a veces pueden existir, por parte del/a investigador/a, modos de actuar que muestren una supuesta falta de objetividad al momento de crear o revelar cierto tipo de conocimiento. Es por esta razón que no todos los informantes fueron elegidos de manera directa, sino que fueron sugeridos por vecinos y conocidos del lugar. De todos modos, lo que llamamos subjetividad (percepciones, intuiciones, sentimientos) no representa un impedimento para el conocimiento objetivo “en la medida en que la subjetividad es social y, también, en que lo real está integrado/ producido por ella. Subjetividad no es lo opuesto a sistematicidad ni sinónimo de capricho o caos” (Guber 2004, 91). La subjetividad implícita en los métodos de análisis cualitativos-hermenéuticos usados principalmente en estudios que pretenden dilucidar sentidos sociales, como por ejemplo los antropológicos, han demostrado que el componente subjetivo es clave para entender las formas de vida de los distintos grupos sociales.

Una de las críticas que se hace a las muestras no probabilísticas es no tener la capacidad de precisión al hablar, por ejemplo, de un número exacto de población, y por tanto se pone en duda el nivel de representatividad del grupo estudiado. Sin embargo, las muestras no probabilísticas pueden responder preguntas que aluden al sentido de las prácticas sociales y a los universos simbólicos que conforman el entramado social.

Las herramientas que se han empleado en este sentido son aquellas que son consideradas “no invasivas”, ya que procuran que la imagen del investigador no se imponga y obstaculice el desarrollo empático entre el investigador/a y sus informantes. Los sistemas de representaciones que guían las formas de acción y percepción de cada grupo dependen de

contextos específicos. La construcción social de los lugares debe entenderse como un proceso de “manufacturación socio-cultural”, que las personas realizan en un tiempo-espacio determinado y generan prácticas y sentidos a través de la interacción social (Lindón 2007).

Para captar los modos de ser/estar en el barrio de los grupos anunciados se han aplicado las técnicas que permiten un mejor y mayor acercamiento a los universos simbólicos y a la experiencia espacial de los sujetos. Estas son la observación participante y la entrevista antropológica, en este sentido es importante resaltar la perspectiva reflexiva desarrollada por Bourdieu (1976) y retomada por Giglia (2012), que plantea la necesidad de que el investigador asuma de manera activa su participación e influencia en el campo. El investigador debe adaptarse al habitar/habitus de los sujetos con quienes trabaja. El habitus como representación de prácticas y visiones del mundo es el reflejo de condiciones tanto externas como internas de lo social, esto debe tomarse en cuenta al momento de dilucidar lo subjetivo y lo social. “Las prácticas merecen una atención y una reflexión especialmente cuidadosas, que de ninguna manera pueden suplir las entrevistas (...) las prácticas no se prestan a ser relatadas, sino a ser practicadas” (Giglia 2012, 73).

La perspectiva relacional y reflexiva desarrollada permite entender principalmente como la visión de mundo de los sujetos se construye desde una posición social concreta. Si bien el individuo en la entrevista emite su versión de la realidad, hay factores sociales que lo influyen y que lo rebasan,

si no se toma en cuenta que los sujetos entrevistados son actores de un juego social que dominan mediante el habitus, pero por el cual al mismo tiempo son dominados, no se puede entender cabalmente el sentido de los testimonios recogidos con las entrevistas (Giglia 2012, 72).

Si bien el sujeto habla desde una visión “particular” de mundo lo hace desde una posición social que escapa a este y que de cierta manera lo “determina”, “quien habla es un sujeto, pero un sujeto socialmente situado” (Giglia 2012, 72).

Las técnicas que se emplearon en este estudio fueron la entrevista antropológica y la observación participante; la documentación se la realizó principalmente en un diario de campo y a veces en registros audiovisuales. La entrevista antropológica o abierta es una herramienta que se mimetiza en algunos puntos con la observación participante, pues permite

una interacción más profunda con el sujeto/grupo en el campo, y se orienta principalmente a captar el mundo simbólico desde el relato. Las entrevistas sin embargo cuando son asumidas desde sus formatos clásicos no representan garantía de espontaneidad en los hechos.

Una entrevista puede consistir en un saludo de paso, con una breve indicación acerca de algo que acaba de suceder; en un encuentro informal para tomar mate y hablar "de bueyes perdidos", o en un encuentro concertado para conversar sobre tal o cual tema. No hay un orden preestablecido dentro de estas modalidades (Guber 2004, 143).

En este estudio no hubo una modalidad estrictamente definida. El formato de entrevista que formulé para cada grupo puede definirse como abierta, sin embargo, como se dijo anteriormente es que generalmente escuchamos en estos primeros encuentros, difíciles de repetir, es lo que el actor cree que nosotros esperamos que diga, "para ir más allá de estas primeras tarjetas de visita, hay que darnos los medios y sobre todo los tiempos para hacer un trabajo más a fondo" (Giglia 2012, 70).

Una de las ventajas de la entrevista antropológica es que por no estar sujeta a un formato rígido permite a quien investiga, sin dejar de lado los conceptos que dirigen su estudio, encontrar y formular a través de las mismas respuestas de los informantes nuevas preguntas que de cierta manera evitan que la visión del investigador se imponga y sea la que guíe el estudio de campo. Además, en este caso difícilmente pude introducir en cada conversación las cuestiones teóricas con las que pensé el estudio. Empero, los temas, más o menos, generales que planteé a los grupos sí fueron pensados a la luz de la batería teórica expuesta, esto en términos referentes al momento de entablar la conversación o entrevista.

La entrevista etnográfica es muy parecida a la observación participante, pues esta supone una conversación constante en medio de la participación de las diversas actividades que los informantes desarrollan, como caminar por el parque, ir al mercado, fumar un porro, tomar un café, hacer bromas, escuchar confidencias, etc. El trabajo de campo que realicé transcurrió, la mayor parte del tiempo, entre la ambigüedad existente entre la entrevista a profundidad y la observación participante. Las entrevistas estructuradas y de algún modo planificadas fueron realizadas al principio del estudio etnográfico, cuando iniciaba mi relación con los informantes. El ejercicio entonces fue hacerles preguntas sobre cómo viven en el barrio, cómo fue el proceso de ocupación del espacio, interacción entre los vecinos, etc. Después casi

no regresé a estas preguntas, pues en las conversaciones informales se iban generando, en medio de su discurso y acción, respuestas a varias de mis preguntas.

La observación participante se mimetiza con la entrevista antropológica, y esta es considerada como una de las herramientas de trabajo de campo más adecuadas para insertarse en las prácticas sociales de los actores. “Las prácticas merecen una atención y una reflexión especialmente cuidadosa, que de ninguna manera pueden suplir las entrevistas” (Giglia 2012, 73). Los sujetos se presentan de la manera que quieren cuando no se sienten observados, cuando asumen a quien investiga como uno más del grupo no se inhiben en lo que dicen o hacen, solo de esta forma se puede acceder a la lógica de las relaciones locales, más allá de lo que los actores dicen.

Observar sistemática y controladamente todo aquello que acontece en torno del investigador, se tome parte o no de las actividades en cualquier grado que sea, y participar, tomando parte en actividades que realizan los miembros de la población en estudio o una parte de ella. Por un lado, hablamos de "participar" en el sentido de desempeñarse como lo hacen los habitantes locales, de aprender a realizar ciertas actividades y a comportarse como uno más, aunque esto suene un poco ideal. La participación pone el énfasis en el papel de la experiencia vivida y elaborada por el investigador acerca de las situaciones en las que le ha tocado intervenir; desde este ángulo parece que estuviera adentro de la sociedad estudiada (Guber 2004, 109).

La flexibilidad de esta herramienta permite a quien investiga obtener información que de cierta manera es más genuina que la que se obtiene cuando el informante está 100% precavido del investigador/a. Los significados de una cultura se los aprende/aprehende viviéndolos, entonces el medio más adecuado de acceso a estos son la vivencia y la socialización con los informantes.

Capítulo 2

Solanda como producto socio-espacial, formación y consolidación

Tras el “boom petrolero” que Ecuador vivió en los años 70 los gobiernos diseñaron de manera masiva planes de vivienda, principalmente en Quito y en Guayaquil que contaron con la asesoría de entidades de cooperación internacional como por ejemplo la AIDE. El déficit de vivienda urbana de calidad trajo consigo no solo construcciones ilegales, sino que, además, las que eran legales presentaban considerables niveles de deficiencia que tuvieron que ser sorteados por sus habitantes. Uno de esos casos es el de Solanda, que se asentó sobre las 150 hectáreas que conformaban la Hacienda Solanda, propiedad de María Augusta Urrutia, terrateniente de la Sierra, quien donó los terrenos a la Fundación Mariana de Jesús en el año de 1976. La Fundación junto al Banco Ecuatoriano de la Vivienda, la Agency International for Development (EE. UU) y el Municipio de Quito, crearon un “barrio-modelo” basado en el concepto de vivienda progresiva, es decir inacabada.

Figura 2.1



Hacienda Solanda. Fuente: Archivo El Comercio, 1976.

Según los datos que recoge Fabián Cueva las características de los “barrios modelo” fueron la reducción desde el canon máximo/mínimo del espacio habitable por persona, el abaratamiento extremo de los sistemas constructivos empleados, el diseño inacabado como estrategia precarizante, el trazado normativo, disciplinante de los espacios “comunitarios”, y el endeudamiento a largo plazo como paradoja de la etiqueta estatal “pobreza”. Los “barrios

modelo” surgen como estrategia de control por parte del Estado, a fin de contrarrestar las invasiones de terrenos y la construcción informal, sobre todo en el sur de Quito.

La realización de este plan duró varios años y pasó por varios gobiernos, a saber: Jaime Roldós, Oswaldo Hurtado, León Febres Cordero y Rodrigo Borja, a la vez que se constituyó en un lugar estratégico en cuestiones de clientelismo electoral, pues varias administraciones municipales hicieron de Solanda su enclave de capital electoral. El proyecto, finalmente, fue ejecutado por los arquitectos Adolfo Olmedo, Ernesto Guevara y Walter Moreno y fue presentado al concurso urbanístico de vivienda colectiva en la primera Bienal de Arquitectura de Quito en 1978 sin recibir ningún tipo de reconocimiento.³

Sin embargo, los barrios populares, generalmente, los del sur de Quito han reinventado sus espacios a través de construcciones y prácticas artesanales, lo que ha innovado el paisaje urbano del sector. Estas prácticas y formas de hacer ciudad han tenido como objetivo hacer de estos espacios lugares habitables y útiles, cuestionando de alguna manera la visión de sus planificadores.

Los barrios populares en la región tienen rasgos comunes de formación y consolidación. La precariedad, la organización social y política, el desencanto, nuevas formas de agregación y de habitar, son ejemplos de los procesos que se han dado como una constante en el desarrollo de las ciudades; las hibridaciones y sincronizaciones culturales que las constituyen generan tensiones y diferencias entre los miembros de un mismo territorio, lo cual a su vez provoca nuevas formas de enfrentar la realidad del orden socio-espacial.

1. Precariedad como característica del hábitat en América Latina

La población accede a suelo urbano a través de varios mecanismos de apropiación y ocupación, los cuales cambian en el tiempo y dependen de la coyuntura que atraviesa el crecimiento de las ciudades. La mayor parte de ciudades de América Latina han sido construidas mediante procesos de segregación y exclusión social, lo que ha llevado a las poblaciones a optar por alternativas que, generalmente, han profundizado las distancias físicas y simbólicas entre los habitantes de distintos sectores. Ecuador no es la excepción, las políticas

³ Fabián Cueva. 2017 “Ciudad Modelo, memoria del barrio de Solanda”. <http://ciudadmodelo.org>.

de vivienda han estado desarticuladas de las políticas de desarrollo territorial, urbano y humano. En uno de sus trabajos sobre el derecho a la ciudad, Laura Cedrés plantea que:

La vivienda ha sido concebida como un techo sobre paredes, sin tomar en cuenta aspectos como servicios básicos, espacios públicos, áreas verdes, infraestructuras urbanas, accesibilidad, etc. Esta visión segmentada de las políticas de vivienda ha tendido a generar fragmentación urbana y exclusión de los pobres en el tejido social, concentrándose la ubicación de las viviendas, en su gran mayoría, en las periferias de la urbe, lo cual acarrea problemas de accesibilidad, movilidad y carencia de infraestructuras, entre otros (Cedrés 2012, 195).

La pobreza y la precariedad van más allá de la falta de acceso y recursos económicos y tiene que ver con la “nociva decisión histórica de unos por el alejamiento de otros” (Jiménez 2013, 95). La exclusión social es entonces la expresión política de esa “pobreza” que se produce, a través de múltiples mecanismos que legitiman y naturalizan las condiciones de precariedad de aquellos que incluso son considerados menos. Muchos de los primeros habitantes de Solanda entrevistados tuvieron la sensación de haber pertenecido, en los inicios del barrio, a las periferias de la ciudad, a los márgenes; en el terreno aún pastaban animales, no había transporte; según sus testimonios llegar a los lugares de trabajo y estudio no era una tarea sencilla.

En sus tesis Pedro Abramo (2001) plantea que existen tres lógicas que rigen el acceso a suelo urbano en las ciudades latinoamericanas. La primera es la lógica del Estado, según la cual este tiene la responsabilidad de definir las localizaciones urbanas a fin de garantizar para la población el mayor grado de bienestar posible. La segunda es la del mercado, que permite el encuentro entre quienes tienen la capacidad de consumir suelo urbano y los que lo ofrecen. Y la tercera es la lógica de la necesidad que es la que rige la acción social de quienes no tienen la capacidad de acceso por las vías anteriores.

La mayor parte de ciudades en la región se han estructurado bajo la lógica de la necesidad. Muestra de esto son los múltiples asentamientos informales que han caracterizado y transformado los espacios de las metrópolis. “Las lógicas sociales de acceso a la tierra determinan las particularidades en el proceso de toma de decisiones locacionales de las residencias de los pobres y de las infraestructuras urbanas y condiciona la evolución futura de las ciudades latinoamericanas” (Abramo 2001). Sin embargo, las viviendas a cargo del Estado

han resultado ser insuficientes y precarias, lo que ha llevado que sus residentes creen formas de adaptar y mejorar sus espacios de acuerdo a sus necesidades.

Para Jaime Erazo (2015), la agencia de estos sectores los ha convertido en “hacedores de ciudad”, pues han urbanizado sus espacios a través de sus propios esfuerzos. Las clases desposeídas, no solo, de Quito, sino de la región, en general, han reinventado las condiciones y mecanismos de acceso a suelo urbano y vivienda. Tanto para él, como para Abramo (2011) el autoconstrucción se ha convertido en la solución frente a las inequidades del sistema. Pues si bien las clases pertenecientes a sectores populares se han visto históricamente obligadas a vivir en tugurios, o en su defecto, en suelos ubicados en zonas distantes o periféricas, no es menos cierto que la agencia de estos sectores ha hecho que adapten el espacio a sus necesidades.

Dicha agencia da cuenta de que las preferencias locacionales de las clases consideradas “pobres”, se dan en un marco de estrategias que les permiten sortear y resignificar las condiciones del sistema. En sus investigaciones sobre las familias favelistas, Abramo afirma que, “los factores de proximidad a una eventual fuente de ingresos y los factores de vecindad son citados frecuentemente como los principales motivos en la decisión de selección locacional de los pobres de la ciudad.” (Abramo 2001). Aunque las preferencias locacionales también se modifican en el tiempo.

2. Quito, historia de la segregación urbana

La gestión administrativa de Quito desde sus inicios se estructuró bajo procesos de segregación socio-económica, la herencia de un aparataje municipal al servicio de las clases dominantes agudizó los problemas del asentamiento urbano de los grupos más pobres de la ciudad (Achig 1983). El poder municipal actuaba de acuerdo a los deseos/necesidades de los grupos de poder. Apoyados en el nacimiento de una incipiente industria y en la urbanización de ciertos sectores, los terratenientes urbanos sentaron las bases para que el dominio del capital asegure su permanencia a través del sector inmobiliario. La expansión urbana posibilitó el fraccionamiento del suelo de acuerdo a su valor. La transformación de tierra agrícola a suelo urbano, permitió que el sector inmobiliario acumule poder y capital.

A finales del siglo XXI, el inusitado crecimiento de la ciudad rompe definitivamente con el crecimiento denominado “radial-concéntrico” que la caracterizaba y adquiere una estructura

longitudinal. “Influyen notoriamente los factores topográficos. La ciudad ha rebasado los límites del asentamiento originario y se ve restringida al este y al oeste por elementos físicos” (Achig 1983, 50).

Desde las dos primeras décadas del siglo XX hubo la tendencia de desplazamiento por parte de las élites que abandonaron paulatinamente el Centro y se localizaron en nuevas zonas, la primera zona importante que se constituyó como un nuevo sector era la ciudadela Mariscal Sucre una ‘ciudad jardín’ término que se identificaría con las proyecciones residenciales que se iban asociando con el imaginario de la zona Norte (Vizcarra 2011, 34).

Alrededor de los años 60s, la llegada de capitales y tecnología extranjeros orientados hacia la industria de la construcción, crearon un nuevo modelo de dependencia, pues la construcción supone también nuevas formas de uso del espacio “la penetración de formas de diseño, de decoración, distribución del área de construcción, todas ellas ajenas a las necesidades y recursos de la familia ecuatoriana” (Achig 1983, 68). Este es uno de los períodos más representativos de la historia de Quito, pues su crecimiento incontrolado, motiva a las familias de escasos recursos a buscar asentamientos en las laderas o en zonas que carecen de todo tipo de infraestructura, además que se caracterizan por un difícil acceso.

Crecen los sectores altos de Pambachupa, San Juan, Toctiuco, El Placer, El Aguarico, La Colmena, La Bahía, Marcopamba, Chilibulo, Ferroviaria Alta, Chaguarquingo, Las Tres Luces, etc. Este hecho marca la presencia física del subproletariado urbano como resultado de todo un proceso de desintegración del sector rural y de exiguas condiciones de vida en la ciudad. Hecho que va a tener grandes repercusiones, no solo en la política urbana de Quito sino, además, en la economía nacional, por el abandono de la mano de obra del campo y el problema de la desocupación en la ciudad (Achig 1983, 69).

Es este crecimiento desmesurado el que llevará a las autoridades a plantearse la necesidad de “planificar” el desarrollo de la ciudad. Esta, por su puesto, fue la oportunidad perfecta para naturalizar la estructura excluyente que tenía Quito. Si bien antes no existían leyes que impidieran la permeabilidad de los distintos sectores, la segregación era parte ya de la estructura mental los sujetos. El plan, que fue diseñado por el arquitecto uruguayo Jones Odriozola, también buscaba menguar la especulación de tierras. Como era de esperarse, el plan reflejaba el deseo de control y poder de los terratenientes de la época, pues admitió la

acumulación capitalista de la renta del suelo. Además, confinó a la mayoría de la población a zonas precarias, carentes de los más elementales servicios.

Siguiendo el relato de Achig (1983), en el año de 1945 el alcalde, Carlos Andrade Marín, presenta el Plan Odriozola un tanto reformado, sin embargo, se mantiene el carácter segregativo de este. Tanto es así que se presentan ordenanzas que contemplan la creación de barrios de primera, segunda y tercera categoría. Un ejemplo de esto es la compra que quieren hacer los ferroviarios en la zona de la Carolina, “el I. Consejo Municipal estudia el caso y resuelve NEGAR esta solicitud, debido a la imposibilidad aparente de este grupo de que se adapte a este sector y de que pueda construir residencias de primera clase” (Achig 1983, 61). La construcción del barrio de Solanda que se dará décadas después, también fue parte de un proceso discriminatorio.

El elemento que destaca en este instrumento de ordenamiento espacial es fundamentalmente la evidencia de una segregación planificada, en tanto se ubican en polos opuestos las clases sociales más distantes, entre la zona industrial al sur y el «barrio jardín» al norte. Los extremos entre la tipología de vivienda también mantienen esta lógica, incluso en los estratos medios, pues la vivienda «media baja» y los «barrios obreros» se ubican en el sur, y la vivienda «media» y «media alta» se ubican en el norte. Si bien efectivamente en este documento de política urbana se determina la oposición entre norte y sur, se debe mencionar que esta regulación no operó sobre un «espacio vacío», sino que ambas zonas ya estaban en proceso fáctico de formación desde inicios del s.XX (Santillán 2015b, 97).

El deseo de diferenciación de los grupos de poder establecía incluso que cada sector tenga un estilo específico. Según el Art. 36 del reglamento general de construcciones para la ciudad de Quito, “los barrios residenciales conservarán cada uno, una cierta uniformidad de estilo, así como los barrios obreros y de fábricas” (Achig 1983, 61). En cuanto a la infraestructura urbana basta con decir que toda la administración se concentró en la zona norte, por considerarse la más importante. “En el aspecto de vías es interesante observar que mientras se adelantaban los trabajos de pavimentación en la zona norte, (...) los barrios del sur reclamaban el empedrado de sus calles. Esto sucedía durante el año de 1950” (Achig 1983, 62).

Para Vizcarra (2011) los métodos de segregación en esta época se dan de modo tan abierto que hacen alusión al delineamiento socio-espacial de la Colonia. Alfredo Santillán señala que

la estructura étnico-racial de herencia colonial en el proceso modernizador de la época tuvo gran importancia en el proceso de diferenciación social que se plasmó en el territorio (Santillán 2015b). Este afán de diferenciación entre los sectores de la ciudad era parte del nuevo modo de configuración del espacio. Como la acción municipal estaba orientada hacia lo que se consideraba la “ciudad nueva, los problemas urbanísticos de los barrios populares que se formaban con la migración, eran resueltos por los propios pobladores, mediante mingas” (Kingman 2006, 225). Las mingas barriales pueden ser consideradas una tradición que viene de tiempos de la colonia, como alternativa para solucionar los problemas del entorno “urbano”.

La segregación, además, tuvo lugar en zonas aledañas a terrenos que se planificaban como de recreación, tal es el caso del sector de la Carolina y del Batán, siendo uno de los instrumentos de la especulación de los terrenos. Por otra parte, la planificación que tuvo la recreación en el sector Norte como el parque la Carolina, el hipódromo entre otras, tenía un fuerte contraste con las características más bien básicas, de los parques que fueron construidos en el Sur. Observar la gestión del Municipio y su concentración de servicios en la zona norte denota, además, que siempre hubo una tendencia a destinar mucha más inversión en infraestructura y dotación de servicios en el sector Norte que en el sector Sur (Vizcarra 2015, 36).

Sin embargo, los sectores menos favorecidos de la ciudad se agruparon para exigir sus derechos. Tras los reclamos de sectores populares, en los años 60 y 80, se observa que la atención del Municipio se empieza a dirigir también a zonas del sur de la ciudad, Achig, dirá que incluso con cierta preferencia, pues la organización barrial hizo sentir su descontento frente a las condiciones de desigualdad que enfrentaban. “Esta acción fue sistemática en este período utilizando el mecanismo de Comisión General, a través de ello expresaban los planteamientos al Cabildo y se mantenían pendientes del cumplimiento de sus resoluciones” (Achig 1983, 71). La organización de los representantes de los sectores populares obligó a las autoridades a respaldar y dar cabida a sus demandas.

La representación del Consorcio de los barrios del Sur y las quejas presentadas nos dan una idea de todo lo que no había sido tomado en cuenta por el Municipio puesto que las solicitudes apuntaban a problemas como la falta de urbanización en la Ferroviaria por descuido de la empresa de los ferrocarriles, la escasez generalizada de agua en el sector Sur, la nula planificación vial que se proyectaba en las vías estrechas pensadas para uso peatonal (Vizcarra 2011, 41).

El interés norteamericano en aquella época estaba orientado a crear mercados sub regionales que les permitieran exportar capital; es a través de la industria de la construcción que la intervención norteamericana se consolida en el país, pues esta permite el ingreso indiscriminado de capital, tecnología y asesoramiento extranjeros en la dinámica económica nacional. “En el año 1963 la Mutualista Pichincha solicita ser recibida en comisión general en el I. Cabildo Municipal en representación de la firma norteamericana "INTERNATIONAL CONSTRUCTION CO." para programas de vivienda con préstamos hipotecarios a largo plazo” (Achig 1983, 69).

En realidad, las medidas tomadas para enfrentar el déficit de vivienda no toman en cuenta a los sectores más empobrecidos de la ciudad, pues las multinacionales encargadas de dar créditos para la construcción de viviendas, dirigen sus programas a sectores medios, es decir sectores con una capacidad de pago estable. Esta actividad económica influye, además, en el “equipamiento urbano y equipamiento de la vivienda, lo cual favorece el ingreso de multinacionales encargadas de estos negocios, originando una problemática social nueva y extorsionante, la sociedad de consumo y el endeudamiento vitalicio” (Achig 1983,70).

La intervención extranjera no tuvo límites y a través de “asesorías técnicas” incidió hasta en los modelos de planificación, adecuando los espacios a realidades ajenas a la nuestra. Se mantienen para este entonces las características de segregación socio-económica del espacio, es decir aún rigen las políticas de diferenciación y clasificación de barrios. “Así vemos que se continúan dando permisos de urbanizaciones de primera, segunda y tercera clase en lugares determinados. Barrios de tercera categoría que aparecen en esa época son la cooperativa "Pío XII” y el barrio de Chaguarquingo” (Achig 1983, 70-71).

A partir de los años setenta el Ecuador experimenta una nueva dinamización económica. El boom petrolero representa el ingreso de mayores divisas, por lo tanto, hay mayor capacidad de crédito y endeudamiento. Las multinacionales cuentan con el aval de las administraciones locales para generar nuevos espacios segregados, manteniendo el dominio económico, político, social y cultural de unos cuantos sobre la mayoría. Según Carrión en esta época la ciudad empieza un modo de crecimiento que rompe con la ubicación de polos opuestos entre sectores y la mancha urbana se dispersa hacia los valles colindantes.

Las transformaciones de Quito (como organización urbano-territorial) no se hicieron esperar: entre 1962 y 1980 el área urbana tuvo un crecimiento cercano al 500 %, y en ella no se consideraron las áreas conurbanas ni el crecimiento en altura; la densidad global de la ciudad bajó ostensiblemente de 213 a 68 habitantes por hectárea; aparecieron nuevas alternativas residenciales para los sectores de bajos ingresos en los eufemísticamente considerados «barrios periféricos»; se produjo una relocalización de las actividades industriales, comerciales y administrativas; el parque automotor de la ciudad creció en más de seis veces, etc. A la par del conjunto de la ciudad, se modifica el uso del suelo (Carrión 2012, 533).

Santillán expone varios datos recogidos por Fernando Carrión (1987) que evidencian que aún en la década de los ochenta la diferencia en cuanto a temas de dotación de servicios entre los sectores norte, centro y sur sigue en vigencia, la concentración de actividades en el centro-norte dejan fuera del panorama de la ciudad al lado sur.

Existe una sintomática concentración de ciertas actividades en los distritos Centro-Norte (correspondientes a La Mariscal Sucre) y Centro (al Centro Histórico de Quito). Así tenemos: en administración y salud, el 100 % en los dos distritos; en comercio, educación y recreación, el 67,9 %, el 82,1 % y el 57,2 %, respectivamente. Es altamente clarificadora esta concentración de actividades, porque son justamente estas las que definen la «centralidad urbana» en el conjunto de la ciudad y, además, el ámbito en el cual se inscribe la renovación urbana (Carrión 1987 citado por Santillán 2015b, 105).

Las funciones urbanas se consolidaron en el sur de la ciudad de manera lenta, los barrios precarios que empezaron a reclamar sus derechos, se fueron configurando espacialmente sin ninguna guía profesional. “Los pobladores pobres han producido ciudades sin ninguna o con muy poca participación profesional de urbanizadores, arquitectos, desarrolladores, etc. Invisibilizadas, es cierto, estigmatizadas, también es cierto, pero no desestimadas por quienes las escogen para vivir y extender sus vidas” (Erazo 2015, 83).

Se registra que para los años ochenta Quito incorpora una innumerable extensión de áreas al perímetro urbano, 300% más que en la década anterior. En este sentido la segregación norte-centro-sur va perdiendo su forma, cada uno de estos sectores se empiezan a configurar como escenarios heterogéneos que albergan también a los sectores populares que empiezan a rodearlos.

Como ya se dijo, el vertiginoso crecimiento de Quito se produjo debido a la masiva presencia de un “subproletariado”, que se ve obligado a ubicarse en zonas de alto riesgo. En estas condiciones se inicia un proceso de lucha política y toma de conciencia frente a las históricas inequidades socio-económicas. Y es justamente

la demanda insatisfecha de vivienda la que ha concentrado a los grupos sin casa, en comités pro vivienda y pre-cooperativas, que, en no pocos casos han sido objeto de explotación por parte de lotizadores que especulan con el proceso de tierra (Rodríguez 1989, 36).

En los 90s Quito incorpora nuevos asentamientos a la mancha urbana de la ciudad, además de acoger a sectores de toda clase social en cada uno de los sectores que la integran, sin embargo, según las tesis de Alfredo Santillán (2015b) y Ana María Vizcarra (2011) pervive en el imaginario urbano-social la segregación histórica que construyó a esta ciudad desde épocas de la colonia. Es así que se dibujan límites que diferencian a los grupos sociales de distinta condición de acuerdo a su ubicación socio-espacial.

3. Inicio del Plan Solanda como solución de vivienda popular

La configuración metropolitana de la ciudad a decir de Unda y García provocó que los grupos sociales de menor nivel adquisitivo se asienten en áreas deficientes, carentes de infraestructura y equipamiento urbano. Para finales de los años 80 aún existía en Quito un alto déficit de vivienda (Rodríguez 1989). “Este específico desarrollo de la ciudad es la base sobre la cual se levantan las organizaciones de moradores en los barrios populares consolidados y en áreas de expansión” (Unda y García 1984, 158).

Según Lilia Rodríguez para 1998 los barrios periféricos “eran 291, de los cuales 230 son considerados barrios de extrema pobreza” (Rodríguez 1989, 34). No había vías habilitadas para carros, ni servicios de agua, recolección de basura diaria, etc. El deterioro de la calidad de vida hizo que los pobladores conformen organizaciones para exigir la atención de las autoridades, comités promejoras, asociaciones, centros de mujeres, juntas vecinales, entre otras reivindican sus derechos de ciudadanos. De esta manera los moradores desplegaron una ardua lucha “en unos casos por tierra y vivienda; en otros, por agua, luz, alcantarillado, servicios mínimos de salud, vialidad y transporte; también libran esfuerzos por conquistar la igualdad de derechos y posibilidades económicas, sociales y políticas para la mujer” (Unda y García 1984, 158). En este sentido cabe mencionar el CEMUS, la primera organización

legalmente reconocida que nace en Solanda y es liderada por mujeres. Según el testimonio de doña Marujita García, quien es ama de casa, actualmente tiene 68 años de edad y sigue liderando esta organización que nace a través del trabajo que el CEPAM realizó en los inicios del barrio. Varias mujeres fueron instruidas en temas de derechos y luchas sociales.

A través de la organización nosotras conseguimos el primer centro infantil para nuestros niños, la primera escuela fiscal, trabajamos para la creación del mercado; incluso damos talleres de cómo se debían preparar los alimentos para que los niños no se enfermen. Hicimos de todo, fuimos pioneras en el sur, después trabajamos con otras organizaciones de otros barrios, hasta viajamos a Perú a compartir nuestras experiencias, todo eso nos ayudó a ser mujeres organizadas, o sea para que ya no nos maltraten, ni ser la última rueda del coche. (Marujita García (ama de casa), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

El Plan de Vivienda Popular Solanda que se crea con el propósito de ser un “modelo de vivienda” (Rodríguez 1989). María Augusta de Urrutia, terrateniente de la Sierra ecuatoriana, sobrina de la Marquesa de Solanda, creó la Fundación Mariana de Jesús destinada a proveer vivienda a los más pobres, como se dijo en el apartado introductorio, Urrutia destinó para este fin su hacienda “La Granja”, situada entre las calles Rumipamba y Cuero y Caicedo. Pero el Municipio de Quito no aprobó su construcción, así que la benefactora destinó otra de sus haciendas, la Hacienda de Solanda ubicada al pie del cerro Atacazo, para construir el barrio popular (Rodríguez 1989).

La donación estaba dirigida a gente de muy escasos recursos, pero por la avanzada edad de la Sra. Urrutia la donación no se realizó y la hacienda quedó en manos del Banco Ecuatoriano de la Vivienda, las casas precariamente construidas no fueron para los más pobres, sino para familias de bajos recursos, que tuvieran al menos un ingreso fijo y con capacidad de crédito. Sin embargo, un estudio de la misma Fundación dio cuenta que las solicitantes, en su mayoría jefas de hogar “reportó ingresos familiares que están por debajo del 50% de la distribución del ingreso de Quito” (Rodríguez 1989, 38).

De las 5.600 viviendas planificadas en Solanda, fueron entregadas progresivamente 4.212, en los cuatro sectores que conformaron inicialmente el barrio. El sector 1 fue el primero en ser ocupado por varias familias. El Municipio no registra detalles de cómo se dio el poblamiento, pero los primeros habitantes coinciden en sus testimonios. Los consultados como don Juan Navarrete, doña Lola Cisneros, Marujita García, Carlota Rodríguez, entre otros cuentan que

llegaron al sector 10 familias que estaban distribuidas a lo largo del sector, recuerdan nombres, eventos, anécdotas y afirman que de a poco la gente fue llegando. Doña Anita Bonilla cuenta que del sector 2 fue la primera en llegar “yo no tenía vecinos, mis únicas vecinas eran las vacas que pastaban aquí donde hoy es el colegio Gonzalo Zaldumbide” (Anita Bonilla en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Los tipos de vivienda corresponden a la capacidad de crédito de los demandantes:

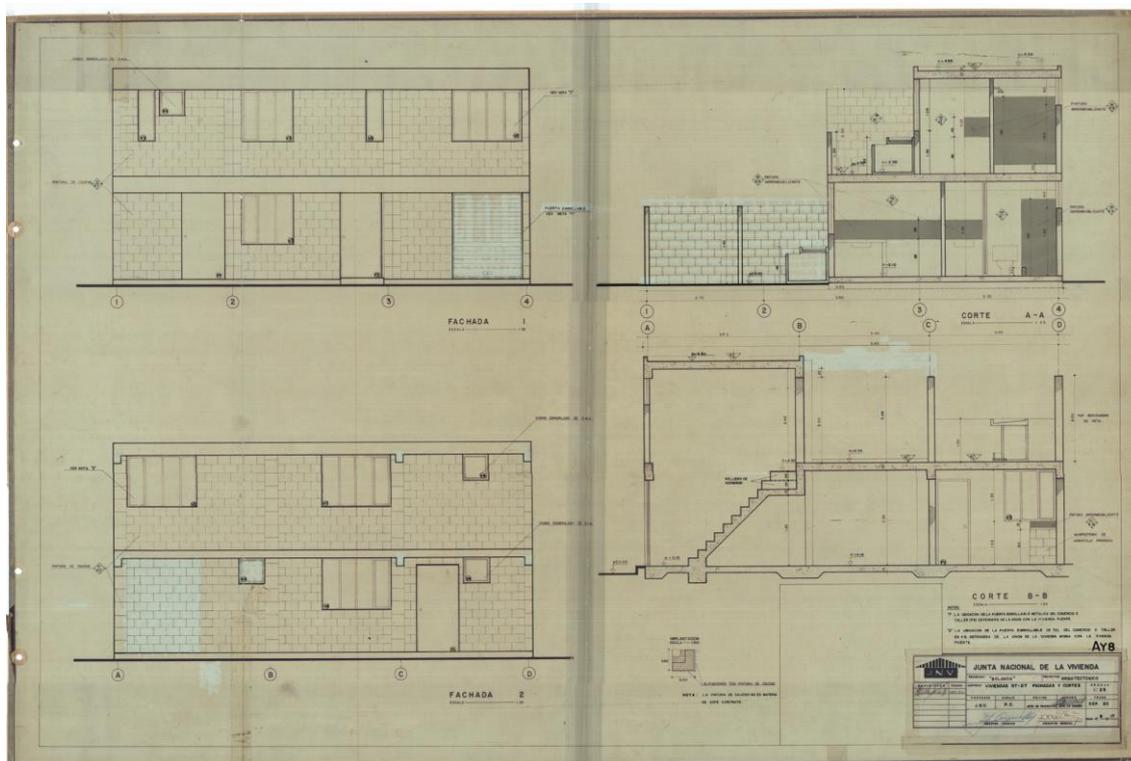
La tipo LUS, que es un lote que cuenta con una unidad básica sanitaria, donde el área construida es de 10.46 m², sus adjudicatarios pueden ampliarla de acuerdo a sus posibilidades.

La tipo Piso- techo, que se entrega en columnas sin paredes ni techo, con una unidad sanitaria. La superficie de construcción entregada es de 24,11m², donde igualmente es posible realizar ampliaciones.

Las viviendas Trifamiliares que se levantan en lotes de 9.60 x 9.60 y de 9.60 x 12.80 y comprenden tres departamentos.

Por último, la vivienda Puente, construida en un área de 24.09 m², destinada a negocios, oficinas, consultorios. Este tipo de viviendas por sus características no permite ampliación (Rodríguez 1989, 39-40).

Figura 2.2.



Tipos de vivienda. Fuente: Archivo El Comercio,1976.

Según los testimonios recogidos y el trabajo de Lilia Rodríguez, ampliamente citado, los costos que los habitantes tuvieron que cancelar fueron altos considerando que el plan de vivienda estuvo pensado para gente de bajos ingresos y que además las viviendas presentaban condiciones mínimas de habitabilidad. Sin embargo, los ingresos de las familias de Solanda varían:

mientras unas pueden pagar las cuotas, otras no pueden, porque habiendo recibido viviendas no terminadas, deben cubrir la cuota mensual y los intereses progresivos, y, además los gastos que demanda la terminación de la casa adquirida. Esta circunstancia ocasionó reclamos y dio pie a movimientos reivindicativos de los moradores de Solanda, con el fin de detener el alza de los intereses (Diario HOY, 17nov., 1989: pág.1 citado por Rodríguez 1989, 39).

Ante los problemas de agua, luz, asfaltado de calles, transporte y ausencia de guarderías, escuelas, centros médicos y áreas verdes los vecinos se organizaron y constituyeron comités sectoriales a nivel de los cuatro sectores organizados en manzanas y súper manzanas. La organización generó relaciones afectivas entre los vecinos. Celebraciones y festividades se convirtieron en una especie de rituales colectivos. Los moradores participaron activamente en los pedidos para la dotación de obras por parte del Municipio y acudieron de manera regular a las instituciones encargadas de cumplir con el abastecimiento de infraestructura. En este sentido muchos de los primeros habitantes señalan haber tenido que secuestrar funcionarios y oficinas para conseguir la atención demandada.

Las posibilidades de acceso a servicios públicos: guarderías, lavanderías, comedores, sistemas de abastecimiento, escuelas y servicios de salud son escasas en algunos casos, de mala calidad en otros, o inexistentes (...) según los datos del Plan de Quito (1980), señalan que las unidades educativas se encuentran en 4 distritos: Centro Sur, Centro, Centro Norte y Norte, y que su número varía en esos mismos distritos (Rodríguez 1989, 102-103).

El trabajo etnográfico de Rodríguez le llevó a constatar que las familias de los sectores urbanos populares tienen modos de habitar basados en la solidaridad con el prójimo, como cuando se pide para el pasaje al vecino o se intercambia algún tipo de alimento, por ejemplo, o se participa en mingas colectivas para mejorar el entorno colectivo; además de la elaboración de bienes para el autoconsumo como confección de ropa.

El barrio, desde sus inicios, aunque acoge a personas de una misma condición social, se presentan matices en los grupos sociales, pues en el barrio popular convive “el obrero junto al empleado, al artesano, el desempleado, el estudiante, al vendedor ambulante” (Rodríguez 1989, 157). En este sentido el territorio se vuelve un elemento de cohesión que permite desarrollar redes de capital social, que a la vez construyen significados en el espacio como identidades y variados sentidos de pertenencia.

Vale la pena precisar lo que señala Anha Sojo, citada por Rodríguez, sobre lo popular, al afirmar que esta dimensión no tiene que ver simplemente con cuestiones de estructura económica, sino que hay determinaciones políticas, ideológicas y culturales que ubican a un sujeto heterogéneo en una “posición subalterna en las diversas relaciones de poder existentes, las cuales son polimorfos” (Anha Sojo 1985 citada por Rodríguez 1989, 159). Es decir que las categorías o etiquetas de clase o social no son suficientes para comprender la dinámica de la sociedad. Si bien los territorios/barrios pueden constituir elementos de identidad, hay que tomar en cuenta que estos dependen de un contexto determinado. Las subjetividades y los imaginarios sociales/urbanos están en una construcción incesante, se actualizan y transforman en el tiempo.

4. Efervescencia de la organización social y su pronta desarticulación

Las organizaciones reivindicativas barriales suelen adquirir una gran representatividad en sus inicios y/o cuando el barrio en conjunto se siente en peligro o busca la realización de una obra de interés más o menos general, pero cuando se han conseguido mínimamente los servicios básicos, la unidad y las actividades se desvanecen (García y Unda 1984, 165). Sin embargo, muchos de los primeros habitantes y sus familias consideran que existe falta de interés por el entorno y por lo tanto una desarticulación orgánica que hace que muchos sientan que Solanda ya no es el lugar solidario de sus inicios. Al respecto doña Rosa Fernández, ama de casa, de 58 años de edad y una de las primeras habitantes del sector 1 de la ciudadela Solanda, nos dice que:

Lo que pasa es que la gente hoy es bien quemimportista, barren la vereda de sus casas y no les importa poner la basura al de a lado, yo he visto por eso le digo (...) no, no, si la gente aquí también prefiere protegerse porque también hay mucha maldad y drogadicción. No recuerdo bien si era al don Tello o al Chamba al que siempre les amenazan cuando quieren mandar a tanto colombiano de aquí, es que así no se puede hacer vecindad, son gente que uno no conoce y

no se dejan conocer, no son gentiles, vienen y creen mejor que este es el barrio de ellos. (Rosa Fernández (ama de casa), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Una de las explicaciones que proporciona el sociólogo Mario Unda, es que con el pasar del tiempo las formas organizativas tradicionales son incapaces de representar a la mayoría de la población del sector. “La valoración negativa de estas formas orgánicas tiene diversos aspectos: la nula o escasa representatividad social, el carácter limitado de las acciones que emprende, y la vinculación política con partidos de la burguesía” (Unda 1988, 23). Para el autor la capacidad de convocatoria de las organizaciones sociales depende de la coyuntura que atraviesan y sus “éxitos tangibles y puede pasar de base social potencial a base social afectiva” (Unda 1988, 23). A decir de Giglia, tras el proceso de obtención de vivienda los moradores desarrollan generalmente

una actitud individualista indiferente frente a la organización social tras años de peripecias y de actividades forzosamente colectivas- se abonan a una actitud de franco repliegue, o simplemente de retiro, en la vida doméstica y privada familiar, y se muestran sumamente renuentes a involucrarse en nuevas formas de acción colectiva (Giglia 2012, 117).

El testimonio de Milton Gualotuña, de 61 años de edad y que trabaja como zapatero en el sector uno, en el primer piso de su casa ubicada en el parque conocido como “El Laberinto”, ratifica lo expuesto por Giglia al plantear que existe cierta actitud de recogimiento por parte de los vecinos, una especie de desencanto frente a la organización política pues

la gente no colabora o habla mal de uno, a mí ya me pasó una vez y aunque creo que necesario que nos organicemos otra vez, porque otra vez ya hay bastante delincuencia, con tanto extranjero que hay ahora, o sea lo que nos hace falta es un buen líder. (Milton Gualotuña (zapatero), en conversación con la autora, Quito, marzo de 2017).

Figura 2.3.



Espacio abandonado parque el Laberinto. Fuente: Google Maps 2017.

Es importante señalar en este punto que las relaciones de convivencia cambian con el tiempo a la par de las necesidades individuales de los moradores, si bien, tras la politización de las reivindicaciones organizativas las relaciones en el barrio se vuelven clientelares, simultáneamente a esta forma de relación surgen junto a los nuevos contextos nuevas y distintas formas de organización social, que difieren en su accionar a las “tradicionales” y en este sentido son desconocidas en el barrio como movimientos reivindicativos. El surgimiento de nuevas identidades y demandas desborda la respuesta de la organización barrial tradicional (Unda 1988).

5. Crecimiento y estrategias de densificación de Solanda

Tras las metas alcanzadas en el barrio en temas de infraestructura, bienes y servicios, la organización tradicional en el actual contexto se encuentra en crisis. Según testimonios como los de don Juan Navarrete de 64 años, comerciante del mercado de Solanda y doña Marujita García, solo por citar unos ejemplos, “ya no existe organización en el sector”; es decir que los primeros habitantes consideran que ya no hay agrupaciones, colectivos o moradores que se preocupen por el barrio, desconociendo en este sentido formas de agregación que escapan a la organización tradicional política de tipo partidista. Hay que considerar también que el crecimiento poblacional y su consecuente diversidad social dificultan la articulación organizativa, puesto que es más difícil que los habitantes se conozcan y reconozcan, a

diferencia de lo que sucedía en los inicios del barrio. Este completo abastecimiento de infraestructura ha estimulado la creación de negocios e inversiones en el sector. Ana María Vizcarra afirma en su estudio sobre Solanda que el aumento poblacional se debe a que el crecimiento físico/material de las casas ha permitido que estas sean arrendadas, de tal manera que:

van albergando a distintos inquilinos que poco a poco han ido generando una gran diversidad en el barrio, se mencionaba que varios colombianos son parte de los nuevos inquilinos lo que provoca algunos de los problemas del barrio. Este aumento de inquilinos, hace que los moradores de Solanda sientan que la composición social vaya cambiando, lo que repercute en la dinámica misma de Solanda (Vizcarra 2011, 94).

Figura 2.4



Crecimiento de viviendas para alquiler. Fuente: Google maps 2017.

Emilio Duhau (2013), afirma que los barrios populares presentan una trayectoria que comienza casi invariablemente con una distribución precaria de los equipamientos urbanos y culmina cuando dichas colonias o barrios han alcanzado su consolidación. Para el autor, el período de consolidación se da, por lo general, dos o tres décadas después del asentamiento de las primeras viviendas.

Según Alfonso Delgado, funcionario de la Administración Zonal Eloy Alfaro, Solanda empezó como una ciudadela dividida en cuatro sectores a los que se añadieron dos conjuntos habitacionales, el uno llamado Luis A. Valencia y el otro José Peralta, además del sector contiguo denominado La Isla. Los pobladores de este sector pertenecían a una clase media baja y baja (Rodríguez 1989). En este sentido, uno de los mecanismos para generar más entradas económicas fue usar el espacio, a través de la construcción de nuevos pisos en las viviendas, aunque esto pasa también por una lógica de patrimonio familiar, pues generalmente quienes ocupan y construyen esos nuevos espacios son los hijos de los dueños de casa. Varios testimonios y mi experiencia como habitante del barrio dan cuenta del apareamiento cada vez más frecuente de pequeñas tiendas en las casas, viviendas cada vez más altas, pues la extrema contigüidad de las casas hacía que su única forma de crecimiento sea para arriba. Refiriéndose a sus estudios sobre colonias o barrios populares Duhau afirma que:

Las viviendas son construidas y mejoradas poco a poco, con base en ahorros y préstamos informales y en función de los cambios en el tamaño y la composición del hogar, o de la incorporación de un nuevo hogar conformado por parientes. Muchas veces, las viviendas incorporan un comercio o taller en la planta baja o los propietarios construyen, en el primer o segundo nivel, uno o más departamentos pequeños o cuartos para arrendamiento. De hecho, la combinación del uso habitacional con usos comerciales o talleres, o la producción de una o más viviendas adicionales para arrendamiento son, probablemente, los principales factores que explican el mejoramiento a lo largo del tiempo de la condición socioeconómica media de los habitantes de la ciudad informal (Duhau 2013, 68).

Figura 2.5



Viviendas adecuadas para negocio. Fuente: Google Maps 2017.

La dotación de servicios de infraestructura urbana, tras las demandas ciudadanas y las gestiones de cada administración, ha convertido a Solanda en un barrio muy bien abastecido lo que a la vez ha provocado, según el estudio de Margarita Romero (2011), la incorporación progresiva de suelo más bien de carácter comercial. Para la época de finales de los 90 y 2000, la crisis bancaria generó una ola de migración que tuvo impactos en el barrio, varios habitantes del sector migraron y las divisas enviadas permitieron que la economía se fortaleciera y la capacidad de consumo se incrementara.

Doña Gloria Cárdenas, enfermera jubilada, vecina y moradora del sector 1, una de las primeras habitantes de barrio, en una de nuestras conversaciones en que pregunté sobre el tiempo que le tomó levantar los tres pisos de su casa me contó lo siguiente:

Cuando me hice un préstamo construí primero una media agua arriba con cuartos y baño, tres cuartos eran, así mismo sala y cocina, pero primero dejamos solo levantada la loza, después de tiempo hicimos acabados, pero no pudimos poner las baldosas hasta cuando mi hija la Leonora se fue a España y me mandó, después se fue mi otro hijo y los dos me mandaban y ahí sí se construyó más rápido. (Gloria Cárdenas (enfermera jubilada), en conversación con la autora, Quito, marzo de 2017).

Los datos que los censos arrojan sobre Solanda dan cuenta del veloz crecimiento de la población. Hay que tomar en cuenta que si bien Solanda inicia como una ciudadela hoy se ha

convertido en una parroquia que aglutina barrios aledaños como Santa Rita, La Isla, El Carmen y San Bartolo, entre otros. La ciudadela Solanda tiene 12 escuelas y colegios que atienden a niños, niñas y adolescentes, una extensión de la Universidad Central del Ecuador, además de múltiples lugares de abastecimiento de indumentaria, alimentación, recreación, entre otros. En sus inicios Solanda ya contaba con parques, mi apreciación como moradora del sector es que, en las dos últimas administraciones, anteriores a la actual, se construyeron la mayoría de áreas de recreación y espacios verdes con los que hoy cuenta el barrio, esto ha hecho de Solanda un punto en el que confluyen distintos grupos e individuos, sobre todo los fines de semana o los días de feriado.

Figura 2.6



Vista del crecimiento de Solanda Sector 4. Fotografía de la autora, 2016.

Tabla 1. Cuadro de población y vivienda en Solanda

Variables	Censo 1990	Censo 2001	Censo 2010
Población	22.361	33.934	78.279
Vivienda	4.817	9.254	24.526

Fuente: INEC, 1990, 2001, 2010.

cuenta de un importante aumento poblacional. Una de las posibles causas de este crecimiento puede explicarse a través de la migración de ciudadanas y ciudadanos colombianos y venezolanos que ha recibido Quito en los últimos años. Según un estudio de UNHCR ACNHUR (2013) sobre población colombiana en Quito, el 57% se concentraba en la Sierra y el 30% en Quito siendo los barrios preferidos para habitar “el Comité del Pueblo, Solanda, Carcelén, Carapungo o el Centro Histórico” (ACNHUR 2013), que son sectores consolidados, con buena dotación de servicios básicos, con comercios y lugares para proveerse de productos alimenticios, médicos y otros. Estos factores son claves al momento de elegir un lugar para vivir.

Muchas familias deben pensar en este tipo de factores cuando escogen su lugar de vivienda. Algunos migrantes han encontrado en sus barrios acceso a productos que después distribuirán como vendedores informales. En sectores tan dinámicos como el Comité del Pueblo, el Centro Histórico o Solanda, muchos refugiados compran los productos y materia prima para elaborar y vender de manera informal: Naturalmente los barrios donde se desarrollan relaciones de comercio informal son más atractivos para gran parte de la población colombiana (Moscoso y Burnero 2013, 89).

Figura 2.8



Desarrollo del Comercio en el barrio. Fotografía de la autora, 2016.

El considerable movimiento de gente alrededor de estos espacios hace de estos los sitios ideales para el desarrollo del comercio informal, pues no todos los migrantes tienen sus papeles en regla, además que la situación legal no garantiza de por sí condiciones de empleo

favorables. “Este tipo de espacios de comercio informal permiten, de alguna manera, una mayor inclusión social” (Moscoso y Burneo 2013, 89).

El uso del espacio público para comercio está sujeto a relaciones de poder, donde las negociaciones son claves, pues no todas las personas pueden acceder a este “privilegio”. Algo que también señala el estudio del ACNHUR, es que uno de los factores de preferencia por estos sectores/barrios es la identificación de clase, es decir que la mayoría de migrantes o son refugiados, que han venido huyendo de las distintas formas de violencia que aquejan a su país, pertenecen a sectores de estratos “bajos” o “medio bajos” que buscan estándares de vida acorde a su o sus habitus.

Algunos colombianos comparan la ciudad de Quito con su propia ciudad y la violencia que les tocó vivir ahí, y concluyen que ahora llevan una vida muy diferente y pacífica. A pesar de la delincuencia que notan, consideran a Quito una ciudad muy tranquila (Moscoso y Burneo 2013, 90).

Otro factor es el que se nombró al inicio del este capítulo y que hace referencia a las preferencias locacionales de los “pobres urbanos”. La importante presencia de “extranjeros o nuevos habitantes” en Solanda responde según varias entrevistas realizadas, a las redes familiares y/o de apoyo que se asientan en el sector. Siguiendo a Abramo, el crecimiento de barrios populares termina consolidándolos, en la mayoría de los casos, como un “capital locacional” que puede significar un ascenso en la calidad de vida familiar (Abramo 2001).

La relación que los “nuevos habitantes” tienen tanto con el espacio como con las personas de su entorno está marcada por la utilidad de este, el vínculo no es el que probablemente hayan tejido los habitantes que llevan años en el sector, sin embargo, hay varios factores, (como el tiempo de residencia en el lugar) que permiten apreciar que, si bien el modo de habitar de este nuevo grupo o grupos no es necesariamente el del apego y/o apropiación, es claro que habitan a través del agrado que el espacio brinda, la comodidad y la utilidad de un espacio bien dotado en términos de infraestructura. Hay que tomar en cuenta, además, que el estigma que pervive en el imaginario quiteño sobre ser del sur, no recae en este grupo, lo que permite que vean de manera menos prejuiciosa las bondades de pertenecer a grandes barriadas populares que se han convertido con el tiempo en una especie de micro centralidad urbana.

La propuesta de Alicia Lindón sobre “hologramas espaciales” como un método para identificar cómo se relacionan los distintos lugares por los que pasó el sujeto a lo largo de su vida da cuenta de cómo otras experiencias espaciales influyen en la reconstrucción de significados alrededor del nuevo espacio que se ocupa. La presencia de estos nuevos agentes/actores en el escenario barrial no solo reconfigura el paisaje cotidiano, sino que también sus formas de domesticación del espacio influyen en las percepciones y las prácticas sociales de los sujetos que desarrollan parte de su vida en ese lugar.

6. Solanda lugar de jorgas, pandillas y redes de microtráfico

El apareamiento de las nuevas generaciones trae consigo nuevos usos del espacio. El paisaje se ve marcado por grupos juveniles que se agrupan por la cercanía tanto física como simbólica, pues pertenecer a un mismo grupo social genera cierta dosis de identificación, tal vez un habitus en común. Antes que las “satanizadas” pandillas aparezcan en el escenario urbano como la causa y problema de la violencia social, existían en Ecuador agrupaciones juveniles que Carlos Celi (2012) ha identificado como “jorgas o galladas”, que aparecen entre los años ochenta y noventa y que están conformadas generalmente por hombres a causa de “procesos de configuración identitaria propios de una cultura androcéntrica, en las cuales, el joven (varón) ha tenido la potestad del espacio público como lugar de agregación entre pares, que se han dado en torno a espacialidades concretas” (Celi 2012,131).

Figura 2.9.



Grupo de Skaters, 2005. Fuente: Archivo personal de la autora.

Las culturas juveniles populares expresan a través de modos de ser/habitar las nuevas modas y sus críticas a lo que consideran que no los representa, generando como diría Celi, “formas particulares de ver y ser vistos” (Celi 2012, 148). El barrio como escenario de interacción social entre los distintos grupos sociales es el lugar donde las tensiones y disputas socio-espaciales se evidencian. Andy, también conocido como Gufy, en una conversación informal en el barrio afirmó sentirse a veces frustrado porque la gente no entiende lo que para él y los suyos significa el graffiti.

Figura 2.10



Grupo Fuck The Police en acción, sector 3. Fotografía de la autora, 2016.

nosotros si hemos hablado con los vecinos, nos hemos reunido y todo eso para que nos den espacios para pintar y si nos han dado, cachas que pintamos el Colegio Zaldumbide, ese de Fe y Alegría de artesanos, y la gente que mira te dice “qué lindo que está el dibujo joven”, pero si no me hubiera visto rayando en otro lado seguro me insultaba, algunos no se dan cuenta que esto también es arte y es lo que nos gusta hacer. (Andrés Calispa (artista urbano), en conversación con la autora, Quito, julio 2016).

El temor a lo desconocido ha sido en muchos casos la razón para que nuevas prácticas y modos de ser sean condenados, rechazados o ignorados, lo cual ha ahondado las distancias de comprensión entre los grupos de estudio. Según la tesis de Lucía Rodríguez, la discriminación conlleva al

rechazo de aquellos que no comparten un estándar o características aceptadas de forma común; empujando a estas personas a buscar un ambiente alternativo, donde puedan gozar del afecto y seguridad que no encuentran en su hogar ni en su entorno social (Rodríguez 2011, 12).

Los grupos sociales considerados pandillas nacen, según Rodríguez, en rechazo de la sociedad.

Las pandillas son conformadas principalmente por grupos de edad comprendidos entre los 15 y 25 años, aunque miembros de alta jerarquía pueden mantenerse en la pandilla por largo tiempo, debido a los beneficios que pueden tener. No obstante, un gran número de miembros, con la adultez, buscan formar un hogar, lograr un trabajo que no conlleve los peligros de ingresar en territorio de pandillas enemigas, tener una carrera, etc. Situaciones que se tornan muy difíciles de llevar debido a la percepción que la sociedad tiene de estos grupos. (Rodríguez 2011, 13).

Según los testimonios de varios vecinos los grupos llamados “pandillas” aparecen en Solanda de manera explícita en el año 2000. Las formas de exposición de estos grupos a través de los medios de comunicación fueron bastante amarillistas, desconociendo las causas estructurales de la violencia social y responsabilizando de manera directa y descontextualizada a sujetos que son víctimas y victimarios de un sistema social excluyente.

Figura 2.11



Una de las agrupaciones de tendencia Hip-Hop en la visera del parque Ecológico. Fotografía de la autora, 2016.

Las agrupaciones juveniles anteriores al boom de las “pandillas” en Quito ya eran parte de redes de consumo de sustancias psicoactivas como marihuana y pasta base de cocaína, más conocida como “bazuco”. El testimonio de “el Trejo”, de 47 años, ex líder de una agrupación que transitaba entre la amistad y actividades ilegales en Solanda hace aproximadamente 15 años, corrobora lo expuesto.

Nosotros comprábamos polvo en la cinco esquinas o atrás en Santa Rita, eso te hablo de hace años unos 15-20 años, lo que pasa es que nosotros ya hacíamos cosas más grandes, no estábamos en la cuestión de vender drogas, solo la consumíamos (...) ya después bien después con todos los pataletas y pandilleros que caían al barrio ese nego de las drogas se hizo rentable, entonces ya empezamos a entrarle al nego por ahí, después había gente que venía a vender acá porque sabían que aquí es todo, o se conseguían brujos que les den vendiendo... y no ves cómo es ahora que el que menos te vende por lo menos marihuana, antes yo les sacaba a patazos donde me venían a pedir drogas y yo sin conocerles, ahora en los colegios se paran, es el pan de cada día ya. (Esteban Trejo (ex líder de agrupación urbana), en conversación con la autora, Quito julio 2016).

Según el estudio realizado por Freddy Rivera y Daniel Pontón, Quito es la segunda ciudad más poblada del Ecuador y a su vez un mayor porcentaje de población está relacionado con mayores probabilidades de consumo de drogas. “Por el mismo hecho de ser ciudades grandes y con grandes concentraciones de población diferenciada y diversa, el incremento estadístico de consumidores de drogas sea mayor o por lo menos más evidente por albergar un mayor número de habitantes” (Pontón y Rivera 2013, 64). El estudio da cuenta de que los vendedores satisfacen la amplia demanda existente en la ciudad.

La venta de drogas en Quito ha sufrido una evolución según declaraciones de un miembro de la Policía Antinarcoóticos de Pichincha quien manifestó: “(...) antes, para poder comprar una dosis de droga, quien quería consumir tenía que trasladarse a sitios fijos donde sabían que vendían drogas... ahora no, ahora, si quiere usted llama y la droga le dejan en su casa, o se puede conseguir por el internet, o ya no es necesario arriesgarse para comprar porque la venta de drogas está por toda la ciudad” (Entrevista, Policía Nacional, marzo 2012 citado por Pontón y Rivera 2013, 68).

Consumir drogas o venderlas ya nos es una actividad que tiene cabida en pocos lugares. Según el OMSC, en más de 51 barrios de la ciudad estas prácticas son comunes. Las drogas

de fácil acceso económico son la marihuana y la pasta base. Según Rivera y Pontón son las más consumidas por los jóvenes de sectores populares. La prensa local da cuenta de que uno de los sectores donde se encuentra esta problemática es Solanda. En 2014 el diario el Telégrafo publicó que se realizaron 12 allanamientos en Solanda y barrios aledaños en los que detuvieron a 18 expendedores de drogas⁶. El trece de marzo de 2015 El Comercio publica que confisca armas y drogas en los parques el Laberinto y la Bostón de Solanda⁷. En febrero de 2016 también en el diario el Comercio se dice que dos crímenes en el sur de Quito, en el barrio Solanda, revelan disputas de territorio por drogas, en la misma nota se precisa que según la Dinased los distritos Sur “son los más conflictivos de la urbe⁸”.

Los dirigentes barriales y los primeros moradores del barrio consultados manifiestan que las condiciones de vida del lugar, en cuanto a niveles de seguridad, se han deteriorado debido al incremento de bares, karaokes y discotecas, afirman que esto ha atraído a gente “no deseada” que impide una sana convivencia. Rossmery Arias, quien trabaja como cajera en una cooperativa de crédito, tiene 32 años y ha vivido en Solanda desde sus inicios, comenta:

Solanda se ha dañado porque viene mucha gente que no es de aquí, que no se les conoce y como no son de aquí no les importa ensuciar las calles. Si comen algo por ahí botan, ensucian, yo he visto como los niños botan la basura delante de sus padres y no les dicen nada, ósea hay una pérdida total de valores, igual con los bares que si es verdad que también es bueno tener todo muy cerca, porque yo también he ido, pero debería haber más control, ósea que tipo de gente se deja entrar, ahora vienen de Guamaní o esos lugares donde la gente es medio rarita, si aquí son raritos ni se diga más allá (risas) (...) Mis amigos si claro que consumían marihuana, yo no nunca, a mí eso jamás me gusto probé una vez y me quedé como tonta, no, no me gusta eso, pero igual era más sano, lo que pasa es que ahora es peor, ahora se drogan a la vista y paciencia de la gente, en parques, yo que he ido con mis hijos he tenido que regresarme bravísima a la casa, no hay derecho deberían haber más policías. (Rossmery Arias (cajera), en conversación con la autora, Quito julio 2016).

⁶ “Detenidos en operativo contra el microtráfico”. *Diario El Telégrafo*, 5 de abril de 2014, <http://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/judicial/13/21-detenidos-en-operativo-contra-el-microtrafico-al-sur-de-quito>

⁷ “La policía confisca armas y drogas”. *Diario El Comercio*, 13 de marzo de 2015, <http://www.elcomercio.com/actualidad/policia-confisca-armas-drogas-operativo.html>

⁸ “Crímenes revelan disputas por droga”. *Diario El Comercio*, 11 de febrero 2016, <http://www.elcomercio.com/actualidad/crimenes-quito-revelan-disputas-droga.html>

Los medios de comunicación juegan un papel importante en la formación de opinión de los ciudadanos, en este sentido la mayoría de exposiciones de Solanda en los medios ha tenido que ver con temas delincuenciales, lo cual ha generado modos específicos de ver el barrio, tomando en cuenta que este también es parte del imaginario quiteño que divide un sur “pobre” de un norte “rico” (Santillán 2015c). Así el estereotipo de “lugar peligroso o de delincuencia” encuentra fácilmente cabida en el discurso de la ciudad.

En efecto, dentro del discurso racista, el poder se ejerce en las prácticas duales de nombrar y evaluar al otro, ya que ambas actividades permiten la clasificación de los individuos y les atribuyen un rol determinado, un lugar e imagen llena de estigma y supuesta inferioridad (Rivera 1999a: 34). En ese hábitat social estigmatizado y evaluado constantemente por el poder, las apreciaciones populares, mezcladas frecuentemente con observaciones policiales y de la vecindad, muchas veces coinciden en sitios, formas, caras, edades, géneros y procedimientos (Pontón y Rivera 2013, 91).

La llegada de un importante grupo de extranjeros venezolanos, cubanos y especialmente colombianos ha reforzado la idea de que el barrio es cada vez más inseguro lo cual se asocia con la idea xenófoba de que “los colombianos” son traficantes de drogas, sus actividades son sometidas a sospecha. Los medios de comunicación han fortalecido la imagen delictiva del “colombiano” al destacar su presencia en actos delincuenciales. Gladys Navarrete de 62 años de edad, vive en Solanda hace 28 años, en una de nuestras conversaciones informales se refirió a los ciudadanos colombianos residentes en el barrio como “los narcos” quienes han “dañado” el lugar. Lo cual contrasta con la opinión de Moisés⁹ de 34 años quien dice que la llegada de nuevos residentes ha dado más vida y movimiento al lugar.

Lo cierto es que la presencia de nuevos residentes, además de la población flotante que recibe el barrio, sobre todo fines de semana y días festivos y que según datos de la Administración Zonal está calculada en 35.000 personas¹⁰, ha reconfigurado el escenario barrial desde el aspecto material y físico hasta el subjetivo en cuanto a las formas de percepción y uso del

⁹ Moisés, como prefiere ser llamado, es un micro-empresario que vende ropa con la marca del barrio y otra que trae del exterior. Tiene un local en un pasaje cercano a la popular calle J.

¹⁰ Información provista por Alfonso Delgado funcionario del área de comunicación de la Administración Zonal Eloy Alfaro.

espacio, lo cual se evidencia en la presencia de peluquerías, puestos de comida y de ropa, de ciudadanos colombianos y más recientemente cubanos y venezolanos.

Los prejuicios que puedan tener algunos de los moradores del lugar, a decir de Rivera y Pontón, están marcados por las prácticas racistas y excluyentes que han caracterizado la vida quiteña desde sus inicios. Sin embargo, según las encuestas realizadas por los investigadores nombrados, “es interesante observar que únicamente el 6% de los encuestados manifestó que el barrio es poco amistoso, mientras que el 3% manifestó falta de integración, y el 43% dijo no tener problemas” (Pontón y Rivera 2013, 91).

La calle principal del barrio, llamada José María Alemán pero que es más conocida como la J, se ha convertido en un espacio estructurado por el comercio. Locales de comida árabe, colombiana, peruana, venezolana, más otros negocios como farmacias, bodegas, discotecas, tiendas, pastelerías, heladerías y demás, hacen de este un espacio de diversidad social y cultural que posibilita la experiencia del espacio urbano.

En esta situación, el comercio en las calles se convierte en un elemento constitutivo del paisaje de la ciudad y de las practicas urbanas (...) los lugares para el comercio y el consumo son también lugares para el encuentro y la sociabilidad entre los habitantes (Giglia 2012, 99).

Figura 2.12



Calle José María Alemán. La “J”. Fotografía de la autora, 2016.

En cada casa hay un negocio, la mayoría rentados en altos precios pues hay ahora una gran demanda por ese espacio. No solo se encuentran negocios en las plantas bajas de las casas, también las calles son espacios que se usan para comercializar cualquier tipo de mercancía, desde ropa hasta comida. En el año 2011, el Municipio creó un boulevard con el fin de controlar las ventas indiscriminadas en el espacio público, se reubicó a los vendedores en unas covachas al final de la calle J, pero el problema no se solucionó. La llegada de nuevos residentes ha hecho que crezca la necesidad de espacios de sobrevivencia y las calles volvieron a ser la mejor opción. Según los moradores no hay mucho control por parte de la autoridad municipal así que la dinámica del barrio sigue articulándose a través del comercio. “La presencia del comercio en las calles articula las centralidades y las temporalidades convirtiéndose en un poderoso ordenador de la vida urbana y del modo de habitar” (Giglia 2012, 99).

Figura 2.13



Comercio Informal, sector 1. Fuente: Google Maps, 2017.

Capítulo 3

Habitantes de Solanda y sus procesos de producción socio-espacial

El presente capítulo busca mostrar a través del material empírico obtenido en el trabajo de campo, cómo la gente significa su entorno y cómo estos significados que despliegan en él definen sus modos de habitar. A través de los testimonios de los informantes se pretende conocer cómo se han transformado las formas de vivir y percibir el barrio en grupos de estudio. En este apartado se ha priorizado la exposición de las miradas y las voces de los actores. Es un capítulo eminentemente etnográfico en el que me centraré en las prácticas y discursos de los actores.

El barrio puede ser entendido como un lugar de encuentros donde es posible la diversidad, pero que no está exento de divergencias y disputas. Dichas tensiones también son parte de construcciones simbólicas que determinan maneras de relacionarse. Veremos de manera empírica cuáles son los referentes de construcción de sentido en cada grupo. El análisis del material expuesto a continuación se desarrollará en el siguiente capítulo.

Los testimonios de los informantes que colaboraron en esta investigación han sido escogidos para su exposición, de acuerdo a los requerimientos de la investigación. Existen, por supuesto, algunas limitaciones en lo que se narrará a continuación, pues cada sujeto aporta su visión, una visión parcial de los fenómenos sociales que componen la vida barrial. Las versiones de la realidad que emiten los informantes no son verdades absolutas, pues no hay conocimiento completo sobre ninguna esfera que componga la vida social. Sin embargo, una de las experiencias más enriquecedoras del trabajo de campo fue poder dar rostros y voces a las personas con las que se entabla un vínculo específico y que tiene que ver principalmente con los niveles de empatía que se generan entre quien investiga y sus informantes.

La constante construcción y deconstrucción del lenguaje hace que los discursos y por tanto las prácticas de los sujetos sean replanteadas y resignificadas de manera dinámica de acuerdo a los contextos donde se desarrollan. La ubicación social de los sujetos interviene también en su posicionamiento discursivo, mediatizando la producción de sentidos en el entorno. Los informantes ocupan un lugar determinado dentro del entramado barrial, de su experiencia depende la información que proveen. Cada grupo construyó formas particulares de habitar y es a partir de estas que emiten criterios sobre su entorno. El informante puede encuadrarse por

su sexo, edad, origen étnico o nacional, su ocupación, su fe religiosa, su nivel de instrucción formal, su posición en el núcleo doméstico o en la actividad política, gremial, etc. (Guber 2006, 89).

La situación de campo se ha desarrollado, tomando en cuenta que no solo quien investiga desarrolla técnicas de “trabajo”, pues los informantes elaboran respuestas y actitudes a manera de estrategias, esto generalmente sucede sobre todo en las entrevistas. Los entrevistados muchas veces dicen lo que el investigador quiere escuchar, lo que complejiza la interpretación de sentidos y significados. El interés de quien investiga no es el mismo que el de los informantes, cada quien tiene objetivos propios: “el conocimiento particularmente teórico, el investigador; la práctica social, los informantes” (Guber 2004, 52).

1. Acercamiento a los modos de construcción social del espacio

Para conocer los procesos de significación del lugar se ejecutaron técnicas que permiten conocer la perspectiva que el actor tiene de su mundo. Como se explicó en el primer capítulo, la flexibilidad de estas técnicas permitió sortear contingencias en las diversas situaciones de campo. Se realizaron repetidas entrevistas a los informantes, el número de entrevistas no fue igual en todos los casos, por ejemplo, en el caso de don Juan Navarrete, Marujita García y Lola Cisneros los encuentros y conversaciones fueron extensas y continuas, pues con ellos tuve mayor empatía y estuvieron siempre predispuestos a que los acompañara. En el caso del segundo grupo trabajé y compartí casi a diario con todo el grupo nombrado en la parte metodológica. A continuación, caracterizaré de manera breve a cada uno de los principales informantes de este estudio.

Juan Navarrete, parte del primer grupo de estudio, es un ex militar jubilado, a quien yo conocía desde mi infancia porque hasta el día de hoy tiene un puesto de objetos plásticos en el mercado de Solanda. Saludaba con él como con otros vecinos, pero nada más, hasta la realización de este estudio. Al comentarle mi interés en conversar con él y los motivos de este acercamiento, él accedió e hicimos además una amistad que me ha permitido conocer incluso a su familia. Don Juanito, como suelo llamarle, ha sido presidente de Solanda tres veces. Y en un inicio me decía que varios estudiantes de FLACSO han ido a conversar con él, pero que “siempre se van con la información y no vuelven”.

Doña Marujita García, es la representante del grupo CEMUS, organización que ya tiene 30 años de vida; tiene 66 años y es ama de casa. La conocí a través de don Juan Navarrete. Entablar la relación fue bastante difícil ya que doña Marujita se mostraba esquiva ante los intereses de la investigación; esto tenía una explicación, hace varios años trabajadores del municipio habían prometido recoger testimonios de la gente del barrio para armar su historia y se habían llevado fotos y revistas de la organización de mujeres, esto generó desconfianza y dificultó los encuentros, pues cada tanto me preguntaba sobre el destino de la información que me iba dando. Estar constantemente con ella conversando, viéndola en el barrio ayudó a que la relación se distendiera y fluyera.

Doña Lola Cisneros, artesana, costurera, ex obrera de FAME, empresa de indumentaria militar, tiene 67 años de edad, fue una de las primeras mujeres en conformar la directiva de toda la ciudadela. Estuvo siempre predispuesta a ayudarme ya que la conozco de varios años atrás, pues vivimos muy cerca. Su nombre consta en una de las placas del parque Ecológico del barrio, gracias a su gestión en el tema de consecución de servicios básicos.

Doña Carlota Rodríguez, ama de casa, ex trabajadora de FAME, tiene 73 años y fue una las primeras integrantes del grupo CEMUS, trabajó junto a este grupo por la consecución de servicios e infraestructura para el barrio. A doña Carlo, como yo la llamo, la conocí a través de doña Lola Cisneros.

Don Jorge Lagos, tiene 60 años, realiza trabajos ocasionales de electricidad y albañilería. Afirma haber sido uno de los primeros en habitar el sector, aunque no ha sido parte de la organización barrial. Conozco a don Jorge porque vive a tres casas de la de mi mamá, me conoce desde muy niña y siempre estuvo predispuesto a colaborar con el estudio.

Del segundo grupo describiré a quienes más me aproximé y de quienes expongo sus argumentos. Fernando Criollo, conocido como “chino” tiene 25 años, está estudiando sonido y ha montado un estudio artesanal en su casa, donde varios grupos músicos del barrio han grabado sus canciones. Vive en el sector 3 y sus padres fueron de los primeros habitantes de este lugar. Fernando ha sido parte de varias agrupaciones del sector.

Christian Salguero, conocido como “el Salguero” tiene 35 años, afirma con orgullo ser uno de los primeros rockeros del barrio. Ha vivido en diferentes sectores Solanda a lo largo de su

vida y aunque actualmente vive en otro barrio, regularmente regresa al barrio a visitar a su madre y a sus amigos.

Daniel Noboa, tiene 33 años y llegó al barrio cuando tenía 9. Es diseñador gráfico ha vuelto al barrio tras 4 años de vivir en Argentina. Afirma haber extrañado el lugar, recuerda que era biker y que ese deporte le unió al espacio y sus amigos. Es cantante de una banda de post-punk que ensaya en el estudio de un amigo en el mismo barrio y trabaja en un micro-emprendimiento de chocolates.

Edison Pérez, tiene 34 años, llegó de 8 años al barrio, integra la misma banda de post-punk que Daniel, trabaja haciendo chocolates o en eventos de catering.

Jhonny Álvarez, tiene 34 años, es de Guayaquil, antes de vivir en Solanda vivió en el barrio Cristo del Consuelo en su ciudad natal, es artesano y trabaja también haciendo comida. Recuerda también los tiempos en que hacía deporte en bicicleta junto a sus amigos en el barrio.

Andrés Calispa, tiene 31 años, ha creado una tienda de pinturas para graffiti, donde también se vende ropa que fabrica con otros amigos. Es un artista urbano que ha pintado varias fachadas del barrio, le conocen como Guffy.

A todos los chicos descritos del segundo grupo los conozco desde hace varios años por la convivencia en el sector, además que todos se conocen entre sí, lo cual ha hecho que coincidamos varias veces en algunos espacios. En las primeras entrevistas, los chicos hablaban de un problema de drogas en el barrio, me preguntaban siempre si los estoy grabando y cuando les decía que sí, su manera de hablar era de algún modo más formal, procuraban no decir “malas palabras” o no usar palabras de la jerga. Pero cuando la que estaba con ellos no era la “investigadora”, sino que era una más del grupo, que usa también su mismo lenguaje, que camina con ellos por las calles y la que no se “ahueva¹¹” a hacerse los porros¹²; no tenían reparo en expresarse libremente, en contar historias que involucran drogas, peligros, amigos, joda¹³, etc. Al verme como una más no había desenfado al contar las

¹¹ Ahuevar es una palabra que se usa para describir cobardía.

¹² Porros

¹³ Joda, actividades que involucran diversión y placer.

peripecias que han vivido en el barrio y las amistades que se han tejido en medio del consumo de marihuana, por ejemplo.

La participación se dio en varios niveles, en muchas de las conversaciones y encuentros mi forma de intervención fue un simple estar allí y mimetizarme de tal manera que ni siquiera adviertan que los estoy observando y escuchando de la manera más atenta. Involucrarse en las prácticas de los grupos “garantiza, por una parte, la confiabilidad de los datos recogidos y, por la otra, el aprendizaje de los sentidos que subyacen tras las actividades de dicha población” (Guber 2004,109).

Las vivencias contadas son fragmentos de relatos que surgieron en medio del trabajo de campo, en el compartir la cotidianidad con los habitantes. Quiero precisar en este punto que los relatos presentados son el resultado de la reconstrucción de las situaciones de campo, a través de notas sueltas en el diario de campo (no todo el tiempo podía escribir en la libreta de trabajo y menos registrar cada palabra) y los recuerdos que el trabajo de campo me dejó son relatos que, según mi criterio, condensan tramas de sentido que ejemplifican varias dimensiones de experiencia de lo barrial. Con el fin de no perturbar la espontaneidad de los informantes el uso de la grabadora no fue constante, vale la pena mencionar que los apodosos de las personas que caracterizan varios relatos son reales.

2. Domesticación del espacio como condición para habitarlo

Como se había expuesto, Solanda hoy es uno de los barrios más poblados y mejor dotados del sur de Quito. La característica de los barrios populares es que primero se los habita y luego se los consolida con la infraestructura necesaria. Si bien Solanda no fue un barrio autoconstruido por los habitantes, sí fue un espacio readecuado por sus habitantes, las viviendas entregadas no fueron diseñadas de acuerdo a las necesidades y expectativas de sus habitantes. El espacio impuso un orden bastante incómodo y nada inteligible para la gente. “La vivienda está pensada con base en ciertos criterios arquitectónicos y económicos basados en una idea de habitar que no es la de los destinatarios de la vivienda” (Giglia 2012,104). Acomodarse a este espacio supuso una ardua tarea de modificaciones que estaban condicionadas por el orden espacial establecido, pero que, no imposibilitó la capacidad creadora de los habitantes.

La casa me entregaron en el 86, la mía era la piso- techo, venía con un baño, una cocina pequeñita y una pieza igual pequeñita. No tenía ni agua, ni luz, ni transporte. Pasamos unas

Navidades sin luz, a veces traíamos la luz de La Gatazo, pero se cortaba, o sea se iba y venía. El agua traíamos de la quebrada, de donde es ahora el parque lineal, ahí mismo lavábamos la ropa (...) cuando llegué me perdía, todas las casas eran iguales. A mí me dieron primerita, casi ni vecinos tenía. Éramos cuatro en el sector uno. Como no había recursos empezamos a construir poco a poco, no de una sola, lo que usted ve hice con mis hijos en años. Al principio construíamos nosotros mismos, después con un albañil. Yo no tengo ni marido ni sueldo, mi marido me fue botando con mis hijos y me tocó ingeniarme una tienda y un taller de costura. Fue duro, muy duro, porque hasta me robaron. (Se le quiebra la voz y rompe en llanto). (Anita Bonilla (ama de casa), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

La necesidad de un entorno digno hizo que los primeros habitantes del lugar se organicen y demanden la atención de las autoridades, que se solidaricen por las causas comunes y realicen acciones para mejorar su espacio. Estas prácticas sociales generaron a su vez sentidos y significados se asentaban en los esfuerzos de la gente por alcanzar una mejor calidad de vida. A estos esfuerzos y adecuaciones por hacer del espacio un lugar inteligible, Giglia denomina “la domesticación del espacio”, si “por domesticado entendemos algo que no solo nos es familiar y bien conocido, sino que nos sirve, nos resulta útil y que por tanto es utilizable” (Giglia 2012, 16).

Nosotras fuimos quienes levantamos el barrio, yo puedo decir que un 99% del barrio es por nuestro trabajo. Nosotros nos reuníamos con las autoridades, planificábamos sin haber estudiado nada de planificación ni nada. Luchamos para que se construya un centro infantil en la parroquia, conseguimos que se construya uno de primera, tenía todo. Hablamos con el padre Graziano para que nos facilite las compras de la Maquita Cusunchic¹⁴, no ve que aquí no había tiendas, ni nada a la mano. Entonces traíamos los productos y hacíamos una placita donde es el mercado ahora y vendíamos. Desde el Cemus¹⁵, el centro de mujeres dábamos clases de nutrición para las madres, ósea capacitábamos a las personas que poco a poco se iban poniendo las tiendas para que vendan cosas nutritivas. (Marujita García (ama de casa), en conversación con la autora, Quito julio de 2016).

Se trata de la relación que el sujeto establece con su entorno, a través de la reiteración de rutinas y practicas en su vida cotidiana. La constancia en cuanto al uso del espacio hace que este se vuelva familiar y reconocible para el sujeto. “Habitar como sinónimo de

¹⁴ Maquita Cusunchic: Cooperativa de ahorro y crédito creada por el padre Carolo en el sur de Quito.

¹⁵ CEMUS: Centro de Mujeres de Solanda, espacio de reflexión y de recreación para la mujer creado en 1989.

domesticación del espacio, alude a la producción social de la domesticidad” (Giglia 2012, 29). En este sentido, los siguientes fragmentos resultan ilustrativos.

Cuando llegamos habían tres tipos de casas, la piso-techo, la casa puente y los trifamiliares, que eran para dos o tres familias, pero que iban a entrar ahí. Por supuesto que ahí no se podía vivir. Era un cuarto, una pequeña cocina y un baño. Todo eso sin acabar. No teníamos luz, el agua dejaban en tanqueros, no había transporte, ni lugares en donde comprar para hacer la comida. Poco a poco nos fuimos conociendo entre los pocos que habíamos aquí. Es que traíamos luz de La Gatazo¹⁶, entonces nos ayudábamos, entonces nos agrupamos. Hicimos comisiones para pedir al Municipio los servicios, salimos a marchas, en ese entonces nos tocó salir con el MPD, que a la larga dañaron la organización... los del Municipio no nos querían hacer caso, nos tenían de mañana en mañana. Ya nos conocían decían las secretarías cuando les anunciaban que llegábamos, están aquí los de Solanda, sabían que éramos bravos (risas), por eso no nos querían atender. Un día sabe que hicimos? secuestramos al ingeniero que nos tenía que dar respuesta de la luz. Le dijimos “no le soltamos hasta que nos den solución, acaso que somos su burla” y solo mujeres verá... uuu si que no hicimos para que este barrio se levante. Nosotras le secuestramos a este ingeniero, nosotras hasta maridos perdimos por esta lucha... a mí me pasó eso. Mi marido me decía, bueno pues con quien mismo estás casada con la organización o conmigo. Yo empecé a ir a cursos, talleres donde a una le enseñaban sobre sus derechos, así me pare duro... Fue muy linda la experiencia, dura también por supuesto... cuando se iba luz salimos a las calles y en grupo con nuestros hijos hacíamos fogatas, claro que éramos más jóvenes y éramos pocos, ahora eso sería imposible... Ser de Solanda era ser solidarios, si alguien no tenía había la confianza de pedir yo que sé un poco de aceite, así lo que hacía falta... A mí me conocen mucho aquí porque fui de las fundadoras del grupo de mujeres CEMUS, tengo el orgullo de haber trabajado por mi ciudadela, hice sacrificios personales, a pesar de que ahora todo sea distinto y ya a nadie le importe hacer nada por la ciudadela. (Marujita García (ama de casa), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Este barrio corresponde al modelo único de vivienda popular creado por el ex presidente Febres Cordero. Yo fui de los dirigentes que más años estuvo, en mi gestión se creo mucho de lo que hasta ahora existe. Tres veces fui presidente de la ciudadela, esto no era asíf, era un caos. Si aquí no había nada, todo esto eran terrenos pantanosos. No pensaron que aquí iban a vivir personas. Habían muertos porque los cables de luz pasaban en medio de las casas, claro es que la gente construyó como pudo. La gente antes era bien colaboradora. Nos organizábamos para levantar el barrio, ósea que de gusto vivir, queríamos que nos den transporte, que nos den líneas

¹⁶ La Gatazo: barrio contiguo al lugar de estudio, ubicado en la avenida Mariscal Sucre.

telefónicas. Nos reuníamos para sembrar los árboles, venía gente del Municipio y con la ayuda de ellos o sin su ayuda hacíamos mingas. Hacíamos los Solandazos¹⁷, 8 Solandazos hice yo, elegíamos reina del barrio, hacíamos campañas de educación para niños y jóvenes. Siempre hacíamos asambleas para debatir los temas más importantes, íbamos mínimo 40 personas, eso era democracia, no las pendejadas de ahora. Para las festividades buscábamos en el Municipio que nos colaborarán con juguetes, libros, dulces. Para los guaguas se creaban cursos vacacionales, para los niños, ósea en resumen esto era un verdadero vecindario y de eso déjeme decirle que ya no hay rastros. A mí me buscan para que vuelva a hacer organización, pero que va yo ya no quiero. Yo me enfermé, mi familia se preocupaba, recibía amenazas de muerte, mis hijos mismos me decían deje ahí esto papi, encima la gente no es agradecida. Ahora soy presidente del mercado y bueno aquí si trabajo con la gente, pero más de eso no...ser de Solanda era eso, ser solidario, aguerrido, buena gente... ahora no hay quien se interese y lo digo con mucha tristeza. (Juan Navarrete (jubilado), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Claro que soy de este barrio, solandeño de cepa. Yo vine acá cuando esto nos daba el Banco de Vivienda, pero estos terrenos eran de la Marqueza de Solanda, de ella habían sido y creo que ella regaló para la gente pobre que éramos en esa época. Todito era tierra, si esto ha cambiado una barbaridad y ha crecido pero para arriba. Si ve ese arbolito de ahí, bueno el tronco que quedó, ese sembré yo hace años y duró años también hasta que siempre tenía problemas con la señora Hortencia de al frente por que según ella le tapaba la vista de su ventana y llamaba a que le poden. En una de esas se consiguió la autorización del municipio para que lo boten y así pasó. Elé hasta ahí llegó mi arbolito (Mueve la cabeza y esboza una sonrisa).

La casa la construí prácticamente yo mismo porque siempre he sido medio habilidoso entonces iba dándome modos para arreglar la casa, mi mujer se fue a Estados Unidos cuando mi hija la mayor tenía ocho años y la otra cuatro. Ya nunca más vino, mandaba cosas para las niñas pero ella allá consiguió marido nuevo y se olvidó de nosotros. Yo como hacía trabajitos por aquí y por allá, así mismo pues como ahorita, sabía sacar para lo necesario para mis hijas. Por eso con lo que podía y eso cada que tenía acomodaba la casa, pero vea a mi vejez tengo la casa que tanto quería. Claro que si pudiera le hiciera distinto, pero estoy conforme, peor es no tener nada. Es producto de mi esfuerzo y lo que puedo dejarles a mis hijos. Que tengan por lo menos donde meter la cabeza... no tener casa es desesperante, yo que iba a rechazar el lugar donde me den casa. Aquí yo he hecho vida, así amigos amigos casi yo no tengo ni aquí ni en ningún lado. Uno nace solo y solo debe irse, pero si les veo a los viejos de atrás o del Laberinto, son los inquietos para tomar no más (Risas). Claro es que salgo al vóley o a las barajas y siempre se

¹⁷ Solandazos: Fiesta que se realizaba cada año en el barrio por las fiestas de Quito.

apuesta pues y con eso mismo se compra el trago... pero ya le he bajado verá, ya no le doy como antes. Es que mis hijas ya grandes, no hay quien me vea, mi mamá, pero ya está más allá que acá... yo lo que hago es mis chauchas en las mañanas, las tarde a veces descanso un poco otras veces me voy a la cancha y ahí me quedo. (Jorge Lagos (albañil y electricista), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

La desigualdad que sufren unos y el poder de otros, asignan espacios y modos de vida de acuerdo a visiones clasistas y excluyentes. Como se evidencia en los fragmentos expuestos las viviendas económicas no son diseñadas de acuerdo a las necesidades de sus habitantes, además de ser construidas con materiales de dudosa calidad. La desigualdad se expresa en distintos mecanismos de acceso a espacios utilizables y adecuados. Quienes tienen menos habitan a través del proceso de “autoconstrucción” o “construcción artesanal del hábitat” (Duhau 2013). Esta forma de habitar difiere de otras en las que los sujetos adquieren espacios de acuerdo a sus gustos y necesidades. Los espacios que habitamos, en la medida en que no se producen por generación espontánea, sino que han sido imaginados y diseñados por otros, suelen expresar mediante su forma y funcionamiento, las intenciones de sus autores, sus visiones del mundo y los proyectos de sociedad y vida cotidiana.

Nuestra relación con el espacio y nuestra posibilidad-capacidad de domesticarlo tendrán que acomodarse a las características de un espacio habitable que no hemos diseñado. Es por ello que el diseño y la construcción de un hábitat en la medida en que se inspira en cierta idea del habitar, no puede no incluir cierto orden. De allí que la forma de la vivienda condicione inevitablemente, aunque no completamente la relación de sus habitantes con el espacio habitable. Si el habitar establece un orden, ese orden puede ser impuesto, o cuando menos inducido mediante la forma del hábitat. Si habitar la vivienda implica establecer un orden espacial, es evidente que este orden no puede ser absoluto, sino que tiene que ver en primer lugar con las características del propio espacio habitable (Giglia 2012, 21).

Figura 3.1



Adecuación artesanal del espacio. Fuente: Google Maps, 2017.

Respecto a las viviendas de interés social para clases populares, vale la pena exponer parte de la narración de doña Estelita en una de sus visitas al Municipio, cuando toda esta aventura de “demandas y solidaridades”, entre vecinos, empezaba en Solanda:

La secretaria de un concejal una vez que fuimos y no nos atendían, le dijimos que veníamos porque teníamos un problema en las construcciones y se ofreció a ayudarnos. Es que aquí las construcciones eran salidísimas, las casa ya se juntaban. La señora no nos hacía caso y en una de esas le dijimos que si es que nos va a atender pues, teníamos también cosas que hacer el grupo que ahí estábamos. No va a creer que me dijo que somos unos malagradecidos que encima nos dan casa y nos quejamos que si no nos gusta que nos vayamos a otro lado... y así hizo mucha gente pero al principio, vieron esas lástimas de casas y despechados mejor vendieron y se fueron no quisieron verá, los trifamiliares sobretodo rechazaban. (Estela Avendaño (ama de casa), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

La adaptación y reconfiguración del espacio en Solanda tiene que entenderse en dos direcciones, es decir si bien el sujeto subjetiviza su espacio, lo dota de significados y sentidos específicos, el espacio también ordena al sujeto, el señor Lagos dice “las casas crecen para arriba”, esto quiere decir que no todos los espacios se dejan modificar de la misma manera. Permiten hacer solo unas cosas y no otras (Giglia 2012, 17). Sobre el potencial creativo de los habitantes de barrios marginales y populares hay algunos autores que señalan que este orden

“informal” desarrollado por sujetos-agentes en busca de espacios de vida, más que un problema sería una alternativa a la desigualdad socio-espacial de nuestras sociedades (Abramo 2011).

Al parecer desde la visión de los ejecutores del proyecto Plan Solanda, los usos y necesidades del espacio no podían ser mayores, pues por tratarse de gente, que en un primer momento, no poseía mayores recursos no se visualizó que este grupo podía crecer y desarrollarse y que para esto necesitaba espacios consolidados y útiles. No se hicieron parqueaderos, ahora muchos de los pasajes del barrio y parques funjen como tales.

El gran culpable de todo esto es el Municipio, que no construyó con planos como corresponde, sino a la buena de Dios, pensando que aquí iba a vivir un pueblo cualquiera, no tener parqueaderos es un gran problema, hay gente que guarda los carros en otros barrios, no hay comodidad así pues. Había en un inicio peleas por los puestos, enemistades. (Juan Navarrete (jubilado) en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

La adaptación de los espacios de acuerdo a las necesidades de los habitantes tiene que ver con el poder simbólico que tiene la ubicación del sujeto, es decir la casa o en este estudio el barrio son lugares de gran importancia porque es desde ahí que nos hacemos presentes en el mundo.

3. Identidad como resultado de la necesidad y la organización social

Para Valera y Pol (1994) el barrio como una categoría social urbana determinada por ciertos límites produce en su interior interacciones e identificaciones que estructuran un orden de vida. Un barrio, según Guber, no tiene solamente una caracterización geográfica, sino también sociológica.

En varias entrevistas de los dos primeros grupos me encontré con la palabra “Solandeano/a”. Don Juan Navarrete dijo en una de las conversaciones que un solandeano es “un guerrero que lucha por el bien común”. Doña Marujita García decía que es una “persona solidaria”, don Victor Vega una “persona alegre”, doña Emperatriz Cisneros se refería al solandeano como una “persona entregada”. Sin embargo, en sus mismos discursos afirman que eso es ahora solo un recuerdo, que son muy pocas las personas que ahora en el barrio conservan estas características. Esto como una forma de cuestionar las relaciones actuales, pues una vez

satisfechas las necesidades no se visualizan, al menos para este grupo, elementos identitarios sólidos.

Julián, quien prefiere que no se revele su apellido, diseñó una página de Facebook llamada “Solandños hasta las huevas”. En este sitio virtual se hace referencia también a las supuestas características de quienes habitan Solanda, específicamente de los jóvenes. A través del seguimiento en redes a muchos de mis informantes de este segundo grupo, he podido constatar el eco que hacen de lo que en este sitio se publica sobre lo que es ser un “solandño/a”.

El desarrollo de identidades o identificaciones en el primer grupo está marcado por el tejido social y los lazos que se crearon al momento de unirse para demandar atención a las autoridades encargadas de satisfacer las necesidades ciudadanas. El proceso de construcción colectiva empieza desde niveles micro-locales, desde entablar una conversación con el vecino de al lado, con el reconocerse e identificarse como sujetos comunes con las mismas necesidades (en ese entonces necesidades de infraestructura urbana). Doña Rosita también recuerda en una entrevista que los vecinos en los primeros años intercambiaban víveres.

Había la confianza para pedir aceite a la vecina de a lado, decir tenga un poco de papas y deme un poco de aceite (...) cuando la luz se iba, hacíamos fogatas, ósea era más diversión para nuestros muchachos, en ese entonces, pero nosotros también ya conversábamos, pasábamos un rato, hablabamos de que sería bueno implementar en la ciudadela, como eramos pocos, nos conocíamos más. (Rosa Valarezo (ama de casa), en conversación con la autora, Quito, julio 2016).

Planifiqué un encuentro con doña Lola Cisneros para que me mostrara la casa de doña Carlota Rodríguez, quien también es de las primeras habitantes del barrio y parte del grupo de mujeres, CEMUS. El motivo del encuentro surgió a propósito de unas fotos que doña Carlota había ofrecido mostrarme. El encuentro estaba pactado para las 11 de la mañana, cuando llegué a casa de doña Lolita, como prefiere que la llamen, no había nadie. Esperé alrededor de 15 minutos, parecía que iba a llover. Al cabo de ese tiempo divisé a unos metros de distancia a doña Loli, dijo: “acompañeme un ratito al mercado”. En el trayecto saludó con varios vecinos. Al llegar al mercado también saludó con los vendedores, casi todas y todos al interior del mercado conocían quien es. Ella vive desde los inicios del barrio atrás de mercado. Comenta lo siguiente:

un tiempo viví en Conocoto, verá, pero a pesar de que me gustaba mucho la casa, porque era muy bonita, bien hechita, yo si extrañaba acá. Por allá saludaba con uno que otro vecino, pero no era pues como aquí que nos atajamos a conversar. Póngase yo con doña Carlota Rodríguez me conozco años. Después de que se murió mi amiga Bachita, que era mi gran amiga, me junté más a doña Carlo, ahora de repente viene a mi casa, nos comemos algo o yo a veces voy a la de ella o nos encontramos en misa... allá a Conocoto me fui después que mi mamacita se murió, queríamos cambiar de espacio y entonces mi hijo arrendó la casa por allá. (Emperatriz Cisneros (integrante del grupo de mujeres CEMUS), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

El barrio en sus inicios permitió que la poca gente que lo habitaba genere amistades o que al menos los moradores se conozcan. El siguiente fragmento es una muestra de esto:

Una vez en la tienda con doña Emperatriz (Loli) el diálogo fue el siguiente:

Michita: Hola Loli,

Doña Lola: bella cómo está?

Michita: Ahiiiiiií, (respondió con tono prolongado) y usted?

Doña Lola: Y ahí no más, pero mejor le veo Michita sigue con las quimio?

Michita: Sí, cada semana me toca ir.

Doña Lola: No se descuidará, ya le he de venir a ver o pasará usted por la casa... ay la pobre Michita qué haría de malo en su otra vida para acabar así? Esque si le ve tan calmada que es ya parece a veces de más también. Encima el fumón del hijo se le lleva todo lo de la tienda, un mariguanero no más es por aquí sabe andar con una guambra fishfica no mas, este es un maldito.

El siguiente relato es parte de una de las conversaciones con quien es conocido en el barrio como *El Mono*. En la narración se muestra como la degradación de un lugar impregna los modos en que los sujetos se asumen al ser parte de este. El argumento de “efecto de lugar” desarrollado por Bourdieu “muestra como el espacio, producto de tramas de sentido, tiene la capacidad de marcar negativamente a sus habitantes” (Santillán 2015,9).

Verás así la plena yo te digo en este barrio la gente es bien sapa¹⁸, siempre encamándole huevadas¹⁹ a uno porque se hace de vez en cuando los grifitos, solo se fijan en las cosas malas, no se fijan en que uno trabaja, no ves la mamá mismo del Joseph como me encama huevadas como que yo le hubiese enseñado a fumar al pelado. No se da cuenta que por los camellos que

¹⁸ Sapa: persona chismosa

¹⁹ Huevadas: se refiere a cuestiones sin importancia, tonterías

hace aquí en el taller conmigo es que el chamo ya tiene cualquier cosa. La plena que me rayara y les fuera haciendo huevadas para que por algo hablen. Ve miya vos sabes (...) yo como bueno soy un del puctas²⁰, pero de malo soy mejor. Yo para lo que era antes me he calmado, si era bien batracio yo, todos mismo éramos una huevada (...) vos cachabas esos curiosos²¹ que habían antes, antes que haya Facebook y esas huevadas, antes las peladas te cruzaban unos cuadernos dónde te hacían preguntas para cacharte²². En una de esas con los panas llenando esas huevadas que les había pasado una amiga no me acuerdo ni bien quien también sería, vemos que por ahí decía que si eres del sur eras feo, eras lo peor ya, cosas así cachas. Yo como siempre he sido pobre me vale verga (risas). Pero cachas que cuando crecimos un poco más los panas nos tomamos tan a pecho las huevadas que en verdad éramos batracios. Cachas que íbamos a la pista de la Carolina y los bikers de allá no nos querían pues, nos encamaban longos nos ninguneaban focazo²³, y ellos con unas bicicletas aniñadotas²⁴, nosotros acá intercambiábamos las piezas, reutilizábamos, yo mismo soldaba las notas para montar, una vez mi pana Fish que está en Italia, me regaló mi primera bicicleta, los papás le acolitaron²⁵ otra y el me dio la de él (...) cuando ya éramos más cancheros²⁶, ya saltábamos más íbamos nosotros a encamarles huevadas a La Carolina, dos veces nos sacamos la puta y nos trajimos las bicicletas de los manes. Le cachas al de los Muscaria? Ya, el man era de los bikers aniñados, con el man me saqué la puta (...) después el Rata era tan batracio que cuando íbamos les decía “verásme bonito no chugcha (...). (Jhonny Álvarez, “el Mono”, en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

El relato nos permite ver cómo las subjetividades crean estereotipos asociados a la posición socio-económica de los individuos. Dichos estereotipos o estigmas, por lo visto actúan también como elementos identitarios entre quienes los portan.

Con el segundo grupo de trabajo los recorridos fueron más extensos, pues muchos de ellos transitaban las calles del barrio hasta horas extendidas de la noche. Los encuentros fueron generalmente en las noches o los fines de semana. El siguiente relato da cuenta de una salida a

²⁰ Del puctas: Alguien o algo que es “bueno” o de buena calidad.

²¹ Curiosos: Cuadernos donde se realizan preguntas personales y que antes intercambiaban los jóvenes.

²² Cachar: Entender algo.

²³ Foco/Focazo: algo que se sale fuera de lo normal

²⁴ Aniñado/aniñadote: algo de muy buena calidad, costoso.

²⁵ Acolitaron: Ayudar, apoyar.

²⁶ Cancheros: presumidos

campo con uno de mis amigos conocido por su apellido como “el Salguero”. Pasó por mi casa y silvó el que podría decirse es nuestro código.

Al salir de mi casa caminé junto al Salguero hacia el parque Ecológico, se sabe de manera implícita, en nuestro grupo de amigos, que el lugar de tope²⁷ es el taller de “el Mono” que queda casi al finalizar el parque Ecológico.

Figura 3.2



Parque Ecológico de Solanda. Fotografía de la autora, 2016.

En el taller estaban “el Mono” y “el Chespi”, fumaban un porro de marihuana. Nos unimos al plan, al poco tiempo llegó otro amigo, “el Barby” y la legalización²⁸ fue como siempre el pretexto para pasar un rato entre “panas”.

Salguero: Oye y dónde está el Chavo para que me venda una quinita (5 dólares) o acolita vos ve guambra. Anda pidéles a los chamos de arriba y te ganas tu pedazo.

Chino: si ahora el brujo es el Doble D, ya mismo baja verás, solo fue a dejarle a la chama.

Salguero: y ya no venderás vos?

Chespi: si ya se fumo todito (risas)

Mono: ya salgan, salgan vamos al parque ya están foqueando la nota, ya mismo pasan los chapas y se huele clarito a grifa²⁹.

²⁷ Tope: encuentro.

²⁸ Legalización: Uso de marihuana en cualquier espacio.

²⁹ Grifa: marihuana

Salimos y nos pusimos en las gradas de una vereda que colinda con el parque Ecológico. El grupo ha llamado a este lugar, “la salita”. El porro rodaba de un lado a otro, en medio de la palabra timbrado³⁰ que iba y venía de distintas voces. De repente no supe en qué momento llegó otro amigo llamado Valentín con otro al que llamamos “el Guazón”. Que por cierto regresó hace poco después de estar cuatro años en Argentina y me contó en una de nuestras conversaciones la nostalgia que tuvo del barrio y sus amigos y de las peripecias que pasó alguna vez que quiso comprar marihuana en una de las Villas. Su relato incluía divertidas e interesantes comparaciones entre los lugares. Valentín o “el Valero” es un punkero de 33 años que tiene una banda llamada “Los Sapos Muertos”, el nombre viene de otros dos amigos que tocaron en el inicio del grupo, uno era “el Muerto”, llamado así por su rostro pálido y sus marcadas ojeras, ahora vive en España; y el otro era “el Sapo” conocido de esa forma por sus grandes ojos, ahora vive en algún lugar, de alguno de los valles.

Figura 3.3



Sapos Muertos, tocada casa Ricardo Mejía. Fuente: Archivo personal de la autora.

- Valentín: ¿qué van a hacer?
- Salguero: No sé yo ya me la saco³¹ chamos tengo que ir a verle a la Pao que ya mismo llega, pero ¿aquí van a estar?
- Mono: No sé. Si no encaman nada para ya irme más chance a la casa. Hazte otro mejor Chino.

³⁰ Timbrado: que algo está pedido.

³¹ Me la saco: irse de algún lugar.

- Chino: que ya no tengo digo.
 - Salguero: Deja no más Mono yo te acolito un griffito, ya le escribí al Doble D, dice que ya está por La Boston bajando.
 - Valentín: ya vamos al ensayo, voy a verle al Eduardo y a afinar un chance hasta eso ya bajarán. Si pueden bajen todos a que cachen ya estamos sonando cada vez mejor.
- (Al poco tiempo llegó el Doble D y en un tono jocozo, enronqueciendo la voz dijo)
- Doble D: ¿Para quién es que es la libra?
 - Salguero: Pasa una quina chamo que ya me voy, solo a vos te estaba esperando. Te demoras y estos manes ya me mandan grifote.
 - Mono: Y de dónde sacaste esa Sirigocha?
 - Doble D: cacha que un pana me debía de un camello que le hice ahí armando unas bicicletas y no me pagaba, y no me pagaba, hasta que ya me empute y le dije que se deje de notas pues... ahí me encamó que estaba chirote³², pero que me podía pagar con weed y le dije de una, como sea pero pagame. Y de quina en quina ya soy millonario (risas). No encame no más, si ya quiero sacarmela de una de esto, pagar unas huevadas y si me sobra guardar el billete.
 - Salguero: Claro focote andar haciéndole la competencia a los brujos. Aunque facilito es ahora conseguir drogas, te acuerdas Mono como solo los de la gente de a de verás entrábamos donde la bruja Marisol? Cachate esto Pame, vos que vas ahí a encamar que todo bien el barrio en la universidad, tienes que cacharte como era antes eso, si no era así, el barrio era bien arrecho, antes había la bola de patas por aquí. Primero el barrio fue de los rockeros cuchos, el gordo torta, el llevadín, el pelucas, si les cachas vos esos de la pipol de arriba. (la Pipol es un equipo de fútbol famoso en la liga barrial del sector 1). Nosotros chamines en las bicletas también rockeros, pero habían full peleas, a veces venían a robarnos las gorras pero nosotros siempre fuimos bien arrechos si o que?
 - Chespi: Te acuerdas ve esa vez que fuimos a comprar polvo en la Quito Sur, con el Chapatín y la Vaca? si no era como es ahora que cualquier gil anda no más con drogas, antes la nota era bien celosa, si no eras arrecho o raro no te vendían. Cachas que reunimos todo el día como 5.000 o 15.000 sucres en esa época, no me acuerdo bien. Llegamos donde el brujo y contábamo las monedas (...) ede repente el man dice “robado chamo”. Yo me quedé loco, y le digo cómo robado chugcha, si ni comimos por reunir el billete. “Pasa mi billete”, el man me dice “y qué no sabes quien soy yo” Y yo le digo “me vale verga quien chuccha seas, pasa mi billete o vamos matándonos”... le saqué la puta... desde ahí nosotros entrábamos no más a donde sea pateando el al perro y al gato, ya cachabamos que también si queríamos podíamos ser raros³³.

³² Chirote: sin dinero.

³³ Raros: personas que cometen acciones ilícitas.

- Mono: la plena que qué batracios que éramos, ahora no más todo el mundo anda “señorita” sin cachar ni verga, antes ni los Latín Kings nos decían nada no ve? Te cuerdas cuando vino ese man del Bayo (...) en ese pito que hubo con los Gays abajo y nosotros saltamos. El man saca una nueve milímetros y me dice “y ponte que te mato”. Yo le veo y le digo: “a mí siempre me has matado, pero de la risa” (risas). El man dice cómo este chamo (...)
- Doble D: queriéndole montar la rara³⁴ al más batracio no ve (risas). Oye cachate Pame que... ¿hace cuánto era que nos fuimos a esa fiesta en la Magdalena, donde se peleó el Gay.?
- Chespi: Hace más de un año, no cacho.
- Doble D: bueno no importa, la nota es que en la fiesta ha habido otro niño maricón, cachas y oíamos a cada rato, niño gay, niño gay y ya parecía burla verás. No cachábamos. Eran unos manes que le han sabido encamar así mismo al pana de ellos cacha. Y el David le dice al chamo, “¿cómo que niño Gay? Si yo soy el niño Gay. Peleemos entonces por el apodo”. Se sacaron la puta y llegamos al parque manchados de sangre por la pelea porque al final fue todos contra todos... estábamos borrachos encamando huevadas a la gente (...) Oye que peleas épicas esas (...)

Las historias parecen no tener fin y son recreadas una y otra vez , entre humos y risas los relatos parecían fabulas, era de noche y de a poco los amigos se iban despidiendo.

- Doble D: Te vas para arriba?, vamos. Yo me voy a dejar una sotita (10 dólares de marihuana) en Black Book (tienda pinturas para graffiti creada por el grupo Hip-Hop Fuck The Police FTP).
 - Guazón: Vamos les acolito un chance y bajamos o te vas demorar?
 - Doble D: No, de una es la vuelta.
- Subiendo por La Bostón vimos un graffiti, decía “Zoolanda The Jungle”, las letras iban acompañadas de una caricatura.
- Guazón: ve qué bacán, ese es de los chamos?
 - Doble D: no ese es la pata del Gary, de abajo.
 - Guazón: Oye vos te acuerdas de la hoja de marihuana que dibujamos de chamos en el Laberinto? (...)

El habitar a través de la identidad en este grupo no siempre se da de manera positiva. Es decir, muchos de los entrevistados, que en su mayoría fueron hombres jóvenes, afirmaban con orgullo ser de Solanda, pero seguidamente afirmaban que este es un barrio “batracio”³⁵ término peyorativo que según sus “creadores” da cuenta de lo vulgar de algo o alguien, del

³⁴ Montar la rara: buscar problema.

³⁵ Batracio: Vulgar, de mal gusto, pero a veces tiene connotaciones jocosas.

desenfado de ese “alguien” al momento de enfrentar cualquier situación, alguien como lo dicen ellos “arrecho³⁶”.

Los relatos a continuación muestran algunas de las formas de identificación apreciadas en el trabajo de campo con el segundo grupo. Daniel Noboa recuerda sus primeros años en Solanda entre arena de potreros y posteriormente entre bicicletas, patinetas y marihuana.

todo era de arena, potreros, terrenos baldíos ahí jugaba con los otros niños... la mayoría de ellos ya no están, se fueron a otros barrios o a otros países, o ya no se les ve. Es que como cuando se crece ya te encargas de tu vida ya no se sabe mucho de la gente. Sin embargo, yo tengo mi grupo de amigos de aquí. Nosotros de más grandes, no tan grandes, cuando yo tenía unos 14 nos hicimos bikers y nos adueñamos del barrio, teníamos full trovos³⁷ porque para esa época ya habían full grupos que eran bastante territoriales. Pero con nosotros no se metían porque cachaban que éramos deportistas y también bien arrechos, nunca nos dejamos ver las huevas³⁸ de nadie. Nuestra zona era el Laberinto (uno de los parques más conocidos de Solanda, ubicado en el sector 1), la gente sabía que esa era nuestra zona, ahí truqueábamos, nos hacíamos los grifos³⁹ lo pasábamos ahí con los panas batraceando⁴⁰... cuando los cuchos nos encamaron⁴¹ que somos fumones y malos nos fuimos, igual los panas ya crecieron y cada quien con su familia... ahora nos vemos e igual batraceamos (risas) pero ya distinto... claro que le quiero a mi barrio, es batracio pero le quiero (risas), por eso mismo le quiero (risas) (...) Ósea quiero decir que está lleno de gente llevada, full patanes, peleones, etc (...). (Daniel Noboa, en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Bueno para mí Solanda es un barrio chévere, ósea si es verdad que hay raros en cada esquina, pero fresco porque yo si me llevo, si me cachan (risas). No ya en serio, si me gusta a mí aquí, yo soy del Guasmo Sur, del Cristo del Consuelo, esto es huevadas para lo que se ve allá. Aquí les encaman huevadas a los giles no más. La gente de a de verás sabe con quien puede y con quien no puede joder. Si tienes pito con alguien y pasas por ese lugar como gil, que no te van a hacer huevadas. O si es muy tarde y pasas ponte por las gradas y justo coincide que la pipol está con ganas de maldad, valistef(...) Yo ya no vivo aquí pero tengo mi taller de cerrajería aquí porque

³⁶ Arrecho: Valiente

³⁷ Trovos: problemas.

³⁸ Ver las huevas: tomar el pelo

³⁹ Grifos: dosis de marihuana.

⁴⁰ Batracear: Molestar,

⁴¹ Encamar: inventar, mentir

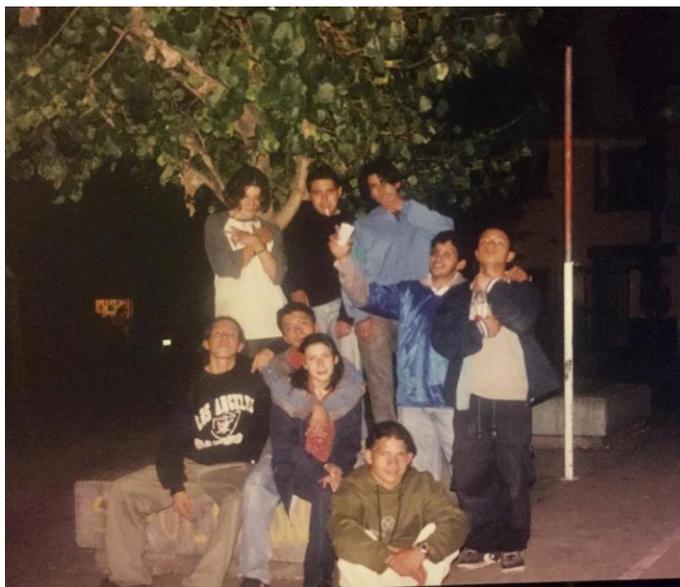
la gente me conoce, saben quien soy, yo les hago cualquier camellito. Además siempre vengo a la zona porque de una u otra forma se encuentra siempre a la gente, antes bikeabamos full, día y noche. Ni comíamos, solo pan con yogurt no más (risas) y sirigocha⁴² (marihuana). Para que, que por más batracios que estén por aquí... ósea lleno de huevadas que se ve en la calle, robos, etc... siempre vuelvo, pero no por el barrio en sí, sino por los panas... aunque también aquí mismo me han hecho verga, porque también la gente cuando quiere es batracia. Pero si tengo afecto a los panas que éramos de la zona. (Jhonny Álvarez, “el Mono”, en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Los fragmentos de estas entrevistas muestran como los procesos colectivos generan significados específicos dependiendo del contexto en el que estos se ubiquen. El espacio público se entiende comúnmente como un lugar donde toda persona es libre de transitar a la hora que sea, sin embargo a través de estos testimonios es evidente que quienes participan reiteradamente de un espacio generan una apropiación hacia este, sienten que de una u otra forma les pertenece. Los usos de los lugares son múltiples y sus formas de habitarlos variadas, en la siguiente historia por ejemplo, en el parque “El Laberinto”, llamado también por quienes convivían en este espacio “La Zona”, es decir que esta era la zona de encuentro común del grupo, donde la forma de producción de sentido era la pertenencia al lugar. Según los testimonios de vecinos y de los mismos bikers y skaters de este sector, los jóvenes pasaban casi todo el día en el parque a tal punto que sintieron el derecho de reclamarlo como propio.

Estos sí que me sacaban canas verdes, venían encargarme las cosas que tenían porque venían los policías a quitarles del parque, es que eran una jorgota, cuando estaban todos eran unos 30 o más es que era llenito el parque, y se daban al vicio, pero no eran tan dañados ellos, por eso yo si les quería, les fiaba porque no tenían a veces quien les vea, a la Katita que vive acá atrás ellos le cocinaban porque ella era solita no más y como pasaban ahí metidos con los hermanos, parecía que todos más bien ahí vivían. (Doña Blanca (dueña de una tienda aladaña al parque) en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

⁴² Sirigocha: marihuana

Figura 3.4



Parque el Laberinto, grupo de bikers y skaters 2005. Fuente: Archivo personal de la autora.

El uso reiterado de un espacio lleva a que el sujeto se identifique de cierta manera con este, la consecuencia es la apropiación, unas veces utilitaria y otras expresada en apegos afectivos. Esto dependerá de factores como el tiempo de residencia, las redes tejidas en el lugar, los motivos y necesidades de radicarse en determinados sitios, etc.

4. Apego y/o apropiación como recursos de reivindicación social

El haber trabajado de manera directa en la construcción parcial del barrio ha generado también un sentido de apropiación del espacio entre los primeros habitantes, este es reconocido como un espacio definido socialmente (domesticado), un espacio que tiene dueño. Sin embargo, esta apropiación es consecuencia de años de incertidumbre entre lo propio y lo ajeno, en los primeros años del barrio varios vecinos tuvieron problemas entre sí y con autoridades municipales, porque no existía una delimitación clara de los espacios. Don Pablo Carrera cuenta que:

La gente empezó a construir como pudo, de acuerdo a su economía, unos hicimos préstamos, otros de a poquito ellos mismos o en familias contruían y poco a poco se iban saliendo mas y más y apegándose más y más, o sea casa con casa. Cuando el municipio vino ya todo estaba construido. Ahora saquen si puedenf. Tuvieron que ayudarnos, hacer cambio de suelo y nos vendieron esos espacios construidos. No sabían a quienes les correspondía el espacio, se cogían los espacios, especialmente de las casas puente. Hasta ahora hay eso (...). (Pablo Carrera, en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Figura 1.5



Pasaje parque sector 1. Foto de la autora, 2016.

El uso del espacio público entre personas de diferentes sectores que no se conocen (por lo extenso del lugar) está mediado por las relaciones que se tejen a través de reglas tácitas. Es decir, de formas de actuar y comportarse que apelarían al sentido común, al respeto hacia el otro. Por ejemplo, según Emperatriz Cisneros, el problema más común es el de los estacionamientos:

Aquí dejan los carros frente a la casa de uno, si se sabe que es del vecino bueno no hay problema o si se necesita el espacio se le dice no más, a ellos ya se les conoce de años, pero ahora vuelta vienen quienes también y se ponen en la puerta, figurese mi hijo no sabe donde dejar su carro y ese espacio es mío, está en frente de mi casa...el señor cuando le reclamé dijo, si yo también soy del barrio. Elé y a mi que me importa si vienen de otros parques, de otras manzanas, de otros barrios incluso tienen que respetar lo ajeno pues. (Emperatriz Cisneros (integrante del grupo de mujeres CEMUS), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Figura 3. 6



Estacionamiento. Fuente: Google Maps, 2017.

Al parecer mientras las reglas tácitas no se transgredan la convivencia transcurre dentro de lo normal. En los barrios que empezaron de manera precaria su formación y con pocos habitantes (generalmente los que fueron beneficiados por planes de vivienda de interés social), se tejen relaciones no solo de amistad, en ciertos casos estas están atravesada también por cuestiones endogámicas que hacen que los vínculos afectivos en el lugar sean más significativos. Doña Lolita, por ejemplo, tiene en el barrio dos consuegras y una nieta, el barrio supone en este sentido un espacio filial. Su amistad con doña Carlota muestra como el compartir espacios de vida puede ser, en algunos casos, un elemento que desencadene afectos y sentimientos de apego hacia estos. Siguiendo a Giglia (2012), se puede decir que los barrios son lugares de producción cultural en tanto generan de manera continua formas de habitar que posibilitan la vida en la ciudad.

Yo buscaba un encuentro “natural” con don Juan Navarrete, procuraba pasar frecuentemente por su puesto de trabajo en el mercado, es un local de artículos plásticos. Una mañana que regresaba a mi casa después de varias diligencias en el barrio, me arriesgué a visitarlo. El pretexto fue pedirle que me ayude con contactos de otros dirigentes o primeros habitantes del barrio. Se expuso parte de una entrevista a don Juan Navarrete donde expresaba su deseo de irse del barrio, a causa del individualismo en la gente y la “ausencia de solidaridad” que hoy impera en el ambiente barrial. En medio de la conversación que teníamos sobre quienes

podrían ser también fuentes de apoyo para el estudio, recomendó que me entrevistara con don Juan García quien estuvo involucrado en los procesos barriales años atrás y que hoy es dirigente de un grupo de la tercera edad que se organizó en el sector 4, a través de actividades municipales del grupo 60 y piquito.

¿si ha visto que las tardes siempre juegan unos mayores en el Laberinto? Yo a veces se subir a jugar baraja. No me enseñó a estar metido en la casa. Veo y estoy hasta que se terminó el vóley. Si puede dese una vuelta hoy por ahí entre las 5:30 de la tarde para presentarle al don Jorgito (...). (Juan Navarrete (jubilado), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

A la hora acordada estuve en el parque, hacía bastante frío y parecía que en cualquier momento llovería. En las bancas centrales del parque estaba sentado don Juan Navarrete junto a otros señores, había muchos de pie viendo el vóley y otros en un costado jugando barajas. Eran hombres que superaban fácilmente los 45 años, casi no había mujeres excepto dos señoras de aproximadamente esa misma edad, una era parte del juego. Saludé y don Navarrete me dijo: “vea niña, aún no viene Juanito, quizás ya mismo venga, esperemos un poco, ¿sí?”.

Esperamos todo lo que el partido de vóley duró, pero el señor Juan García no llegó. No le di mucha importancia a este hecho, pues mi intención real era observar las formas de interacción del señor Juan Navarrete, tomando en cuenta que en su discurso afirma querer irse del barrio. Las risas y la camaradería expresada por el informante en ese lugar, en ese momento, desde mi punto de vista, no eran las reacciones y actitudes de alguien quien considera que en su entorno ya no se puede vivir. En una de las conversaciones se refirió al barrio como “un lugar en el que lamentablemente hay prostitución, drogas y no hay quien reclame, estoy vendiendo la casa, aquí ya no se puede vivir (...)” (Juan Navarrete en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Siguiendo con el relato, le pidió a una de las personas ahí sentadas que compre una caja de cigarrillos Lark: “don Pepe, vaya a ver tabacos”, dijo. A la respuesta positiva de su compañero don Navarrete le extendió un billete, al poco tiempo el señor regresó, le dio la caja de tabacos, él la abrió y nos ofreció, yo casi no fumo tabaco así que me abstuve de su ofrecimiento. Empezó a llover, era la última mano del partido, con esta se definía la suerte de los que apostaron, la lluvia fue cada vez más fuerte, nos fuimos.

Si bien los efectos de la globalización han reconfigurado los modos de habitar e imaginar la ciudad/barrio, pues la condición de la modernidad en el espacio implica la experimentación de flujos interculturales, de intercambios de sentido acelerados y desbordados; el barrio permite también experiencias un poco más íntimas que rebasan el anonimato imperativo en las formas de relacionarse en la ciudad. Me refiero específicamente a una vivencia que muestra como el barrio es un espacio donde aún son posibles vínculos que permiten dar rostros y nombres a “los otros” y a través de esto crear maneras más sensibles de habitar, construir relaciones más allá de la cordialidad también crea apegos y memorias alrededor del espacio. Considero que en este sentido cabe señalar lo siguiente.

Don Jorge Lagos es un vecino de 58 años que tiene habilidades en temas de plomería y electricidad, varias personas del sector solicitan sus servicios, cuando los necesitan. En mi caso por ejemplo, me ha ayudado a hacer varias instalaciones y conexiones en cada cambio de casa en el sector, con la ventaja de que el precio es más conveniente que contratar a alguien desconocido y que de ser necesario el pago puede esperar. En el año 2014 viví casi un año en el sector de la Floresta, un cambio de casa siempre implica, al menos desde mi experiencia y sobre todo si la casa en la que se instala no es propia, un desgaste físico y emocional. No conocía a nadie en ese sector, obviamente no estaba don Jorge a la vuelta para pedirle que me ayude. Extrañé mi barrio, extrañé a gente que si bien no es parte de mi círculo íntimo de amistades, es gente con la que estoy familiarizada, ver sus rostros me ubica en el contexto barrial, al que siento que pertenezco.

Las apropiaciones del espacio se materializan de distintas formas, a lo largo del trabajo del campo lo he podido constatar, al ver por ejemplo, como las vecinas, a veces también vecinos, barren la vereda de sus casas, se saludan entre ellos, hablan del clima o se preguntan cómo están. En las denominadas “cucharas” que son pasajes sin salida, generalmente los parqueaderos son usados como espacios de juego.

Marco Mejía, uno de los primeros skaters del barrio relata la siguiente experiencia que evidencia también una forma de apropiación.

Nosotros de aquí les sacábamos a palos, los choros de la Quito Sur venían a robarnos las tablas, las bicis, nos veían chamos pues, venían de afrentosos a sentarse en las bancas estas donde saltábamos, lo hacían solo por molestar, venían a fumar polvo y bueno un día crecimos y nos

enfrentamos les sacamos la puta...mi pana el Christian se dio el lujo de decirles a los manes, que para pasar por aquí primero nos deben pedir permiso (...) uuu si te contará la broncas con los panas. A los Latin Kings también les sonamos porque venían no más azarosos, un día estábamos sentados riéndonos y viene un pandillero que le llamaban el Guillo, chamo no más, pero ya avezado el man y le roba la gorra a un pana cachea, le dice recupera chamo. Nos sacamos así mismo la puta y les sacamos del barrio. La cagada es que los vecinos creían que los relajosos éramos nosotros, después cacharon que no pero ya era muy tarde ya nos abrimos y mejor el parque se llenó de fumones raros. Yo creo que corrimos con suerte yo por eso mejor cuando me hice de familia mejor me fui. (Marco Mejía (skater), en conversación con la autora, Quito, julio 2016).

Una tarde conversando con los muchachos de una banda de punk llamada “Los Sapos Muertos”, sobre los lazos de amistad en el barrio, nos sentamos en una vereda que colinda con el Parque Ecológico, al llegar me dijeron: “toma asiento en la salita, esta es la sala no cachabas?”. En efecto me senté en una grada, Valentín el líder de la banda, sacó un trago llamado guancacha, que por cierto es una bebida que fácilmente se puede encontrar en el barrio, si se sabe cómo ellos dicen “las huecas”. Empezamos a conversar, la botella pasaba camuflada, “hazla rodar” decían, los vecinos pasaban y con algunos los chicos saludaban. Como se dijo antes, los conflictos al parecer se desencadenan cuando se violan los acuerdos implícitos de uso del espacio entre quienes son del lugar. Edison Pérez, quien también es parte de la banda de punk y que ha vivido en el barrio desde sus inicios, cuenta que:

aquí en el barrio no hay problemas grandes porque nos conocemos, ósea sí ha habido trovos últimamente es porque hay full gente nueva que no se cachea y que no nos cachan... suponte el otro día nos topamos de madrugada con un pata de colombianos, nosotros subíamos por el colegio Zaldumbide, dejándole a una chama, y los manes de una empezaron a silbarnos y nosotros frescos y uno le dice al pana Raúl, “y qué quiere foto ñero”. Nosotros “oye loco fresco si somos del barrio, te hemos cachado en la barbería del Fonty, habla serio”, el man se queda foco y se calmo, cachas. Aquí la gente se conoce, sabemos cuáles eran los pandilleros, sabemos lo foco que fue el barrio y no queremos eso, ponte nosotros no tenemos problemas como antes habían por los estereotipos me cachas... ósea nosotros somos rock and roll y aquí el Hip-Hop es en bomba, pero primero que ya somos grandes y no peleamos por huevadas y además la época de la matanza ya pasó, no es tierra de amor y paz, pero eso ya pasó. Sin embargo, hay gente que aún no ha crecido mentalmente y sigue pensando batraciamente, como esos colombianos o los bazuqueros focos, que creen que esta es su tierra y quieren hacer lo que les da la gana. Nosotros entre los panas siempre decimos que queremos hacer una limpieza y borrarles del barrio,

sacarles a patadas. Por gente como esa es que no se puede vacilar en paz. Verás te apuesto que en un rato más ya pasa el patrullero pidiendo que nos vayamos, es porque creen que todos somos la misma huevada. (Edison Pérez (integrante de banda de punk), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Como se dijo antes la adhesión a un territorio produce identificaciones que según Varela (1994) confiere a los individuos un determinado estatus o prestigio social, generando así evaluaciones del self.

Figura 3.7



Grupo de Hip-Hop en concierto, sector 1. Fuente: Archivo personal de la autora.

Cuando fui Latin King peleamos por el control del barrio, ósea nuestra zona era de la J para abajo, el sector cuatro, por ahí. Nos identificábamos por los colores y conocíamos a la gente, es que no sé cómo contarte porque eso es muy difícil, son cosas que se viven, es que es otra nota. Por arriba por La Isla, el sector uno, el mercado, esa era zona Vatos. Si se cruzaban los territorios de ley había pitos, muertos (...) No importaba si éramos del mismo barrio, es más muchos fuimos panas de la infancia, nos cachábamos pero nos hicimos de agrupaciones diferentes, pero cada quien decidió su identidad, me cachas?. No sé ahora es medio tonto claro,

pero de chamo uno hace huevadasf (...) igual tuvimos suerte (...) yo tengo 3 panas muertos.
(David (alias Chinfys, policía, 33 años), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

Las formas de acción y visión del mundo de los sujetos dependen de los contextos en los que estos se encuentren. El habitus socio-espacial de los habitantes de Solanda, puede entenderse a través de sus relatos, como la construcción dinámica y relacional entre lo social que produce subjetividades y entre las subjetividades que, parafraseando a Giglia (2012) integran/producen lo real. Es claro entonces, que por el mismo hecho de ser dinámicos, los fenómenos sociales están sujetos a cambios constantes que dependen de contingencias tanto particulares como globales. Como los usos y las representaciones del espacio urbano sus modos de habitarlo también y como se dijo antes tienen que ver con la forma de producción de este. Hay experiencias como la de Victor Hugo Carvajal, quien tiene 46 años y tiene una participación activa en la iglesia de Solanda.

El barrio se volvió sumamente peligroso ya no se podía ni caminar por las calles por las pandillas, hoy es igual y peor creo yo, porque a las pandillas nos enfrentamos y les sacamos. Ahora el barrio está tomado por las drogas. Antes no había robos, nos amanecíamos cantando con el grupo juvenil de la iglesia, nos quedábamos hasta altas horas de la noche. O sabíamos reunirnos en las casas de uno u otro integrante, a hacer comidas, hacíamos los cumpleaños, algún amigo sacaba su guitarra y nos juntábamos. Tratábamos de que los chicos pertenecientes a esos grupos se nos unan, rescatamos a varios, pero los líderes, reinas y reyes que se hacían llamar, no nos querían. Nos amenazaban, había lugares por donde ni nos asomábamos. Y no solo ellos había grupos de jóvenes que eran de otros grupos que les gustaba fumar y también andaban siempre en peleas, habían grupos delictivos en el barrio. Pero los vecinos a nosotros nos querían, nos conocían sabían que hacíamos muchas cosas por el barrio y nosotros no teníamos problemas con nadie, nosotros organizábamos campeonatos de fútbol, vóley, basket, hacíamos cursos vacacionales para los jóvenes y niños. Una cantidad de cosas que se hizo con la iglesia, incluso hablamos con muchos de estos muchachos (jóvenes en padillas) y en efecto las cosas cambiaron para algunos... accedieron a trabajos, ya más grandes se fueron a otros lados, por ahí también las autoridades intervinieron y pasó. Pero lo que pasa ahora es más grave porque se sabe, y tú que también vives aquí debes saber, quienes venden la droga, quienes dañan a los jóvenes, quienes dañan al barrio y nadie hace nada, es más actúan bajo la vista y paciencia de los policías y cuando se les denuncia en el retén no hacen nada porque dicen que eso le corresponde a Antinarcóticos (...), para mí Solanda se echó a perder y es una gran pena porque yo luché mucho porque los chicos sean gente de bien, pero cada quien elige su camino. Peor ahora con tanto extranjero que hay, ni se les conoce, no soy racista, sé que hay gente

buena, pero en general los que vienen son los que están desechados de otros lados. Aquí no sé si tú te acuerdes, el muerto que botaron hace poco por el sector cuatro, dispararon a un joven también por el Zaldumbide y ¿quiénes eran? Colombianos (...) he querido mucho a mi barrio pero ahora siento que es mejor seguir con mi vida ya no hay colaboración (...) qué pasó el otro día... dijimos con varios chicos, qué hacemos para sacar a estos vendedores de droga de aquí del mercado, los que venden de noche, ese patojo, que todos bien conocemos. Dijimos si la policía no quiere ayudarnos armémonos otra vez de valor y rescatemos al barrio, ¿qué pasó? Quedamos de ir con palos, pusimos hora y fecha, llegamos dos, yo y una persona más. Entonces a la gente ya no le importa (...) ahí qué se puede hacer, dime tú. (Victor Hugo Carvajal (feligres iglesia de Solanda), en conversación con la autora, Quito, julio de 2016).

La experiencia de lo barrial tiene una multiplicidad de dimensiones. Cada persona o grupo experimenta su entorno de acuerdo a sus contextos social y material, los mismos que condicionan su experiencia socio-espacial. Dicha experiencia, sin embargo, adquiere particularidades que marcan la vida y memoria de los sujetos. La diversidad de experiencias puede ser considerada como un micro-cosmos donde tienen lugar historias paralelas que convergen y se contraponen. Así, por ejemplo, mientras en los 90s, más o menos, doña Emperatriz Cisneros, conocida por sus amistades como doña Lolita, participaba de la directiva barrial, se aliaba y se enemistaba con los vecinos a causa de su pertenencia a tal o cual grupo de dirigentes; su hijo conocido en el barrio como el “Salguero” montaba bicicleta y se disputaba (según los relatos) a puño limpio los usos del espacio con otros grupos. Hoy ese paisaje del barrio se ve reconfigurado por la nueva infraestructura del barrio, nuevos y más espacios verdes, a la par nuevas problemáticas, el tema de la basura es muy nombrado en las conversaciones. Parte de este nuevo paisaje son los nuevos residentes, muchos de ellos extranjeros que viven y trabajan en el barrio.

Una noche mientras caminaba por la concurrida calle J, observé como varias personas se deleitan con las ofertas de compra, en tres parques por ejemplo encontré otras jugando vóley, en cada uno había un considerable número de espectadores; niños jugando, gritando, personas paseando a/con sus perros, enamorados de todas las edades caminando de la mano o abrazados, etc. Mientras optaba por ciertas rutas me di cuenta que mi experiencia espacial en el barrio ha determinado que tenga caminos específicos para movilizarme en su interior. La batería teórica que organiza este estudio me ha permitido ser consciente de varias de mis prácticas en el barrio, ahora la ruta que hago siempre y que antes era “inconsciente” y ahora la llamo “mi ruta del escape”. La nombro así porque el fin es encontrarme con los amigos del

barrio y reírme un poco, escapar de la cotidianidad o al menos tener la ilusión de hacerlo, creo que es a esto a lo que se refiere De Certeau cuando da cuenta de los recursos creativos de los sujetos.

El haber incorporado un habitus espacial específico me permitió un acercamiento más claro a las experiencias de los otros. “El habitus permite el habitar y el habitar se hace mediante el habitus. Este último no está hecho solo de repetición y rutina, sino que es también un instrumento creativo de producción de nuevas maneras de habitar” (Giglia 2012,17). Sin embargo, el habitus también está sometido a cambios en el tiempo, a cambios por contingencias y nuevas maneras de hacer. Es por esto que también son posibles las experiencias multiformes, similares y desiguales dentro de cultura urbana.

5. Memoria y nostalgia como marcos de referencia social

El espacio urbano, ciudad/barrio es la suma de prácticas que se desarrollan y se superponen a través de formas de relaciones modernas y pasadas, “la flexibilidad, la capacidad de transformación y metamorfosis son condiciones para sobrevivir y moverse” (Márquez 2007, 86). Para Augé (2006) el lugar antropológico incorpora la memoria individual y colectiva del espacio. La nostalgia por lo que pasó o se deseó que pase es producida por el mundo imaginario del sujeto. El recordar ciertas cosas y olvidar otras tiene que ver con varios factores externos e internos que organizan los modos de ver y percibir la vida social.

Los imaginarios se ubican en esa frontera de lo deseado y lo perdido, de lo visible y lo invisible; y es por eso que también signan las maneras de enfrentar la vida en sociedad, es decir, llevan la huella de la historicidad (Márquez 2007,86).

Todos los testimonios expuestos están atravesados por el poder selectivo de la memoria, el material empírico muestra que los dos grupos estudiados articulan sus discursos alrededor de lo que otrora sucedió en el barrio. Los procesos en el espacio y su materialidad evidencian la trama de sentidos y representaciones que lo atraviesan.

El siguiente relato trata de mostrar los recuerdos y evocaciones de dos de las primeras habitantes, el espacio además de condicionar modos de ser/habitar también condensa y soporta parte de la vida de las personas. El encuentro que tuve con doña Lola y doña Carlota

puede resumirse en el siguiente fragmento, que es parte de la visita que doña Loli y yo le hicimos a la señora Carlota Rodríguez.

Doña Carlota: ... yo pensé que ya no venían a las once no dijeron?. Elé, ya han sido las once y media ahorita, suban suban.

Doña Carlota: Creerán que no hallo las fotos de las construcciones de aquí, a usted no le di doña Loli?

Doña Lola: Elé y para qué pues, a mí no me ha dado nada.

Doña Carlota: Incluso tengo unos volates que hicimos cuando el doctor Cruz estaba de candidato, si se acuerda de esos volantes?

Doña Lola: Si me acuerdo, pero yo no tengo, no me atajé ninguno, élé aquí está una mire. Aquí están la suca y mi Dorita vea. Mija antes de que se vaya, no teníamos plata ahí pero aunque sea estábamos todos (...).

Las dos señoras recordaron a sus hijas. Suca, es el apodo de Mayra la hija mayor de doña Carlota que ahora vive en Londrés y Doris (Dorita), es la hija de doña Loli, quien ahora vive en Francia. Me mostraron la foto. En ese entonces las niñas tenían unos 12 o 14 años, estaban sentadas en la puerta de una casa, a un costado había una pequeña montaña de tierra como para construcción. Era la casa de doña Lolita, pero era muy distinta a la actual. No hubo más fotos para mostrar pero esta bastó para que mis dos nuevas amigas evoquen todo tipo de recuerdos, desde las mingas y solidaridades, pasando por lo sano que era el barrio para que la Suquita y la Dorita puedan salir a jugar, por lo difícil y gratificante que fue el proceso de obtención de servicios básicos hasta llegar a la intolerancia y a las irritaciones que producen los actuales cambios de orden socio-espacial y sus nuevos actores (extranjeros). Para Márquez (2007) los testimonios no describen los hechos del pasado, es más bien una ilustración de la nostalgia, donde prima la idea de que todo tiempo pasado fue mejor.

Víctor Hugo recalca que existe desidia por organizarse en pro del barrio, según don Juan Navarrete, lo que hace falta es que la gente crea. Doña Marujita, doña Carlota y doña Emperatriz coinciden en que lo que existe es miedo a la inseguridad.

No hay como agruparse ahora así no más, ahora es más peligroso que antes, ahora si quieren le matan no más. No ve como le hicieron pegar a don Chamba (uno de los dirigentes más representativos y conocidos del barrio), colombianos mismo habían sido los que le pegaron. A

mí mismo me rompieron pues los vidrios de la casa. (Marujita García (ama de casa), en conversación con la autora, Quito julio de 2016).

El miedo es una de las formas de habitar, Rossana Reguillo antropóloga que estudia el miedo urbano citada por Nieto (2014), señala que los miedos actúan como dispositivos de control social frente a las incertidumbres que genera el mundo globalizado. Señala que dicho miedo y/o incertidumbre son los ejes que estructuran las relaciones sociales contemporáneas. El temor es la respuesta al peligro y generalmente los cambios y lo desconocido generan miedos y prejuicios, esta distorsión en el devenir de las relaciones sociales causa malestar y desconfianza entre los miembros de los grupos, los mismos que como respuesta se repliegan en los lugares que consideran seguros.

Capítulo 4

Solanda y el microcosmos de las formas de habitar

A continuación, se presentarán explicaciones sobre el trabajo etnográfico expuesto en el apartado anterior. El acercamiento a las prácticas y discursos de varios habitantes de Solanda me permite dilucidar, o al menos acercarme, a sus formas de entender el espacio, las relaciones que en él se tejen y se materializan en el entorno físico.

Aunque los paradigmas científicos hayan adoptado nuevas perspectivas de estudio, todavía hay quienes piensan que la afectividad es impedimento para un conocimiento claro y confiable. En este caso es necesario precisar que la participación directa del investigador implica el involucramiento de todos sus sentidos en el campo y con esto que se asuma como uno más del grupo, por lo tanto sus interpretaciones estarán atravesadas por sus emociones y representaciones. Es importante precisar una vez más que, a pesar de mi posición como habitante del barrio, y de la influencia que dicha posición ejerce sobre mis apreciaciones sobre el lugar, los datos obtenidos fueron extraídos tratando constantemente de no perder de vista mi perspectiva de investigadora del tema.

La obtención de datos se realizó priorizando la comodidad y espontaneidad de las personas con quienes se trabajó, es así que, en ese sentido el registro audiovisual se realizó en ocasiones puntuales y con el debido permiso. Los registros fotográficos obtenidos han sido usados para ilustrar lo expuesto en el capítulo contextual y en el etnográfico, los audios registrados han servido para citar, en algunos casos, de manera exacta lo expuesto por los informantes, pero han sido principalmente las notas del diario de campo las que han permitido una mayor reflexión acerca de lo ocurrido en las situaciones de campo. Esto porque el diario de campo, desde mi perspectiva, permite sistematizar y readecuar el proceso de observación que quien investiga lleva a cabo.

La descripción de un hecho registrado en el diario de campo incluye elementos que, a veces de manera inconsciente, escapan a quien narra o relata una determinada experiencia. Mi diario de campo está lleno de referencias fragmentarias que han sido completadas a través de la memoria, de los recuerdos que cada situación me dejó y de mis experiencias como moradora del lugar.

Los discursos de los grupos y/o individuos no siempre se dieron de manera ordenada y coherente, la sistematización y la selección del material de campo expuesto responden a los objetivos planteados en la investigación. Se intentó una comparación en los discursos a fin de identificar tensiones y similitudes en los modos de vivir/habitar el barrio.

1. Afectos y tensiones en la convivencia barrial

A través de la reiteración de rutinas y prácticas en un espacio determinado el individuo establece con este un vínculo específico desde el cual se hace presente en el mundo y construye ejes de referencia relacional, a partir de las cualidades que le confiere la pertenencia a un lugar. La identidad asumida como cierto tipo de pertenencia y como producción de sentido se construye en cada grupo de manera distinta. Se parte del planteamiento de Lilia Rodríguez sobre la identidad que los moradores de Solanda, otrora, construyeron alrededor de su espacio. Las identificaciones y apegos no son cualidades innatas de un sujeto social o colectivo, son elementos que tienen sobre todo un carácter relacional y temporal, que posibilita, a la vez que limita, la experiencia socialmente compartida.

Las diferentes etapas socio-espaciales evidencian la necesidad de los individuos por reconocerse e identificarse a fin de construir tramas de sentido que sustenten modos de actuar y vivir. Respecto al primer grupo estudiado, la necesidad de organización por fines comunes generó una identidad alrededor del espacio por el que lucharon. En el proceso de acciones planificadas y ejecutadas para consolidar la infraestructura del barrio, los primeros habitantes se reconocieron como “iguales” en tanto sujetos de derechos y necesidades comunes, lo que permitió que se forjen relaciones cordiales y afectos entre quienes se aglutinaban por la consecución de un mismo fin. La participación de los vecinos en conmemoraciones y festejos barriales, además del uso compartido de espacios, fueron factores que generaron y fortalecieron varios elementos de identificación social.

Desde luego como en todo grupo las diferencias en modos de pensar y actuar, evidenciaron luchas por el poder, en este caso por el poder político. Las dirigencias que se disputaron por años la administración de la ciudadela fueron el MPD y la Democracia Popular. La afiliación a determinados partidos políticos desembocó en el apareamiento de redes clientelares, frente a las cuales el desencanto y falta de confianza en los procesos políticos, no se hicieron esperar, además que esto generó enemistades que, en todos los casos de las y los entrevistados, duran hasta hoy.

Respecto a los discursos de desencanto por la aparente ausencia de relaciones sociales sólidas en el espacio urbano, Giglia (2012) plantea que estos no son tan ciertos pues esconden un conjunto de relaciones que sí existen y que generalmente son de tensión y a veces hasta de conflicto. Desde mi perspectiva, la decepción que los entrevistados, del primer grupo, manifiestan en sus discursos tiene que ver principalmente con la oposición de dos escenarios que se piensan y se asumen distintos e irreconciliables; el uno es parte del “pasado”, (pero opera en los imaginarios y representaciones del presente), y que hace una apología de acciones solidarias y reivindicativas frente a la desigualdad social. El otro escenario es el de un barrio ya consolidado, pero del cual se afirma que se encuentra deteriorado y no hay acciones efectivas o validas que reviertan este declive.

La consolidación urbana trae consigo nuevos procesos fraguados principalmente por las nuevas generaciones que marcan la diferencia frente a quienes, en un momento dado, asumieron la batuta del desarrollo barrial. Quienes llegaron siendo niños y niñas con el paso del tiempo se convierten en jóvenes/adultos con deseos y expectativas propios que, en la mayoría de los casos, no pueden desarrollarse dentro del orden establecido por un grupo que también apuesta o apostó por sus intereses. La lucha por el reconocimiento se libra de manera, a veces inconsciente, desde identidades que se visibilizan como puntos de fuga en el entramado social. Es importante señalar que el segundo grupo ha incorporado formas de consumo urbano-cultural propias de la posmodernidad que difieren de prácticas anteriores, como la liberalidad frente a ciertas acciones y discursos, otrora, vistos como tabú.

La necesidad de infraestructura, que enfrentó el llamado primer grupo, está atravesada por el deseo/derecho de reconocimiento y visibilización por parte de las autoridades, es decir si bien los servicios básicos representaban el acceso a una vida digna, lo que se manifestaba también era una demanda por ser tomados en cuenta como ciudadanos sujetos de derechos. En sus testimonios el señor Juan Navarrete y la señora Marujita García, cuentan que secuestraron oficinas y autoridades a fin de ser atendidos, a fin de ser vistos.

En este punto es pertinente señalar que, si bien la consecución de derechos de infraestructura urbana en los barrios populares fue una conquista de los grupos sociales, estos no concibieron este resultado como un derecho, sino como un beneficio o dádiva otorgada de manera fortuita, una vez satisfechas las necesidades materiales, aparentemente no se encontraron nuevos dispositivos de aglutinamiento entre el grupo. Este análisis corresponde a la

investigación de Giglia (2012) que se cita a lo largo de este estudio, pues en el trabajo de campo se comprobó que existe en el barrio una actitud de recogimiento frente a las distintas formas de organización social/barrial debido en parte a lo mencionado en líneas anteriores.

El haber sido parte importante y activa de las redes de reivindicación generó en los moradores del barrio una especie de orgullo y una idea de lo que es ser Solandeano/a, es decir que se generaron tramas de sentido que validaban formas “adecuadas” de ser/habitar el barrio. La idea de una identidad colectiva, construida por este grupo, actúa como un eje que articula acciones y significados que definen la pertenencia de sus miembros y que a la vez los diferencia de otras agrupaciones o colectividades. La identidad como parte constitutiva de la subjetividad social e individual de los actores/agentes supone un proceso simbólico y práctico que define fronteras entre lo propio y lo ajeno.

Las relaciones y dinámicas sociales y culturales, que están insertas además en contextos globales, nacionales y locales, con el pasar del tiempo forman nuevos contextos, nuevas relaciones y grupos sociales. En un barrio que contaba ya con lo necesario para el desarrollo la vida urbana y que, hoy por hoy, tiene a su alcance las más diversas ofertas de consumo popular, las llamadas nuevas generaciones desarrollan y adquieren nuevas necesidades, principalmente la de ser miradas, también, como sujetos de derechos.

Nuestra sociedad aún sostiene “sus valores” en una visión “adulto-céntrica” que se funda en muchos casos en estereotipos de épocas pasadas que reafirman la idea de que todo tiempo pasado fue mejor. Los discursos del primer grupo se basan en un constante “nosotros éramos así”, “hacíamos las cosas así”, al parecer las antiguas generaciones se olvidaron de que sus modos de expresión también fueron cuestionados en un momento dado o a lo mejor ignorados o descalificados por el poder social y cultural de turno.

Los jóvenes pertenecientes a barriadas populares han sido objeto de estigma, no importa la época, la condición social ha sido un prejuicio histórico al momento de juzgar los modos de vida y las relaciones sociales en tiempos y espacios determinados. Los prejuicios, al parecer, no desaparecen fácilmente, por el contrario, se adaptan a los nuevos contextos, lo que provoca el surgimiento de identidades y modos de ser contestatarios que se basan en productos y símbolos que critican y/o se oponen a la normativa social. La construcción de nuevos modos de ser/habitar es acompañada muchas veces por procesos de apropiación y consumos

diversos, que generalmente, incluyen ritmos musicales alternativos, formas específicas de vestir y a veces drogas y actividades ilícitas. La respuesta del Estado y de las demás instituciones de control ha sido la estigmatización de lo desconocido, lo cual ha provocado políticas públicas y culturales que han ahondado las distancias entre los grupos sociales.

La búsqueda de reconocimiento por parte de los muchachos del segundo grupo, a través de peleas callejeras que definen territorialidades, dan cuenta de la necesidad de ser vistos, estas estrategias de visibilización responden a capitales culturales y sociales específicos. El consumo de marihuana entre los informantes, por ejemplo, podría entenderse como un mecanismo o un dispositivo que intenta obviar o superar las limitaciones y frustraciones a las que nos somete el sistema. Dichas formas de identificación y reconocimiento social aglutinan y articulan también sistemas de significación que dotan de sentido las prácticas y discursos. El consumo de “drogas suaves” se vuelve un vehículo de relación con el otro, que permite espacios de socialización, los cuales se evidencian en los relatos expuestos, el consumo vivido como una forma de encuentro con el o los pares. A través de un porro de marihuana se articulan elementos identitarios que reconocen en el usuario pertenencias y gustos “propios”.

El material de campo, desde mi perspectiva, evidencia que el primer grupo tenía expectativas de acción sobre sus siguientes generaciones, tal vez se esperaba un relevo en cuanto al interés y preocupación por el “bienestar” del barrio, sin embargo, existe un desconocimiento por parte del primer grupo respecto de las necesidades y expectativas de las siguientes generaciones, que en muchos de los sentidos fueron abandonadas, lo cual afirmo desde mi cercanía y amistad hacia el segundo grupo. Frente a las carencias sociales y personales, el espacio barrial y la camaradería se vuelven los lugares de satisfacción simbólica, en tanto permiten formas de agregación y apropiación simbólica. Las identidades alternativas, entendidas como puntos de fuga, son consideradas como contrarias al orden social.

En una sociedad como la quiteña, “medrosa del porvenir” que desea acceder y beneficiarse de las “bondades” de la modernidad sin dejar de ser “antigua, pacata, tradicionalista y mojigata” (Freire, 2002), están ya establecidas dinámicas de exclusión que solo se actualizan con el paso del tiempo. Las formas de obrar del sujeto se vuelven en este sentido una aspiración constante por encajar.

Pero si la sociedad es la que impide o la que dificulta el desarrollo y cumplimiento de ciertas obligaciones y expectativas, es de esperarse que los actores-agentes rompan con las “reglas o rituales” que lo vinculan con ella. En esta perspectiva, los significados de los comportamientos de los grupos estudiados deben ser entendidos en un marco social-estructural y particular a nivel experiencial. Las acciones de los sujetos se configuran a partir de imposiciones, expectativas y necesidades, para las cuales el sistema social tiene formas de calificación, aceptación y cooptación.

El barrio, en este sentido, funge como elemento articulador de la sociabilidad y la construcción identitaria, alejándose así de discursos de estigmas o de estereotipación social. El espacio barrial permite el desarrollo redes de capital social y cultural y es el lugar de la diversidad y de los encuentros por excelencia. El barrio como referente de identidad permite la construcción de diferentes modos de habitar/ser, de identificarse y actuar en el espacio y frente a este la vida moderna. Las relaciones que se tejen en el espacio y el tiempo de permanencia en este, determinan un nivel de apropiación simbólica que es central en el desarrollo de la cultura local-barrial. El barrio de manera continua dibuja y desdibuja fronteras de identificaciones, de tiempos, de intereses y menesteres que estructuran el diario vivir de sus habitantes. El espacio es cualificado a través de los imaginarios que cada grupo social construye, es por eso que para algunos de los informantes el barrio es habitado y percibido como un lugar peligroso, para otros como uno alegre, etc.; la calificación depende de la experiencia personal y de la influencia externa como medios de comunicación, imaginarios urbanos, políticas de gobierno, etc.

Esta forma de habitar mediante la apropiación física y simbólica del espacio, implica todo un despliegue de sentidos y significados que están relacionados directamente con la manera en la que los sujetos lo han producido. La territorialidad puede entenderse como un sinónimo de la identificación que los sujetos tienen hacia determinados espacios, dicha identificación está determinada, parafraseando a Yi Fu Tuan (2007) por los acuerdos que las personas establecen sobre cuál es su territorio y cuáles son sus límites. A la luz de estas premisas, los barrios deben ser repensados desde sus complejidades y sus prácticas relacionales, a fin de dar cuenta de la multiplicidad de formas de las habitar.

Es así que mientras doña Lolita va la iglesia del barrio y se encuentra con sus amistades o conversa en la esquina con sus vecinas y vecinos mientras barre “su vereda”, los jóvenes

entrevistados han tenido también la necesidad de construir espacios de identidad, inscritos en soportes complejos de significación, los mismos que están mediados en la mayoría de casos, por una misma condición de clase de la que se desprenden otros elementos comunes como lenguajes, gustos, consumos, construcciones, etc. Las acciones ejecutadas en espacios determinados generan en el sujeto memorias espaciales, el recuerdo de ciertos momentos ubicados en un tiempo-espacio determinado, la condensación de sentidos en un fragmento de la vida social, liga al sujeto, a veces afectivamente, con los lugares por los que transita.

Para los grupos estudiados, Solanda constituye un referente simbólico relevante, que ha tenido transformaciones no solo físicas, cambios en las infraestructuras de vivienda y espacios públicos, sino simbólicas, pues su crecimiento y consolidación han determinado que este sea un espacio donde se sincronizan y contrastan diversas formas de pensamiento, marcadas por diferencias de edad, de formación, de origen, etc. La convivencia se da a través de la agrupación entre “iguales”, lo que al parecer genera códigos de relacionamiento que funcionan, a veces, como sistemas de comunicación cerrados, que dan como resultado discursos de negación o invisibilización del otro. No se asumen como válidas las formas de habitar en tanto cada grupo se aferra al prejuicio basado en la idea de que el otro es el problema.

La realidad es una construcción dinámica que se transforma según las condiciones socio-históricas de los contextos. En este sentido, hay discursos de poder que se establecen sobre otros y rigen el curso de la vida, causando claros efectos a nivel social, pero, que, a su vez, son cuestionados (generalmente de manera inconsciente) desde las posibilidades que la ubicación social del sujeto le permite. La adaptación a los espacios y contextos depende de un constante proceso de domesticación, hacer del espacio un lugar inteligible, tanto física como simbólicamente, requiere del uso reiterado de este.

De la apropiación y uso de un determinado espacio se derivan variadas formas de apego a este. El apego se entiende como un vínculo afectivo que depende de la experiencia entre las personas y sus espacios de vida. El apego no supone, necesariamente, relaciones afectivas fluidas, por el contrario, la modernidad y sus flujos de interacción electrónica han causado estragos en los tradicionales modos de relación social. Ahora la mayoría de contactos se establecen vía redes sociales electrónicas y quien no esté dentro de esta lógica evidentemente

se sentirá fuera de lugar, los apegos en este sentido deben entenderse como afectos que se dan en distintos niveles y a través de distintos referentes.

El trabajo de campo me permite afirmar que los grupos se vinculan con el espacio a través la identificación con este. Si bien los discursos presentan ambivalencias en tanto que, a veces, hacen eco de la idea de ascenso social, tan arraigada en nuestras sociedades; las redes de interacción y reconocimiento social que en él se han desarrollado a lo largo del tiempo han generado apegos y formas de pertenencia hacía este, que no dependen necesariamente de la residencia fija en el sector. No es raro encontrar en días ordinarios, pero especialmente feriados y fines de semana, a quienes ya no viven en el lugar, pero simbólicamente no están alejados de este. Según la propuesta de “hologramas espaciales”, los lugares recorridos por los sujetos a lo largo de su biografía, forman parte de su bagaje cultural y espacial, los lugares que se habitan marcan puntos de referencia desde los cuales nos ubicamos. Varios de los entrevistados en el trabajo de campo son gente que ya no vive en el barrio, pero que pasó la mayor parte de su vida en el lugar y que vuelve cada tanto a saludar a amigos o familiares.

De todos modos, se puede decir que las formas de apego de los dos grupos están atravesadas por la nostalgia, por los recuerdos de tiempos “alegres y mejores”; y experiencias directas que son cada vez más difíciles de conseguir en un sistema que desarrolla sus relaciones de manera cada vez más impersonal. Esto ha transformado también la acción de los habitantes sobre el espacio, un ejemplo del primer grupo al respecto, es que antes los vínculos con los otros permitían la realización colectiva de mingas y hoy cada vecina/vecino barre el metro cuadrado de su vereda. El deterioro o la poca solidez de los lazos sociales, entre antiguos y nuevos actores, supone descuido e indiferencia frente al entorno que se habita.

El desencanto y la nostalgia son los ejes que estructuran el discurso del llamado primer grupo frente a esto se evitan o ni siquiera se piensan actividades que involucren el contacto y la participación directa con los otros. Si el barrio ya no es el lugar seguro y deseado, la casa es entonces el lugar de repliegue, de refugio. Las amistades sólidas y fluidas que han permanecido en el tiempo (aquí resalto la cercana amistad del señor Juan Navarrete con la señora Marujita García y la de doña Lola Cisneros con doña Carlota Rodríguez, en el primer grupo y la cercanía que tienen entre sí los miembros del segundo grupo) son aquellas que se forjaron en contextos de necesidad e interacción física continúa, en reconocerse en el prójimo. A las crisis y descompensaciones espacio-temporales, que el sistema actual ha producido, se

le suma el miedo a lo desconocido, lo cual ha profundizado un panorama de incertidumbre que refuerza estereotipos de rechazo y miedo hacia el otro. En este sentido, el miedo se ha constituido como una nueva forma de habitar el espacio barrial, a través del cual se establecen varios dispositivos de control que estructuran las relaciones sociales contemporáneas. El miedo, la desconfianza, el temor marcan las acciones de los sujetos en sus ámbitos cotidianos.

Si bien varios informantes del segundo grupo manifestaron, de manera directa o indirecta, sentir orgullo sobre el proceso que sus padres llevaron a cabo para la consecución de un barrio consolidado; para los entrevistados del primer grupo no existen, en el barrio, otras formas de organización válidas, como si de alguna manera con ellos/ellas la época de un barrio “ideal” se hubiera terminado. La validación y naturalización de ciertas formas de ser/estar en el espacio ha supuesto la denigración e invisibilización de otros modos de habitar. Esto ha generado y ha fortalecido prejuicios sobre “los otros”, los mismos que se han sostenido en modelos de pensar y actuar que se construyen y legitiman desde el poder, cualquiera que sea su forma, a fin de definir quienes pertenecen a un lugar y quiénes no. La existencia de vínculos afectivos, no cambió el discurso de los entrevistados respecto de la negación o desestimación de lo diferente, del otro.

2. ¿Cómo dialogan y coexisten los grupos estudiados?

No existe un diálogo respecto a las formas de vida que cada grupo despliega en el lugar, se revelan prejuicios a través de los cuales se mira y se juzga “al otro” o a “lo otro”. El prejuicio es la principal forma de coexistencia de los grupos estudiados. A pesar de esto, los capitales sociales y culturales, tanto del primer como del segundo grupo, se producen y se reproducen, a través de la interacción entre diversas redes sociales que más allá de sus particularidades, comparten una misma posición en el entramado social. Si bien, el aumento de capitales depende, también, de la agencia del sujeto y de la contingencia de la vida social; su condición social supone una limitación respecto al acceso de capitales que circulan en otras esferas (condiciones) sociales.

En este sentido, los dos grupos comparten una historia común, que se manifiesta generalmente de manera implícita, aunque a veces explícita, en los relatos de los informantes, y que tiene que ver con la sensación de desamparo social que han sentido en determinados momentos de su vida; los primeros considerados “ciudadanos de segunda” frente al acceso de lugares dignos y aptos para el desarrollo de la vida social; y los segundos, jóvenes

pertenecientes a una clase urbano-popular prejuiciada y estigmatizada. Los asentamientos populares han sido considerados universos cerrados y conflictivos en los que emergen problemas de todo tipo.

En el barrio las asociaciones juveniles son juzgadas principalmente a partir de la experiencia de violencia relacionada con las que han sido denominadas negativamente como “pandillas”; sin embargo, las razones de agrupamiento juvenil no responden necesariamente a fines reprobables. Las agrupaciones juveniles se constituyen como “soluciones simbólicas” frente un sistema social asimétrico que ha construido y sostiene la imagen de un sector juvenil urbano-popular que transita en las fronteras de la ilegalidad.

Una de las características de la mayoría de entrevistados del segundo grupo es que no están insertos en actividades laborales formales, lo que ha permitido que inviertan gran parte de su tiempo en asociarse o relacionarse con sus pares en un espacio común (barrio) donde construyen formas de agregación y apropiación simbólica, a través de hechos cotidianos que podrían parecer superfluos como “hacer música en casa del pana de al lado”, tomar una cerveza en la tienda de la esquina, jugar fútbol o vóley en el parque, compartir un lenguaje/jerga común, modas, drogas, festividades, etc.

El sujeto que se sale de la norma es calificado, por ejemplo, negativamente para distinguirlo de los demás, de “los buenos ciudadanos”, de los “buenos vecinos”, de los “buenos obreros”, de los “buenos hijos, alumnos”, etc. Obligándolo a buscar un espacio/grupo en el cual sí encaje y pueda desarrollar una imagen “propia”. La convivencia entre estos grupos entonces se da a partir del despliegue de los roles sociales que cada posición demanda. En este sentido, el primer grupo juega el rol de control, de lo que es permitido o no hacer en el espacio barrial. Por su parte, los entrevistados del segundo grupo desempeñan, en el acto público, el rol de “el más arrecho” o “el más raro”; como contaba Johnny Álvarez, conocido como “el Mono” “cuando íbamos a la pista del norte nos traíamos sus bicicletas”; todas estas demostraciones que devienen de la incorporación un particular sistema de valores y códigos de determinados grupos sociales.

Tomando en cuenta que muchos de los entrevistados del segundo grupo son jóvenes adultos a quienes, en apariencia, no se les puede juzgar por lo que adolecen, pues, aunque parezca redundante ya no son adolescentes, es importante mencionar que existe una inconformidad

con el “mundo adulto”, al que no se quiere pertenecer, pues desde mi opinión este supone la reproducción de la represión, de la diferencia, con lo que al menos por ahora no estamos de acuerdo.

La convivencia o coexistencia está marcada también por la doble carga estigmatizante que recae sobre segundo grupo, pues, por un lado, está el discurso e imaginario de la ciudad, que mira este sector como el menos apetecido para habitar, esto marcado por la historia de exclusión que lo constituye (Santillán 2015 c); y por otro, está el de la moral de los grupos sociales más antiguos que conservan de manera férrea “valores” que consideran inamovibles. Dentro de esta lógica el graffiti se vuelve un acto irrespetuoso, perjudicial para la convivencia. Las palabras de Gufy resultan ilustrativas al decir que “prefieren que los viejos esos borrachos pasen todo el día en el Laberinto jugando y bebiendo que vernos pintando el lugar”. Es decir que ciertas prácticas son aceptadas o toleradas siempre y cuando sean parte de códigos y representaciones, que para bien o para mal, conformen el imaginario del grupo.

Empero, hay una re-significación de las cargas sociales negativas por parte de este segundo grupo, lo que altera de algún modo los discursos hegemónicos. En la mayoría de los casos quienes no se ajustan a la norma de comportamiento social o que fueron o son sujetos de estigma por parte de visiones sociales y culturales hegemónicas, que imponen formas de ver y ser en el mundo, son vistos como causa y consecuencia de la problemática social. En el caso de este estudio son calificados como “los culpables” de los problemas en el barrio, y a menudo son llamados “los vagos” “marihuaneros” “pandilleros”, entre otras adjetivaciones peyorativas. Lo propio sucede cuando se refieren a habitantes extranjeros, especialmente colombianos, que son considerados como “los narcos que nos tienen jodidos”, “lo que han venido a dañar el barrio”, “son peor que plaga y solo vienen los malos”. Este discurso de descalificación hacia los extranjeros se da en los dos grupos, es decir que no existe en el lenguaje de los actores sociales, elementos de tolerancia, que faciliten una convivencia basada en la aceptación de la diferencia.

Cabe mencionar que el segundo grupo ha resignificado el lenguaje “excluyente” a través del cual se lo nombra, en narrativas “subalternas”, que ahora son parte de la subjetividad de los individuos y del grupo mismo, de su historia y de sus tramas sentido, estas creaciones son posibles por los procesos de intersubjetividad social, que suponen interacciones alternativas a las prácticas o diálogos formales del sistema social; y que surgen, la mayoría de las veces, a

través de la burla o el chiste, casi siempre estos como elementos subversivos al orden establecido. La realidad depende, entonces, de los universos simbólicos desde los que se la construye, las prácticas en el espacio pueden ser leídas como el resultado de un orden simbólico que determina formas de producción socio-cultural específicas que influyen de manera directa en las formas de percibir la realidad.

3. Historias sincrónicas que se tejen a partir de un pasado común

Considerando lo expuesto, encontramos que hay un permanente conflicto entre los campos discursivos de los grupos estudiados por el control de la representación simbólica del barrio. Como se explicó anteriormente, Solanda puede considerarse una “micro-centralidad” por sus condiciones materiales de infraestructura, sin embargo, el relato de los informantes muestra una carencia, la sensación de que falta algo en el lugar. Las historias de vida de los sujetos sociales e individuales transcurren en medio de un vacío, que no todos advierten, pero que reclama la construcción de universos simbólicos comunes que hagan posible la convivencia y el reconocimiento entre los habitantes.

Los relatos evidencian el paso de un habitar basado en el bien común a uno desinteresado e indiferente que afecta de manera física al barrio, todas y todos los entrevistados manifestaron que en el lugar existen serios problemas de basura que empeoran con la excesiva presencia de perros callejeros, lo cual deteriora la imagen y la calidad de vida en Solanda. A esto se le suma el aumento registrado por parte de la prensa respecto del consumo y venta de drogas, tomando en cuenta las premisas de Rivera y Pontón (2011) de que, a mayor población, mayor demanda. Los habitantes buscan respuestas frente a cambios abruptos e inesperados, buscan respuestas que den sentido a dichos cambios y en ese buscar lo que se encontró fue “culpables” de la distorsión de sus modos de habitar.

Las transformaciones sugieren la necesidad de nuevos procesos de domesticación del espacio para hacerlo nuevamente inteligible en cuanto a sus usos y significados. Frente a esto una de las formas de dar sentido al barrio por parte de los dos grupos es mediante la memoria, el habitar a través de esta supone un recurso de sobrevivencia en tanto permite al habitante evocar recuerdos reales o imaginarios que aligeran el mal estar de la incertidumbre y la sensación de individualismo que genera la actual época.

El habitar de los grupos transcurre a través de los recuerdos de momentos de camaradería, evocaciones constantes a la solidaridad como el elemento de un pasado, que por momentos en el relato aparece como una dimensión libre de contradicciones y que además crea un límite simbólico entre lo que fue y el presente. Todos estos elementos proyectan imágenes que legitiman la idea de que toda época o contexto pasado fue mejor. A partir de esta lógica, los individuos se construyen y construyen su espacio cotidianamente, anclando las nuevas experiencias y prácticas a memorias y subjetividades remotas desde las que se condensan y se generan nuevos modos de ser/estar en el espacio social.

Sin embargo, es necesario precisar como la memoria genera mediante la nostalgia lo que se ha denominado una “hipertrofia de la memoria colectiva” (Márquez, 2007), proceso mediante el cual los acontecimientos pasados son idealizados a partir de hechos reales y concretos. Los relatos de los informantes del primer grupo hacen eco de las añoranzas de las “prácticas solidarias” del pasado, de la vida en comunidad donde el sentimiento de identidad era el eje que estructuraba la vida cotidiana. La memoria como espacio social funciona entonces como el resultado de procesos que la determinan, se la debe entender entonces como un lugar inestable, ligado a las construcciones imaginarias. La memoria de hechos pasados se entreteteje y se actualiza en las prácticas cotidianas, construyendo también el lugar del presente, generando saberes y formas de habitar sincrónicas, donde confluyen elementos contingentes y pasados.

La domesticación del espacio, las identidades, apropiaciones, usos y memorias que surgen en la dinámica de la praxis social pueden entenderse como varias de las formas a través de las cuales el sujeto habita sus espacios de vida. Las experiencias producen y reproducen mecanismos sociales y discursos que marcan el desarrollo social, cultural y espacial de los sujetos. Las tramas de sentidos o imaginarios “establecen también los modos de percibir la ciudad; por ende, conjuran un recurso cognitivo que no se queda en la mente, sino que se encarna en la praxis que constituye lo urbano” (Santillán 2015 a, 249). Los modos de sentir, de percibir, de imaginar y de construir un espacio definen el habitar; las formas en que el sujeto se relaciona con el entorno y como este también influye en él, en una dinámica relación dialéctica. Son factores que definen modos de habitar concretos, órdenes espaciales, físicos y simbólicos, creados por los sujetos, desde los cuales encaran al mundo.

Las formas de habitar entonces son variadas, mientras para unos el sentido de habitar tiene que ver con las solidaridades, para otros con las identidades espacios de representación. “El habitar puede presentarse indistintamente en espacios como la vivienda, el barrio o la misma ciudad” (Duhau y Giglia (2008) citados por Santillán, 2015c, 13).

A pesar de las transformaciones, antes mencionadas, en los modos de relación social, en la era digital, el barrio sigue siendo un lugar de producción cultural que recrea formas de vida específicas, esto mediante la construcción de personajes que dotan de sentidos al espacio local a través del relato. Es así que a lo largo del trabajo de campo me encontré con historias sobre: *el buena gente y el batracio o fumón del lugar, la puta y la santa, él/la feo/a, y él/la guapo/a, él/la chismoso/a*, etc. Ciertas formas de nombrar “la diferencia” evidencian las crisis de los vínculos e identificaciones positivas, entonces se da a “lo otro” un sentido negativo. Esto crea, en el espacio compartido, “imaginarios de confrontación social”, que suponen maneras específicas de relacionarse socialmente, mediante tensiones que se materializan en el espacio, un ejemplo de ello puede ser la cualificación de ciertos lugares. Hay moradores que evitan pasar por ciertos lugares que se consideran o que se han construido como peligrosos. Se crea de esta manera lo que Silva (2006) denominó “mapas mentales”; rutas específicas que marcan los territorios de uso de los sujetos, confirmando así que las fonteras o los límites administrativos no son percibidos o no son tomados en cuenta en el devenir cotidiano.

Pareciese que el contexto social actual establece como imperativo modos de comportarse individualistas que ponen en crisis prácticas colectivas basadas en el reconocimiento del otro, sin embargo, el barrio aún permite una multiplicidad de encuentros y desencuentros culturales. El uso de sus espacios públicos pone a prueba el nivel de tolerancia que existe en el lugar y mi experiencia me permite afirmar que, si bien en el discurso existen muestras de exclusión, el uso práctico del espacio público se da sin ningún tipo de diferenciación, probablemente porque los habitantes extranjeros, nuevos o antiguos, en su gran mayoría, pertenecemos a una misma condición de clase.

Solanda, en este sentido, se convierte en el espacio propicio para captar la experiencia urbana actual; la diversidad social y cultural, ha puesto en evidencia el orden moral aún vigente, el de los antiguos habitantes, el mismo que choca con nuevas o distintas formas de sociabilidad. Las historias en los espacios barriales, los usos de lo público dependen, entonces, de

necesidades sociales específicas. La democratización del espacio público se concreta en las prácticas de aceptación y tolerancia de los grupos sociales que en él confluyen.

Parece ser que la convivencia se ve afectada por el quebrantamiento del orden simbólico-moral establecido por los primeros habitantes, quienes incorporaron normas y valores, un deber ser de la existencia social en el barrio que se ve conflictuado con los nuevos contextos, las nuevas prácticas y, las necesidades de los nuevos grupos que emergen y se toman el espacio social. En la convivencia o coexistencia social el cruce de órdenes simbólicos-discursivos es inevitable, al menos en determinados momentos o encuentros, pues la cultura se genera de esta manera, a través del intercambio y la diferencia.

El desarrollo de una identidad colectiva es posible a través de un territorio concreto o una base material que se articule con las experiencias y condiciones comunes de los sujetos. Compartir dichas determinaciones generará rasgos específicos en los miembros del grupo social que incidirán de manera inevitable en su práctica social. Para los grupos estudiados, Solanda no es solamente un territorio o una estructura espacial, es sobretodo un elemento generador de sentido y de pertenencia, en algunos casos incluso utilitaria. El completo abastecimiento de infraestructura urbana genera nuevas formas de ver el barrio, sobretodo en términos simbólicos; el contar con un barrio popular bien dotado genera vínculos que van desde lo utilitario hasta formas de afectivas más desarrolladas. Su historia, crecimiento y heterogeneidad convierten a Solanda en un indiscutible referente simbólico en el que se tejen relaciones tácitas y voluntarias de las que a su vez se construye, de manera imperceptible (al menos por ahora), un nuevo “nosotros”.

Esta nueva trama socio-espacial se manifiesta en nuevas formas materiales que reconfiguran el paisaje urbano. También se manifiesta en formas sociales en cuanto a modas, lenguajes, prácticas y usos espaciales; y en un imaginario colectivo que marca nuevas y variadas formas de identidad barrial popular, que se distingue claramente de los otros grupos sociales. El barrio además de ser un elemento de cohesión social alberga, como lo muestra el trabajo de campo, identidades particulares y conflictos sociales que enriquecen el universo urbano popular, pero que mirados a través del prejuicio no son más que factores perjudiciales que complican el diario vivir.

La heterogeneidad social es asumida en Solanda como un problema que impide un adecuado nivel de involucramiento entre los sujetos y su espacio. La diversidad es entendida como caos, aunque de manera inconsciente, las constantes prácticas de domesticación socio-espacial han generado formas de habitar y órdenes sociales que han permitido el desenvolvimiento normal de la vida barrial. La multiplicidad de identidades y de vínculos que los grupos e individuos establecen con sus espacios tiene que ver con la potencial agencia de los sujetos frente a procesos homogeneizadores de la subjetividad individual y colectiva. Es por esto que los procesos identitarios se vuelven relevantes, pues permiten construcciones culturales, que se vuelven una especie de defensa o lugar de repliegue frente a dinámicas y procesos de masificación y consumo social.

De esta manera, la subjetividad está estrechamente ligada a las formas de identificación colectiva, las cuales suponen elementos ideológicos tales como normas, creencias, lenguajes, formas afectivas, etc., desde las que los sujetos proyectan sus experiencias de vida. La subjetividad puede ser entendida como la dimensión que reúne diversos aspectos de la vida social, a partir de los cuales los individuos generan vínculos y redes acción y cohesión que convergen en la construcción de modos de habitar basados en identidades/ identificaciones que se reafirman y contrastan con otras.

Los individuos populares y/o colectivos se construyen mediante espacios comunes de interacción, memorias y experiencias que permiten dar cuenta de lo propio y lo ajeno; el despliegue de sus acciones en un marco socio-espacial cuenta con significados y sentidos específicos que los validan. Las ciudades se caracterizan, principalmente, por la diferencia que en ellas habita. Solanda es una muestra de la convivencia entre lo moderno, “lo tradicional”, lo local, lo global, la pobreza, “la riqueza”, entre otros factores en constante dinámica que escapan, a ciertos “saberes expertos” y al sentido común que escasamente logra percibir relaciones de poder, de moral, de parentesco, etc.

Conclusiones

El estudio está atravesado por el concepto de habitar, entendido como la relación que los sujetos establecen con espacios, sus vínculos y experiencias en este, como un espacio humanizado, transformado y simbolizado a partir de las necesidades y la interacción de los grupos estudiados. Las construcciones simbólicas que se analizan a través de los conceptos operativos de identidad, apropiación/apego y memoria, dan cuenta de que los grupos estudiados reconocen su espacio de residencia como un referente simbólico determinante al momento de construir identidades y memorias sobre el espacio.

Se plantea una reconstrucción histórica del barrio de las prácticas cotidianas de los sujetos, a través de sus formas de ser/estar en el espacio, entendiendo estas como la reproducción de un orden social en un marco de referencia específico. La evolución histórica del barrio permite apreciar como los contextos urbanos en la modernidad son escenarios donde los encuentros y desencuentros culturales construyen nuevos sentidos y nuevas maneras de estar en el mundo. Al parecer el acelerado ritmo de vida que impone el orden global ha modificado las formas de vinculación entre los sujetos y sus espacios. El exponencial crecimiento de Solanda ha transformado el barrio en una micro-centralidad que contiene múltiples sentidos y por ende diversas prácticas y discursos, que a la vez se anclan en las necesidades materiales y simbólicas de quienes habitan el sector.

Mediante el método etnográfico y la flexibilidad de sus técnicas pude entender desde la perspectiva teórica lo que, de alguna manera, como habitante del lugar intuía, además de desmitificar ciertas formas de entender lo social a partir del sentido común y develar como conscientes mis prácticas y afectos en el espacio. La práctica social tiene un propósito específico que no se da por una imposición mecánica de la estructura pero que tampoco resulta de la “libertad” del sujeto, es así que, para entender los cambios, diferencias y similitudes en los modos de habitar de los grupos, es necesario ubicar sus construcciones sociales y culturales, pues de estas dependen los universos simbólicos y de acción de los sujetos.

Dar cuenta de la diversidad se vuelve una tarea difícil que no solo requiere de una batería teórica adecuada, también es necesaria la capacidad y sensibilidad de reconocer en el otro, sentidos de existencia válidos. Es por esto que este estudio explora principalmente la

“perspectiva del actor”, tomando en cuenta que este se encuentra en un determinado entramado social del que depende dicha perspectiva. Así las voces de las personas que en su diario vivir reconstruyen el barrio se muestran tal cual, evidenciando en cada grupo la sensación de una carencia que, si bien ya no es material, tendría que ver con relaciones de entendimiento fallidas. Vale aclarar, nuevamente, que mi cercanía con el barrio supuso un obligado ejercicio de reflexividad, pues en buena medida el material de campo visibilizado responde a inquietudes personales sobre la diferencia del espacio vivido para cada grupo. Sin embargo, como plantea Guber, aun cuando el investigador pertenece al mismo grupo que sus informantes “su mirada no es como la de alguien en la cotidianidad”.

Esto permitió entender cómo las crisis de identidad, ausencia o debilitamiento de sentidos de apropiación y pertenencia en el barrio dependen de usos y necesidades variadas y a distintos niveles, en este sentido la inteligibilidad del espacio dependerá de sus procesos domesticación. Existen en los dos grupos de estudio formas de apego hacia el espacio en las que perviven las memorias de sus experiencias. Los unos recordando los tiempos de “solidaridad” y “camaradería” y los otros las épocas de peleas callejeras donde el que ganaba se adueñaba del lugar, además del prestigio que en su círculo de “panas” adquiriría. Por supuesto que dichos relatos también develaron las crisis de aquellos tiempos ideales, conflictos vecinales, y enemistades que hasta hoy duran; en todo caso la memoria a veces es gentil y ofrece, al menos a simple vista, un panorama bucólico del pasado. Además, encuentro que de cierta manera el temor a lo desconocido se escuda tras la memoria de un “pasado mejor”, los primeros habitantes sobreviven a dos generaciones, hay familias de abuelos, hijos y nietos que conviven en la misma casa, pero en departamentos diferentes, en este sentido la domesticación del espacio sigue dándose en Solanda tanto material como simbólicamente. La vivienda como patrimonio familiar está sujeta a adaptaciones de acuerdo a las necesidades del grupo.

A lo que cuesta adaptarse al parecer es a los nuevos códigos de relación marcados por la era del consumo y flujo masivo, nuevas formas de apegos y violencias caracterizan los espacios de que impiden la cabida de la diferencia como parte consustancial y necesaria de la vida urbana. Para los primeros habitantes desde la etapa de organización política que ellos experimentaron no se han gestado ningún otro movimiento reivindicativo al interior del barrio. Se desconoce de esta manera el valor de otro tipo de organizaciones que sí existen en el barrio, y que expresan su derecho a habitar desde otras prácticas y representaciones que

devienen también de necesidades específicas, como aquellas que otrora dinamizaron la articulación política.

Estas otras formas de ser/estar en el espacio también adquieren dimensiones políticas en tanto producen efectos específicos y casi siempre tangibles. La producción de festivales de música a nivel barrial, agrupaciones de punk-rock y Hip-Hop que crean relatos urbanos desde sus entornos, expresiones artísticas como el graffiti, son también otras formas de producir y articular cultura urbana. El capital social es uno de los elementos que marcan los vínculos entre los sujetos y sus espacios.

Las redes familiares o de apoyo son elementos decisivos en torno a la elección de la ubicación residencial, la comunidad colombiana en el barrio ha crecido de manera significativa en el barrio lo que vuelve imperativo el diálogo y el reconocimiento de la diversidad, pues de esto depende la coexistencia de los grupos en un mismo espacio. Cada construcción imaginaria supone una diversidad de formas e imágenes que dan cuenta de distintas realidades. El sentido del habitar no es entonces una cualidad inmóvil, expresa más bien un conjunto de valores, saberes, prácticas y tácticas que el sujeto adquiere a través de la experiencia personal y social.

Sin embargo, como autora del texto estoy consciente que el documento presenta varias limitaciones, una de estas es que no se abarcaron las amplias y dinámicas formas de habitar que existen dentro de los grupos estudiados y de otros que conforman el espacio.

El trabajo podría servir como punto de referencia para repensar los barrios populares después de su consolidación, cómo han mutado o cómo se han reinventado las formas de habitar los lugares, cómo estos procesos han afectado el desenvolvimiento de la vida barrial. Entender las nuevas formas de reconocimiento y relacionamiento en y con el espacio, permitirá crear formas de acceso y sensibilidad frente a la diversidad en la ciudad. El presente estudio no termina con este documento, como habitante del barrio mi compromiso con la gente ha sido continuar con la búsqueda de caminos que posibiliten el diálogo y los encuentros en la diversidad.

Lista de referencias

- Abramo, Pedro. 2001. "La teoría económica de la favela: cuatro notas sobre la localización residencial de los pobres y el mercado inmobiliario". *Boletín: Notas para entender el mercado inmobiliario. Ciudades para un futuro más sostenible*.
<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n29/apabr.html>
- _____. 2013. "Mercado informal y producción del hábitat: la nueva puerta de acceso a los asentamientos populares en América Latina". En *Los lugares del hábitat y la inclusión*, compilado por Teolinda Bolívar y Jaime Erazo Espinosa, 29-58. Quito: FLACSO Ecuador, CLACSO, Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- Achig, Lucas. 1983. *El proceso urbano de Quito. Un ensayo de interpretación*. Centro de Investigaciones Ciudad. <http://www.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/43021.pdf>
- Alfonso, Oscar. 2007. "Aportes a una teoría de la estructuración urbana". *Revista de Economía Institucional* 17: 241-277.
<http://www.economiainstitutional.com/pdf/no17/oalfonso17.pdf>
- Álvarez, Eduardo y Blanco, María Verónica. 2013. "Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar". *Bifurcaciones N° 15*: 1-12.
- Augé, Marc. 2000. *De los Lugares a los no lugares*. Barcelona: Gedisa SA.
- _____. 2006. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa.
- Bachelard, Gastón. 2000. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura económica de España.
- Carrión, Fernando y Jaime Erazo. 2012. "La forma urbana de Quito: una historia de centros y periferias". *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 503-522
- Cedrés, Laura. 2012. "La participación ciudadana en la construcción de hábitat incluyente y sostenible: hacia la materialización del derecho a la ciudad". En *Dimensiones del hábitat popular latinoamericano*, compilado por, Teolinda Bolívar y Jaime Erazo Espinosa, 187-208. Quito: FLACSO Ecuador, CLACSO, Instituto de la Ciudad.
- Celi, Carlos. 2013. "Culturas urbanas populares: patasucias y gogoterros, una deuda pendiente". En *Culturas y política cultural en el DMQ Una colección de ensayos*, editado por Christian Arteaga, 131-155. Quito: Instituto de la ciudad.
http://209.177.156.169/libreria_cm/archivos/pdf_744.pdf
- Cerbino, Mauro, Chiriboga, Cinthia y Tutivén, Carlos .2001. "Apéndice: De malestares en la cultura, adicciones y jóvenes". En *Culturas Juveniles. Cuerpo, música y sociabilidad & género*. Ediciones ABYA-YALA. 183-197. Edición en PDF.

- <http://dspace.unm.edu/bitstream/handle/1928/10761/Culturas%20juveniles.pdf?sequence=1>
- Cravino, María. 2012. “Habitar nuevos barrios de interés social en el área metropolitana de Buenos Aires: el espacio construido por el Estado y vivido por los vecinos”. En *Dimensiones del hábitat popular latinoamericano*, compilado por, Teolinda Bolívar y Jaime Erazo Espinosa, 101-120. FLACSO Ecuador, CLACSO, Instituto de la Ciudad
- Duhau, Emilio. 2013. “La ciudad informal: ¿precariedad persistente o hábitat progresivo?”. En *Los lugares del hábitat y la inclusión*, compilado por Teolinda Bolívar y Jaime Erazo Espinosa, 59 - 88. Quito: CLACSO, Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- Escalante, Eduardo. 2011. “Metodología y métodos”. En *Aproximación al análisis de los datos cualitativos*, compilado por, Escalante Eduardo y María de los Ángeles Páramo, 475 -498. Mendoza: Universidad del Aconcagua.
- http://bibliotecadigital.uda.edu.ar/objetos_digitaes/177/aproximacion-al-analisis-de-datos-cualitativos-t1-y-2.pdf
- Erazo, Jaime. 2015. “¿Pobre entre dos tierras! Producción popular de suelo urbano y vivienda en el sur de quito”. Tesis de maestría. FLACSO-Ecuador.
- <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/7874/2/TFLACSO-2015JFEE.pdf>
- Ferrándiz, Francisco. 2011. *Etnografías contemporáneas: anclajes, métodos y claves para el futuro*. Madrid: Anthropos Editorial.
- Freire, Edgar. 2002. *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*. Quito: Libresa
- Giglia, Angela. 2012. “*El Habitar y la Cultura*”. *Perspectivas teóricas y de investigación*. ENAH-UAM Iztapalapa: Anthropos Editorial.
- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento del trabajo de campo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Herrera, Manuel y Soriano Rosa María. 2004. *La teoría de la acción social en Erving Goffman*. Universidad de Granada: Departamento de Sociología.
- <http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25784/25618>
- Hidalgo, Carmen. 1998. “Apego al lugar: ámbitos, dimensiones y estilos”. Tesis doctoral, Universidad de la Laguna. <ftp://tesis.bbtk.ull.es/ccsyhum/cs48.pdf>
- Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón. 2004. *Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Hiernaux, Daniel. 2007. “Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos”. *REVISTA EURE* (Vol. XXXIII, N° 99).
- http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0250-71612007000200003&script=sci_arttext

- Jiménez, Sonia. 2013. Pobreza, exclusión y precariedad en las ciudades bolivianas. En *Los lugares del hábitat y la inclusión*, compilado por Teolinda Bolívar y Jaime Erazo Espinosa, 29-58. Quito: CLACSO, Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- Kingman, Eduardo. 2006. *La ciudad y los otros 1860-1940: higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO Sede Ecuador: Universitat Rovira i Virgili.
- Lefebvre, Henri. 2013. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lindón, Alicia. 2005. "El mito de la casa propia y las formas de habitar". *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. N° 194. <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-194-20.htm>
- _____. 2006. "De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción". En *Lugares e Imaginarios en la Metrópoli*, coordinado por Lindón, Alicia y Hiernaux, Daniel. 219. UAM-Iztapalapa. México: Anthropos Editorial.
- _____. 2007. "Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales". *Revista eure (Vol. XXXIII, No 99)*. 31-46. Santiago de Chile.
- _____. 2010. *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Iztapalapa y Anthropos Editorial.
<http://www.danielhiernaux.net/publicaciones/archivos/2010-C4.pdf>
- _____. 2012. "La concurrencia de lo espacial y lo social". En *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*, coordinado por Enrique de la Garza Toledo y Gustavo Leyva, 585-622. México, FCE-UAM.
- Márquez, Francisca. 2007. "Imaginarios urbanos en el Gran Santiago: huellas de una metamorfosis" *Revista: eure (Vol. XXXIII, N° 99)*. Santiago de Chile
<http://www.scielo.cl/pdf/eure/v33n99/art07.pdf>
- Moscoso Raúl y Burneo, Nancy. 2014. *Más allá de las fronteras: la población colombiana en su proceso de integración urbana en la ciudad de Quito*. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Instituto de la Ciudad, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
<http://www.acnur.org/fileadmin/scripts/doc.php?file=fileadmin/Documentos/Publicaciones/2014/9847>
- Nieto, Raúl. 2014. "La construcción simbólica del miedo en la ciudad de México". *Revista: Nueva antropología*. Vol.27 No.81
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362014000200003
- Pelli, Victor. 2004. "Autoconstrucción El camino hacia la Gestión Participativa y Concertada del Hábitat". En *Reflexiones sobre la autoconstrucción del hábitat popular en América*

- Latina*, compilado por Luis Ríos y Edin Martínez. CYTED.
<http://hdrnet.org/71/1/REFLEXIO.pdf>
- Pontón Daniel y Rivera Freddy. 2013. *Microtráfico y criminalidad en Quito. Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana (OMSC)*. Documento de trabajo.
http://omsc.quito.gob.ec/phocadownload/OMSC/Documentos_de_consulta/Microtrafico_y_Criminalidad_en_Quito/MICROTRAFICO_Y_CRIMINALIDAD_EN_QUITO.pdf
- Roberti, Eugenia. 2012. “Claves para un análisis de las categorías espaciales en los estudios sobre trayectorias laborales”. *Geograficando*, 8 (año 8): 39-60.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5484/pr.5484.pdf
- Rodríguez, Lilia. 1989. *Las Mujeres de Solanda: mujer, barrio popular y vida cotidiana*. Quito: CEPAM-ILDIS.
- Rodríguez, Lucía Fernanda. 2012. “Reintegración social de los jóvenes provenientes de pandillas “Latin King” Solanda”. Tesis de licenciatura, Universidad Central del Ecuador.
<http://www.dspace.uce.edu.ec/bitstream/25000/671/1/T-UCE-0009-1.pdf>
- Romero, Rosa. 2011. “Organización de los comerciantes autónomos de la calle “J” en Solanda actualmente”. Tesis de licenciatura. Universidad Politécnica Salesiana.
- Silva, Armando. 2006. *Imaginario Urbanos*. Bogotá: Editorial. Nomos
- Santillán, Alfredo. 2013. “Los espacios públicos y la dinámica cultural en Quito: reflexiones críticas”. *En Culturas y política cultural en el DMQ Una colección de ensayos*, editado por Christian Arteaga, 47-59. Quito: Instituto de la ciudad.
http://209.177.156.169/libreria_cm/archivos/pdf_744.pdf
- Santillán, Alfredo. 2015a. “Imaginario urbanos y segregación socioespacial. Un estudio de caso sobre Quito”. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 8(16), 246-263.
<http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.cvu8-16.iuss>
- Santillán, Alfredo. 2015b. “Materialidad y Ficción de una ciudad segregada. Un balance de la bibliografía disponible”. *Revista Cuestiones Urbanas, Instituto de la Ciudad*, Vol 3.
<http://www.institutodelaciudad.com.ec/documentos/revistaq/rcv3n1/index.html#/95/zoomed>
- Santillán, Alfredo. 2015c. “El imaginario social como campo de disputas por la significación de la segregación urbana”. Seminario Internacional sobre Teoría Urbana, Universidad Nacional de Colombia. 18 – 20 de febrero.
<http://www.relateur.org/Uploads/Alfredo%20Santillan%20Cornejo.pdf>

- Torres, Andreina. 2006. "Pandillas y naciones en Ecuador: diagnóstico de situación".
FLACSO Sede Ecuador. Programa Estudios de la Ciudad.
<http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/2452/1/BFLACSO-CS3-04-Torres.pdf>
- Unda, Mario. 1988. "Investigación sobre los movimientos barriales en el Ecuador". *Revista Nariz del Diablo*. Publicación trimestral del CIESE. Agosto 1988 N^o 11.
- Unda, Mario y Jorge García. 1984. "Proceso de urbanización y organización barrial". *Cultura. Revista del Banco Central del Ecuador*. Vol.VII- Número 20.
- Varela, Sergi y Enric Pol. 1994. "El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental". *Anuario de Psicología N^o62*: 5-24
- Vásquez, Francisca. 2006. "El problema de la reflexividad en Pierre Bourdieu de la Epistemología a la Ética". *Opinión Jurídica*, vol. 5, núm.10: 87-104.
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=94501006>
- Vidal, Tomau y Pol Enric. 2005. "La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares". *Anuario de Psicología*. Vol. 36. N^o3: 281-297.
- Vizcarra, Ana María. 2011. *Imaginarios urbanos sobre la diferenciación norte y sur en la ciudad de Quito en dos barrios: Solanda y Carcelén*. Tesis de licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
<http://repositorio.puce.edu.ec/bitstream/handle/22000/3348/T-PUCE3355.pdf?sequence=1&isAllowed=y>